









AÑO II.

NÚM. XV.

LA

# ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO : J. LÁZARO

MARZO—1890

MADRID

IMPRESA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL

*Flor Baja, 22*

—  
1890



*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director propietario de LA ESPAÑA MODERNA.*



## TRAVESURA PONTIFICIA



( CUENTO. )

**L**A gente rutinaria, que piensa por patrón, medida y compás, suele imaginarse á los Papas como unos hombres abstraídos, formalotes, serios, encorvados y agobiados á manera de cariátides bajo el peso de la Cristiandad entera que gravita sobre sus espaldas; hombres, en fin, que se pasan la vida en la actitud hierática de sus retratos, juntando las palmas para orar ó extendiendo la diestra para bendecir. Y la verdad es que los Papas, cuya virtud, de puro grande, presenta caracteres infantiles, son personas de festivo humor, de angelical alegría, de ingenio salado, que gustan de ejercitar en la intimidad; y no por acercarse á santos se creen obligados á mantenerse rígidos y tiesos, lo mismo que si se hubiesen tragado un molinillo, ni á estarse con la boca abierta para que se les cuelen dentro las moscas. Los Papas ven, ¡y desde una legua!; sienten crecer la hierba, ¡y con qué finura!; lo observan todo, ¡con cuánta penetración!; y se ríen, ¡con qué humana y discreta risa! ¿Y por qué no se



habían de reír?, pregunto yo. En verdad os digo, hermanos, que la seriedad y la formalidad sistemáticas son condiciones distintivas del borrico. Se dan casos de que asomen lágrimas á los ojos de los irracionales: nunca se ha visto que la luz de la risa alumbre su faz cerrada é inmóvil. La risa es la razón, la risa es el alma.

No creáis, sin embargo, que el reír papal se parece á esa carcajada descompuesta, bárbara y convulsiva, que se manifiesta en grotescas gesticulaciones, obligando á apretarse con las manos el hipocondrio, á descuaderarse las costillas y á desencajarse las mandíbulas. La risa de los Papas apenas rebasa algún tanto los límites de la sonrisa: pero notad que la sonrisa propiamente dicha suele ser melancólica, y desde que se convierte en risa, ó manifiesta únicamente el contento, ó la fina sal de la malicia observadora. La melancolía tiene un dejo de amargura, misantropía, aburrimento y pesimismo: y como los Papas, rodeados de tanto amor, asistidos por el espíritu de caridad, no son nunca amargos ni misántropos, y les cercan demasiadas ocupaciones para que les sobre tiempo de aburrirse, de ahí que no conozcan la melancolía, ese infecundo amargor psíquico, destilado en nosotros por la doble hiel de nuestro hígado y de nuestras decepciones. Como, por otra parte, los Papas son gente de talento, de altísima posición, conocedores de la sociedad, depósito y arca de experiencia, su templada risa encierra la suma filosofía de la vida mundanal.

Estas observaciones referentes á los Papas me las sugiere la anécdota que voy á referir, y que cuenta ya bastantes años de fecha, pues no ocurrió en el actual Pontificado, sino en otro, cuando la soberanía pontificia se encontraba en todo su auge y esplendor.

El Excmo. Sr. D. Inocencio Pavón, nacido en Astu-



rias y recreado en Madrid, á la sombra de las alas de un conspicuo personaje moderado, había obtenido, después de varios tumbos por el mundo oficinesco y oficial español, y mediante influencias y gestiones que no nos importan un bledo, asumir en la corte pontificia la representación de tres ó cuatro repúblicas hispano-americanas, de las más chicas y pobres, y de las más nacientes é informes en aquel período. Con esto, el Sr. de Pavón se tenía por tan embajador como el más pintado; y no le hablasen á él de que ningún hombre nacido le ganase la palma en embajadear. Á los individuos del cuerpo consular los miraba desdeñoso y compadecido, y aspiraba á no tratarse, alternar, ni cruzar palabra sino con los plenipotenciarios de las grandes potencias. Desgraciadamente, estos señores gastaban unos hombros tan altos, una cara tan seria y acartonada, unas patillas tan dignas y simétricas, unos bigotes tan peinados y correctos, y una mirada tan distraída, que era cosa de jurar que ni veían al resto de la humanidad que no desempeña embajadas. La tiesura del embajador británico; la aristocrática impertinencia del austriaco; las formas confianzudas pero protectoras y humillantes del español; la desembozada grosería del francés, teníanlas nuestro Pavón sentadas en la boca del estómago, y no había cataplasma que se las quitase. Al mismo tiempo las estudiaba como se estudia un arte, para aplicar á los inferiores, cuando le tocaba su vez, tantos modos de desdeñar y de darse tono diplomáticamente.

Había que ver á Pavón cuando, revestido de un uniforme de capricho, elegido entre varios modelos, á cual más bordado y recamado, asistía á las recepciones en la logia vaticana, ó acudía á las privadas audiencias que á cada triquitraque acostumbraba demandar al Pontífice.



No le faltaban nunca pretextos para dar jaqueca al Papa. Como las republiquetas que representaba Pavón estaban en vías de constituirse, y siempre andaban engarfiadas por asunto de límites, fronteras y territorios, sucedía que hoy, verbigracia, acudiese Pavón á exponer las quejas de una república, y mañana á esforzar argumentos contrarios en favor de su rival; todo ejecutado con la imparcialidad más estricta y la solemnidad más profunda, sin que el Papa se diese nunca por entendido de que Pavón le estaba diciendo y rogando lo contrario de lo que la víspera le dijera y rogara. También solía Pavón llevar á la Cámara pontificia cuestiones de fuero y organización eclesiástica, distribución de parroquias, provisión de sedes episcopales y otras del mismo jaez. Para semejantes casos tenía Pavón estudiadas y aprendidas al dedillo ciertas fórmulas oratorias muy sonoras é imponentes, como si de legua arriba ó legua abajo de un obispado *in partibus*, ó de una parroquia más ó menos en el valle de Pachacamac, dependiese la solución de algún conflicto internacional muy peliagudo, ó la salvación del orbe cristiano. «Reclamo toda la atención de Su Santidad y la del señor Cardenal secretario de Estado, acerca de este punto arduo y delicadísimo.... El problema que me trae á vuestros pies, Padre Santísimo, es de aquellos que sólo una prudencia exquisita resuelve de modo satisfactorio.... Hoy nos toca dilucidar materias altamente importantes....», etc., etc.

Á cada uno de estos delicadísimos asuntos que arreglaba diciendo por fin *amén*, y accediendo completamente á las indicaciones del Vicario de Cristo, Pavón, que ya poseía todas las cruces españolas, era agraciado con alguna orden ó condecoración pontificia. Sin embargo, como el número de éstas no es infinito, fueron agotán-



dose, y finalmente se concluyeron. Al presentarse una ocasión nueva de recompensar los servicios, el celo y la diplomacia de Pavón, el Cardenal secretario de Estado hubo de preguntar al Papa:

—Santidad, yo no sé qué vamos á ofrecer á este *benedetto* Pavón, porque él se eterniza en su puesto; lleva en Roma cinco años, y no le falta ninguna distinción, cruz ó cinta. Padre Santo, ¿qué le daríamos?

—Queda de mi cuenta; yo discurriré lo que se le ha de dar,—contestó tranquilamente el Sumo Pontífice.

En efecto: la primera vez que se apareció Pavón por el Vaticano á presentar sus respetos al Papa, éste, llamándole con afectuosa familiaridad al hueco de una inmensa ventana,—que domina los jardines deliciosos donde hoy León XIII tiende redes á los pájaros,—sacó del bolsillo una cajita, y de la cajita preciosa tabaquera de oro. Ligero círculo de brillantes rodeaba la tapa, haciendo resaltar el primoroso esmalte de la miniatura donde sonreía la cara bondadosa y plácida del Pontífice. El Papa estaba lo que se dice hablando; las perfectas facciones de su rostro, pintiparadas para una medalla; su frente nítida, que destellaba inteligencia; los mechones argentados del cabello escapándose de la suave presión del solideo blanco; los ojos reidores, benévolos, con su toquecillo malicioso allá en el fondo de las niñas; hasta los armiños y el terciopelo rojo de la muceta, todo resaltaba en la obra de arte. La cual, aparte de valer un tesoro por su mérito intrínseco, suponía como regalo la más cortés y exquisita atención, porque nada agradaba tanto á Su Santidad como absorber una pulgarada de tabaco fino, y se refería que en cierta ocasión, habiendo ofrecido un polvo de rapé á un Cardenal, y contestándole éste que «no tenía semejante vicio», el Papa hubo de replicar: «¡Ah!; el ta-



baco no es vicio, que si fuese vicio, lo tendríais». ¿Qué mayor obsequio de parte del Papa que el regalo de una tabaquera? Pavón se confundió y deshizo en expresiones de gratitud, y en protestas de su indignidad para merecer favor semejante.

Al otro día el Papa preguntó al Cardenal secretario:

—¿Qué tal nuestro Pavón? Supongo que no estará descontento.

—¡Descontento! ¡Ah, *Santità!* ¿Cómo descontento? ¡Pues si está loco, trastornado; si no sabe lo que le pasa! De tal manera le ha sorbido el seso y aturrullado la nueva distinción, que ha llegado al extremo....

—¿De qué?

—De preguntarme.... Adivine Su Santidad lo que me habrá preguntado.

—¿Para qué sirve la tabaquera?

—Mucho más, mucho más.... ¡De qué color es la cinta!

—La cinta.... ¿para colgarla?

—Justo.

Más luminosa y jovial que nunca, retozó la risa del Papa sobre sus correctas facciones, prestando brillo singular á sus claros y áureos ojos.

—¡La cinta para colgarla! (repitió): *¡Dio! É molto semplice.* No había más que responderle.... «Color de tabaco».

El Secretario de Estado, sin poderse reprimir, lanzó una carcajada suave y melodiosa, que brotó de entre sus blancos dientes como el agua de una fontana de mármol antiguo. Tampoco el Cardenal secretario era capaz de reirse con espasmos brutales, ni más ni menos que un gañán, y su fina risa armonizaba bien con su tipo prelacial, pulcro y elegante, su sotana bien cortada y airosamente ceñida por la faja de seda roja, su pie largo y calzado primorosamente, su fisonomía sagaz y melosa de diplo-



mático italiano. Pasado aquel minuto de broma, el Papa y el Secretario se consagraron al despacho de graves asuntos, y no se habló más de Pavón ni de su tabaquera.

Pero el primer día de recepción solemne en el Vaticano, el Cardenal y el Pontífice cruzaron una ojeada rápida, vivísima, viendo entrar al Sr. D. Inocencio, todo resplandeciente de cruces, estrellas y placas. Su pecho era un calvario, y deslumbraba por su magnificencia. Y entre tanto colgajo y brillete, uno sobre todo atraía la atención, la curiosidad y acaso la envidia de los circunstantes, sorprendidos é ignorando qué significaba aquella condecoración novísima. Era,—pendiente de ancha cinta de seda color de tabaco maduro,—la caja de rapé del Papa, cegando la vista con su círculo de brillantes, y ostentando en su centro la hermosa cabeza pontificia.

¿Duraron mucho tiempo la broma y los comentarios de este episodio? ¿Trascendieron al público? Mal conocería el Vaticano quien tal pensase. El Vaticano es la discreción y la sobriedad misma. Si se perdiesen las buenas tradiciones y los selectos moldes de la diplomacia y la cortezanía, volverían á encontrarse en el Vaticano. Allí no se conciben guasas pesadas (indicio evidente de pésimo gusto y de rústica educación), ni se concede á las humanas flaquezas, previstas, adivinadas y perdonadas de antemano, mayor atención que la de un discreto cuchicheo. El que quiera aprender tacto y mundología, al Vaticano debe acudir para que lo descortecen con el ejemplo. Si los clérigos zafios y los fanáticos radicales de nuestros partidos extremos fuesen capaces de suavizarse, en el Vaticano se haría milagro tan asombroso.

Á los pocos meses de haberse presentado Pavón con su tabaquera colgada, se ofreció nuevamente el caso de tener que recompensar de algún modo sus servicios. De esta



vez, el Cardenal secretario manifestó al Papa que él, por su parte, renunciaba á discurrir lo que podría Su Santidad ofrecer á Pavón. El Papa, con su habitual serenidad, anunció que se disponía á enviar sin tardanza alguna á casa de D. Inocencio una pequeña muestra de su gratitud y del aprecio en que tenía su celo y actividad en pro de la Santa Sede. Muerto de curiosidad andaba el Secretario de Estado por averiguar en qué consistía la pontificia dádiva; pero el Papa, con picardía de chiquillo y reserva de soberano, cerraba su boca ó desviaba la conversación al traerla el Cardenal hacia ese punto. Sólo pudieron sacársele unas palabras:

—Lo que le he dado á Pavón.... ¡Ah! Espero que es cosa que no podrá colgársela.

Por fin, el Cardenal, intrigadísimo, se resolvió á hacer á Pavón una visita en toda regla, por ver si lograba esclarecer el misterio. Y apenas entró en la sala, cuando distinguió un objeto, que indudablemente era el regalo pontificio. Aquella inmensa consola, con acanaladas y doradas patas al estilo del Imperio de Bonaparte; con su inmenso tablero de mosaico, donde se desplegaban en semicírculo el Panteón, el Coliseo, la columnata de Bernino, el Acqua Paola, la Mole Adriana y demás monumentos universalmente célebres de Roma, era, claro está, la fineza ideada por el Vicario de Cristo para que á Pavón no se le ocurriese colgársela del pescuezo.

Apenas fué admitido á presencia del Papa, el Secretario dijo chuscamente:

—Padre Santo, he tenido el gusto de admirar el presente que Vuestra Santidad ha ofrecido al *signor Pavone*. *Bella cosa*. Sólo que de esta vez no me ha preguntado el color de la cinta.

—Pues si pregunta, no hay que asombrarse ni atur-



dirse, sino responder que es color de cable,— advirtió benignamente el augusto Anciano, que con su niveo traje, y el sonrosado color de sus mejillas, y la irradiación casi lumínica de su rostro, parecía un arcángel volando por cima de las miserias terrenales y las pequeñeces de la vanidad.

EMILIA PARDO BAZÁN.







# LA DEMOCRACIA EN EUROPA

Y AMÉRICA.

## II.

**A**NTES de tratar de la generalidad de los cantones suizos, sometidos á un régimen mixto, conviene explicar la parte de soberanía ejercida en ellos, por manera puramente democrática, que se encuentra representada en tres distintos derechos populares : el *veto*, el *referendum* y la *iniciativa*, que vienen á ser, si bien se mira, uno mismo. Llámase *veto* el derecho atribuido al pueblo de impedir, por medio del sufragio directo, y ahora, en la acepción común, universal, la ejecución de cualquier ley votada por la Cámara ó Consejo de Cantón ; derecho usado por alguno que otro solamente. En el *referendum*, que es derecho mucho más generalizado, aprueba el pueblo ó no, en vez de poner *veto*, de suerte que entre votar *sí* ó *no*, ó votar *no* siempre, consiste la diferencia. La *iniciativa* es naturalmente inseparable de los otros derechos, pues se cifra en la facultad de exigir por cierto número de votos, ya el *veto*, ya el *referendum*. Ni en todos los cantones, ni de igual suerte, se halla el



último establecido, único que merezca ser examinado; pero ya entre los representativos, tan sólo Friburgo ha dejado de aceptarlo. Por de contado, que su más importante aplicación es la que de él se hace para aceptar ó rechazar reformas constitucionales. Por ese lado comenzó, para ir extendiéndose después á cuestiones financieras y otras de interés material, las cuales en manos de mandatarios tampoco por allá andan bien. El *referendum* con carácter obligatorio no ha llegado á acreditarse grandemente, por las conocidas dificultades prácticas que, entre centenares de miles de electores, ofrece su ejercicio, aunque la votación se haga por secciones. De aquí la preferencia creciente por el *referendum facultativo*, ó sea la apelación al pueblo de parte de las Asambleas ordinarias, y de un cierto número de electores en contados casos. De todos modos, esta es una legítima institución democrática, y los esfuerzos hechos para extenderla, como al fin se ha extendido, contra las previsiones de su gran publicista nacional Bluntschli, hasta al ordinario régimen federal, demuestran el vivo espíritu democrático de la Suiza contemporánea.

Consérvase allí, no obstante, con extraño esmero la histórica organización política del Estado en los cantones. No hay más en ellos que una Cámara, y está aún colegiado el Poder ejecutivo, sin respetar los fallos que sobre uno y otro punto ha pronunciado la sociología política. No ha logrado alterar esto el cambio total de clases gobernantes, desde 1830 á 1848 efectuado, por virtud del predominante influjo de la escuela democrática francesa. Aquellos Concejos ó Ayuntamientos de la Edad Media, elevados á soberanos, y como los nuestros antiguos, regidos por Regidores perpetuos, ó sea por *cierto número de señores*, según la expresión de Josías Simler,



de Zurich <sup>1</sup>, el primer publicista suizo que yo conozca, ríngense ahora por legisladores y administradores temporales, á fecha fija y por extremo variable. Al propio tiempo, los gobernantes cantonales, que á principios del siglo xvii alardeaban de *su derecho divino*, más que nunca Felipe II ó Luis XIV, constituyendo una *oligarquía* sobrepuesta á ciudadanos divididos en castas, pertenecen hoy ya todos á la clase media, y aun á la inferior de los cantones, con sistemática proscripción, en muchos casos, de las familias antiguas. En suma: que toda aquella sociedad está trastrocada; pero las externas formas del Gobierno continúan idénticas, y no sin influjo sobre el fondo mismo de las cosas. Tampoco ha desaparecido del todo, y es lástima, la intolerancia religiosa, que si en verdad no iguala á la de los días de Calvino, y aun de Rousseau, todavía influye con exceso en la vida política y hasta en la social de los cantones, sin que á lo mejor dejen de caer tampoco, so pretexto de defensa contra el *clericalismo*, siniestros rayos federales sobre los católicos <sup>2</sup>. Á la imitación francesa, que en todo esto asoma, estuvieron muchos suizos para sacrificar su independencia misma un día, y más tarde la federación, por virtud de la llamada *República helvética*; la federación, digo, único vínculo posible entre gentes de tan distintas razas y lenguas. No sé yo, ni nadie sabe, por qué Napoleón I libró á la Suiza entonces de una destrucción segura, manteniéndola contra su corriente unitaria, de especulativo carácter, dentro de la tradición histórica. Lo que no ofrece duda es que el sentimiento *particularista* comenzó bien pronto á agitarse profundamente contra la una é

(1) JOSÍAS SIMLER: *La République des Suisses*: Anvers, 1579.

(2) Sobre este cuadro de la antigua vida suiza, basta leer á Daendliker: *Histoire du Peuple Suisse*: Saint-Ouen, 1879.



indivisible República helvética. Por algo ha escrito allí mismo el conocido economista y publicista A. E. Cherbuliez<sup>1</sup>, en un profundo libro sobre la democracia de su patria, que los que, verbigracia, pretenden fundar una República dondequiera, sin más que suprimir de cualquier Constitución el título de Rey, si no tratan de engañar á los demás, es que se engañan á sí mismos. El principio histórico apareció allí, pues, potente, y debió de hacer meditar hasta al propio Napoleón I. Cherbuliez mismo observa en otra parte que el no seguirse el sistema de dos Cámaras y del Poder ejecutivo unipersonal, á ejemplo de los Estados Unidos, en 1848, cuando no parecía sino que nada anterior iba á quedar en pie, consistió en que, contra la teoría por los más inteligentes preconizada, se alzaron los hábitos históricos, que al fin quedaron triunfantes. Pienso yo ahora que esos hábitos principalmente, y no las seducciones de la abstracta doctrina federal, han de salvar siempre á la Confederación, con no poca dicha de Suiza; porque, en mi concepto, aquélla y no más impide que su democracia cantonal se desborde peligrosamente.

No cabe duda que el poder ejecutivo, por su forma colegiada, es muy débil en los cantones, y sobre todo donde está nombrado además por los cuerpos legislativos y no directamente por el pueblo. Contribuye también á enflaquecer el régimen cantonal, el que la Cámara única sea de por sí tan ocasionada á precipitaciones y violencias. Es de malas consecuencias, asimismo, que los gobiernos á fecha fija (de uno á seis años) carezcan de flexibilidad para acomodarse á las mudables circunstancias y al vario sentido de la opinión pública. Pero, á lo ménos,

(1) A. E. CHERBULIEZ : *De la Democratie en Suisse* : París, 1843.



la Constitución federal ha suprimido ya el absurdo derecho al *acaloramiento* ó *pronunciamiento*, de que teóricamente se juzgaban revestidos y como en inmanencia los cantones, practicándolo con frecuencia deplorable las gentes que se cansaban de ser regidos por sus adversarios (1). Hoy está ya á cargo de la autoridad y de las fuerzas militares federales el mantenimiento de la legalidad. Antes de mucho diré cuáles otros elementos, relativamente conservadores, encierra en sus páginas la Constitución federal; mas por de pronto, prefiero exponer lo que falta de la soberanía particular de los cantones. No porque la Confederación haya puesto mano en sus trastornos interiores, han cesado las causas de exasperación que solían promoverlos. Buenos ó malos, y con fortuna ó sin ella, así los miembros del Cuerpo legislativo como el Consejo gobernante, casi necesariamente tienen que cumplir su tiempo, según los preceptos constitucionales, que para descartarse de ellos nada menos se necesita que inventar y aprobar una reforma constitucional que les concierna, cosa difícil siempre. No hay derecho de disolución, ni de revocación, sino en muy pocos cantones, por donde los ciudadanos de los más de ellos se encuentran, ó demasiado, ó poco soberanos alternativamente. Demasiado, porque en los límites del derecho cantonal parece que lo pueden todo; poco, porque en las irritantes cuestiones personales son impotentes durante irreductibles plazos, y ni tienen medio de castigar con presteza á sus candidatos, ó sea servidores mal agradecidos, ni de reemplazarlos con razón si la hay. Los días de elecciones son, sí, de gran fiesta para los que esperan vencer, ó con efecto vencen, porque, mediante ellas, esperan ejercitar

(1) J. DUBS: Obra citada.



la soberanía cantonal despóticamente, sin contrapeso ni responsabilidad alguna; pero no bien delegan su representación, suelen sobrevenir resistencias y desengaños. El deseo, pues, de menguar las facultades de los Cuerpos legislativos y dar alguna más fuerza al ejecutivo, para contraponer constantemente uno á otro, y que ambos necesiten más del continuo apoyo de los electores, va propagando la modificación constitucional de que el nombramiento del último se reserve al pueblo. Supongo que el derecho de revocación, iniciado en ciertos cantones, hará también su camino; pero al cabo y al fin habrá que atribuírselo, como en Argovia, al pueblo, expediente complicadísimo para repetido. ¿Tantas elecciones, en el ínterin, y que tanto interesan á las personas, podrán ser sinceras siempre? La experiencia enseña que no se puede hacer la adquisición de sufragios, inmediata y forzosa base de toda ambición y de muchos provechos personales, sin que el sistema se corrompa, tarde ó temprano, por unos ó por otros medios. Sólo cabemantener la pureza electoral donde los partidos posean con el poder positivo la virtud, y ya diré cuán lejos andan de eso los de Suiza, aunque no igualen á otros en corrupción. No creo, entretanto, que la administración de justicia haya ocupado en Suiza nunca tan encumbrado lugar como en Inglaterra, y todavía más en los Estados Unidos; antes bien, me parece que aquel pueblo, nativamente honrado, laborioso, valiente y fiel, no posee el sentimiento jurídico de que han recogido gran bien las dos Naciones anglo-sajonas. Designa los magistrados subalternos el pueblo, los superiores el Poder legislativo; el Tribunal Federal interviene ya en ciertos asuntos cantonales, y juzga todos los delitos sobre alteración del orden público, que reprime la Confederación; el jurado, que sólo existía pocos años ha



en los cantones grandes, se ha ido extendiendo hasta constituir la regla general, aunque no sin repugnancia notoria; los jueces de paz ó municipales, ya que no equivalgan á los ingleses, son más respetables sin duda que los demás de Europa; pero en todo este conjunto falta la grande atracción del derecho sobre juzgadores y juzgados, que hizo posible que figurase entre las instituciones políticas de los Estados Unidos la magistratura como un género de poder moderador. En cambio, el exceso del funcionarismo con sus perniciosos desórdenes, no produce ni de lejos en la Confederación Helvética los estragos que en la americana y que en otras partes.

Mas esto del funcionarismo, tráeme ya como por la mano á tratar de los partidos, que, si no lo engendran, comúnmente lo multiplican, corrompiéndolo y corrompiéndose. Hace algún tiempo se lamentaban los publicistas de que los numerosísimos escritores de Derecho constitucional que se conocen, no hubieran comprendido á los partidos entre sus elementos principales; pero después, el suizo Bluntschli en su *Derecho Político General*, Seaman en los Estados Unidos, Minghetti en Italia, y en Inglaterra Bryce, han llenado suficientemente aquel vacío. No hacía en puridad falta el concurso de la experiencia para estimar el valor constitucional de los partidos: púdose *a priori* saber que, como las instituciones no obran solas y son únicamente instrumentos en manos de los hombres, las separaciones ó agrupaciones que entre éstos se efectúan, al aplicar á cada país su régimen, con el fin de hacer predominar unos ú otros intentos, tenían que adquirir poca menos importancia que las instituciones mismas en el Derecho constitucional. Y por lo que hace á experiencia, la de todos los días enseña que no cabe que exista colectividad ó clase que con cualquier



motivo esté llamada á querer ó mandar algo sin dividirse en partidos. Húbolos en Atenas, con caracteres parecidísimos á los que ahora me han de ocupar más; los hubo semejantes en Roma, y en las Repúblicas italianas bien famosos; no era, por tanto, preciso que, cual tantas otras cosas, se pensase imitarlos de los *whigs* y *torys* de Inglaterra. Fuera de propósito sería que aquí tratase de los que, con ó sin el título de partidos, representan sectas ó facciones que obran fuera de la órbita constitucional. Pues que de cosas políticas en su acción normal estoy tratando, los únicos partidos que me importan son los que, bien ó mal, cooperan á las funciones del Estado constituido y al ejercicio de la soberanía legal, prescindiendo, como *whigs* y *torys* prescindieron largo tiempo hace, de trastornar las instituciones fundamentales. No los hay que así no sean en Suiza, donde, entre tantas otras, persiste la importante condición histórica de que nadie, sin estar loco, pensaría en ser más que republicano. Esta de los partidos, en resumen, es institución voluntaria y libre, que, aunque no figure en ninguna legislación política, contribuye de hecho al ejercicio de la soberanía en todos los sistemas liberales, y la absorbe á veces. Generalmente, pero no siempre, determínanse en ellos las dos escuelas políticas que sabemos, es decir, la especulativa ó reformista, y la tradicional ó histórica; porque otros muchos accidentes, ya de índole administrativa, ya de índole económica, influyen también eficazmente en su estructura, en sus acciones y en su suerte. Nunca agotan el cuerpo electoral todo entero los partidos; testigo Suiza misma, donde la Constitución matriz de 1848, obra del espíritu democrático triunfante, con trabajo reunió la mitad más uno de los sufragios. Pero aquella parte de los electores que gusta de dirigir, de mandar á los demás, ó



que encierra intereses á cuya prosperidad importan la dirección política y el mando, se suele organizar para hacerse fuerte en partidos, verificándose por medio de éstos ahora lo que he supuesto que acontecería en los tiempos primitivos, es á saber: que no bien sentida la utilidad de que alguien ejerciera la soberanía, más veces en silencio que por deliberación, se sometieron unos á otros los hombres, adelantándose á gobernarlos quien lo apetecía más, sin que los otros lo resistiesen, cuando les permitía eso vivir en paz. No ha habido, lo repito, y aún lo he de demostrar más, tan copiosa fuente de poder público, como esta pereza ó egoismo individual, ni en los pasados ni en los presentes días, y los partidos, cuando de verdad imperan, beben en ella á pechos con frecuencia. Y allí donde les es dado obrar sin contrapeso alguno, no tan sólo es natural que ejerzan la total soberanía, sino que ocupen los puestos vacíos de los conquistadores antiguos y sus sucesores dinásticos, así como los de los patricios extintos.

No hay que decir, por supuesto, que la soberanía está en sus manos expuesta á las mismas enfermedades que en todas, y con menos remedios ó antídotos morales. Ya predijo Bluntschli, profundo conocedor de la democracia de Suiza, su patria, que el ejercicio del poder por grandes reuniones populares, traería consigo que los partidos se sustituyesen al pueblo por completo, convirtiendo las soberanías nacionales en soberanías de partido (1), y las poco felices consecuencias de esto contribuirían quizá á que en 1848 abandonara la política, y poco después su patria misma, naturalizándose en Alemania, después de haber dirigido en Zurich con tanta gloria al partido libe-

(1) BLUNTSCHLI: Obra citada, tomo II, pág. 479.



ral-conservador. No se han realizado sus temores aún por lo que toca á la Confederación; pero sí en los cantones. La pequeñez misma del teatro en que dentro de ellos actúan, convierte además las disidencias de los partidos en personalísimas animosidades, ni más ni menos que en las municipalidades de otras partes, produciendo pertinaces agravios, que excluyen las convenientes transacciones. Agrava este daño la lucha local, más ó menos latente, pero viva aún, entre las familias patricias, que en general gobernaban los cantones feudalmente, y las nuevas familias, por la Constitución de 1848 y sus consecuencias llamadas á un predominio irresistible. De resultas de la resistencia social que la democracia encontró al establecerse, enconáronse desde el principio las pasiones, exaltando las ideas, ó los propósitos; y como en semejantes casos acontece, los demagogos por naturaleza y los hombres de palabra y de pluma, desheredados antes, acabaron por ponerse al frente de las secciones cantonales del común partido radical, que ha venido así á estar constantemente solicitado por anárquicas y subversivas tendencias<sup>(1)</sup>. Tal es la relación que Cherbuliez hizo del estado de las cosas antes de la reforma constitucional de 1848, y parece que haya éste continuado sin mejora alguna después. Era el Cherbuliez de quien hablo nada afecto al régimen aristocrático destruido, sinceramente adherido, aunque sin pasión ciega, á los principios nuevos, y su testimonio no se puede tachar sino de algo antiguo respecto á las consecuencias, inevitables tal vez, que para Suiza tuvo el haberse democratizado por violentas revoluciones interiores, no por una causa de índole externa, como los Estados Unidos. Mas para juzgar mejor á los partidos

(1) A. E. CHERBULIEZ: Obra citada.



suizos de ahora, tenemos también á mano el reciente libro del Dr. Dubs, á quien he citado ya, magistrado del Tribunal federal, que se titula *Tratado sobre el Derecho público de la Confederación suiza*.

«Nosotros», dice este escritor, comparando los partidos de su patria con los para él ideales de la Gran Bretaña, «no hemos podido aún elevar los puntos de vista de los nuestros á la altura de los de aquel país. Piénsase por aquí que perece el mundo cuando se encuentra amenazado alguno de ellos de abandonar el mando, y *nada hay tan repugnante para un liberal como la tenacidad convulsiva con que nuestros demócratas se agarran á sus sillas vacilantes, lo cual conduce á las verdaderas bajezas, que en Suiza abundan desgraciadamente* (1)». Como no hay allí ministros que se parezcan á los parlamentarios, pues ni forman parte de las Asambleas, ni representan á sus mayorías, ni éstas pueden destituirlos directa ó indirectamente, ¿qué es, en puridad, lo que tan encarnizados partidos se disputan en los comicios, en las Cámaras y en la prensa? No las carteras ministeriales, por hablar al uso parlamentario, que valen tan poco, que los jefes de los partidos las desdeñan para sí, por lo que Dubs dice, sino sin duda cosas peores. La costumbre es que los jefes de partido queden de gobernantes irresponsables, satisfaciendo sus deseos por segundas manos, ó sea por los ministros, hechuras suyas, á los cuales califica de *marionnettes* ó *lourdaux*, con duras palabras, pero textuales, el publicista referido. Sobre partidos tales y sus jefes, haciendo las veces de pueblo entero, recaen las ingratitudes, los desengaños felices de que antes me hice cargo, por parte de algunos que levantan en hom-

(1) DUBS: Obra citada.



bros. Pero, ¿qué se disputan, repito? Dubs los culpa al pie de la letra de consagrar el tiempo á cuestiones insignificantes, faltándoles en tan estrechos teatros las grandes; de poner sus intereses privados y políticos por encima del bien general; de preferir el personal provecho al público. Ni más ni menos que en el más desopinado régimen parlamentario, van por este lado las cosas en los cantones representativos mixtos, y por lo que toca á prácticas legislativas, tampoco andan mejor. Á creer á Dubs, fuera de los grandes días de tribuna, transfórmanse las Asambleas en *chismosos lavaderos*; mientras la prensa, cuando aquélla descansa, presta sólo á la Fama sus trompetas para difundir infamias y escándalos. Y de palabra y por escrito igualmente, la pompa de las frases huecas, las intrigas de bastidores, la afición á las coaliciones, se sobreponen á toda patriótica consideración en la vida pública. Pudiera quedar el escrúpulo de que el respetable magistrado á quien sigo, y que quiere con eso y todo democratizar más aún á Suiza, pinte en los precedentes términos las faltas del parlamentarismo en general, y no precisamente las de su patria; pero sus palabras últimas son las que siguen: «Dejo á mis lectores decidir si hay algo que se parezca á esto en Suiza» (1). Ó la ironía no existe, ó es afirmación irónica y bien amarga. Tengan tales datos presente los que piensan librar á la libertad de descrédito, trocando el régimen parlamentario por el representativo.



Alcanza á todo esto el derecho cantonal á materias que serían entre nosotros de índole municipal y provin-

(1) J. DUBS: Obra citada, tomo 1, pág. 98.



cial, como á otras propias de Estados soberanos. Pero este doble régimen, nada tiene que ver con las siguientes materias, desde 1874 confiadas á la Confederación: dirección de la política exterior, con el derecho de declarar la guerra ó ajustar la paz; mantenimiento en todo el territorio del orden público; servicio militar y mando del ejército; tratados de comercio, aduanas, obras públicas, instrucción superior, montes, comunicaciones en general, monedas y barcos, pesos y medidas, sanidad y algunas otras de carácter gubernativo y administrativo. Además de esto, la Confederación prohíbe toda relación política entre los cantones; garantiza en ellos los derechos individuales, incluso el del sufragio universal, y atiende á las cuestiones sociales. Hase, pues, confiado á la Confederación el ejercicio de la soberanía en todo lo que más importa. Muchísimo dista esto de la antigua alianza, con su Dieta ó asamblea de delegados, y más bien embajadores de repúblicas independientes, al paso que la antigua soberanía de las repúblicas, no más que para común defensa unidas, viene á quedar reducida hoy á una extensa autonomía local. No cabe decir ya que el *Estado* sea en Suiza el cantón: la Confederación posee más atributos esenciales de éste que los cantones. Por eso, de la organización del poder federal depende que la democracia suiza tenga ó no límites, siendo cierto que desde 1848 acá, nadie se los puede poner de un modo activo, directo y firme, si él no se los pone. Afortunadamente, el principio histórico de la antigua *Dieta*, mantenido en la Constitución federal, aunque muy modificado, contiene, según ya he dicho, una fuerza conservadora sobre el todo, que puede ser, cuando haga absolutamente falta, bastante eficaz.

Aquella Dieta histórica ha pasado á ser Consejo de los



Estados ó Senado de la Confederación, que por este motivo posee dos Cámaras ó secciones en su Asamblea federal. De esta suerte el sufragio universal directo, representado por el consejo nacional ó Cámara baja, sin remedio tiene que concertarse para legislar y elegir el poder ejecutivo, con los mandatarios especiales de los cantones, por métodos varios elegidos, y rarísima vez por el pueblo. Y como ambas Cámaras son idénticas en facultades sobre todo punto de gobierno, de legislación y administración, fuera de las competencias federales y los indultos, el acuerdo de la popular con la cantonal es todavía más indispensable que el de la de los Comunes con la de los Lores en la Gran Bretaña. Pues, ahora bien: obsérvese que la igual representación de dos miembros por cantón, grande ó chico, en el Consejo de los Estados, da por consecuencia que una minoría de población decida en todos los actos federales. Zurich, Vaud, Saint-Gall, unidos á otro, pueden sumar la mayoría de la población suiza, sin contar más por eso que diez votos en el Consejo de los Estados; mientras que los restantes, con menor número de habitantes, tienen derecho á treinta y cuatro. Cúmplase esto mismo en el *referendum*. Treinta mil ciudadanos ú ocho cantones, bastan constitucionalmente para obtener su aplicación á las leyes ordinarias; cincuenta mil, ó acuerdo de cualquiera de las dos Cámaras, por separado, para que se inicie una reforma constitucional. Pero este plebiscito, como aquel verdadero *veto*, á nada conducen si con la mayoría de los electores individuales no coincide la cantonal. Entre 1874 y 1886, diez y nueve veces se apeló sobre leyes ordinarias al *referendum* en la Confederación, y de ellas trece contestaron un *no* conforme la mayoría de los cantones y la de los electores directos. En cambio, el proyecto de reforma



federal de 1872 tuvo, sí, mayoría ante el sufragio universal; pero los cantones lo dejaron en minoría, obligando á los políticos más avanzados á concesiones respecto del *referendum*, que en 1874 lo hicieron posible (1). Natural es, después de esto, que los publicistas suizos consideren la soberanía federal partida en dos mitades, una que el pueblo ejercita por medio del sufragio universal directo, otra por medio de los cantones.

Bien hubieran querido los amigos de la titulada *justicia científica*, destruir este orden de cosas, y aun se lisonjearon de lograrlo al elaborarse las vigentes leyes federales; pero han sido sus intentos vanos. Por el contrario: la soberanía mixta, popular y cantonal á un tiempo de la Confederación, se extiende cada año más, y su peculiar sentido va sobreponiéndose á las veinticinco soberanías locales, por tan diversos estilos organizadas, que, con los que están divididos en dos, encierran los veintidós cantones. No padece el ejercicio de la suprema soberanía federal, en la forma dicha, de las precipitaciones á que la de los cantones está sujeta; porque semejante pecado no puede cometerse á la par precisamente, sino ha de ser pedazo por pedazo del territorio, y hasta en distintos tiempos. Mientras la inmensa mayoría del Consejo Nacional es, verbigracia, democrática, los Gobiernos de los cantones suelen entre ellos diferir, á punto de ser unos *feudales*, reaccionarios ó conservadores, y radicales otros; éstos jesuíticos, ó digamos católicos; aquéllos, en mayor número, protestantes; tal cual tolerante, por principios; alguno indiferente. De todo esto junto proviene, en conclusión, que la variedad, indicio casi seguro de libertad, la unidad nacional, y el orden social y público,

(1) DAENDLIKER: Obra citada.



tengan la Confederación por principal fundamento; institución conservadora allí por excelencia, tomada esta palabra en su más exacto concepto, como lo es en los Estados Unidos. Y es que un Gobierno federal, parece á primera vista raro; pero lo que es en el orden político, jamás será tan revolucionario como lo han sido las unitarias Convenciones francesas. Libre, especialmente, la autoridad federal suiza, en lo que le concierne de aquellas cuestiones pequeñas que más directamente afectan á los intereses individuales, goza de todas las ventajas que el Estado cantonal pueda tener, y de otras muchas peculiares. Esto no quita que nadie haya visto aún que una Confederación se fabrique sin elementos sueltos ó autónomos que unir, ó previamente existentes. Y así como siendo de origen histórico, más ó menos despacio caminan siempre las federaciones á una orgánica unidad, cuando nacen para contrariar lo que existe, desorganizanlo hasta sin querer por sistemático espíritu de distinción ó separación. En resumen: cuando la Confederación no procede por proceso histórico constante, sino que hay que crear en todo ó parte y de un modo arbitrario sus componentes, no cabe que produzca el bien que en Suiza, porque adolece de igual inconsistencia que todo lo meramente ideal y teórico en la vida práctica.

Hasta aquí he hablado del *Estado* en los cantones y en la Confederación, ó sea del modo con que constitucionalmente se ejerce la soberanía positiva en Suiza. Añadiré ahora que existe algo que, aunque no sea soberanía declarada, lo parece, y aun de hecho y por costumbre antiquísima viene á serlo. Refiérome á los municipios, que en aquel país influyen, como en ninguno, sobre la vida social y política; hasta el punto de que se



piense que su poder real es mayor que todos. Todavía es más heterogéneo que el de los cantones este régimen municipal, y sería aún más imposible, por tanto, que diese de él completa idea. Un sagaz observador inglés, Hepworth Dixon (1), apoyado en documentos del país, dijo años ha, y no sin razón, que si, todo bien visto, en los Estados Unidos era hoy el elemento primero el ciudadano, y en Inglaterra la casa ó la familia, aquél era en Suiza el municipio. Ha sido éste, por de pronto, el germen del cantón, según ya expuse, así como la *comunidad* ó unión defensiva de cada uno de éstos con los demás, ha engendrado al cabo la Confederación. Mas como no todas las agrupaciones suizas lograron adquirir población, terreno jurisdiccional, riqueza, fuerzas, en fin, para conquistar soberanía, quedáronse en municipios unas y ascendieron á cantón otras. La inmensa mayoría, ya de grado, ya por fuerza, ha ido luego entrando bajo la protección, cuando no el dominio, muy opresor á veces, de las de más poderío, únicas reconocidas como soberanas; pero haes quedado por igual á todas el sentimiento antiguo de la autonomía, las costumbres por ella formadas, y una independencia municipal, en suma, que no tiene ejemplo. En estas innumerables escuelas de derecho público, no aprenden sólo el arte de la libertad los suizos, sino también el de la disciplina, harto más indispensable, después de todo, en las naciones democráticas. ¿Cuántas veces no ha sido causa de asombro en lo pasado el que las repúblicas suizas fuesen la tierra donde la monarquía absoluta encontrase defensores más fieles? ¡Ah!: los hombres cuya memoria guarda el león herido de Torwaldsen, no aprendieron tanto, sin duda, en los debates acalorados

(1) HEPWORTH DIXON: *La Suisse Contemporaine*: Traduit de l'anglais par M. E. Barbier: Coulommiers, 1872.



de la *Landsgemeinde*, como en sus lugares rústicos, y bajo el despotismo municipal de sus convecinos, la disciplina y el fácil sacrificio al superior. Por de contado, que esta municipalidad suiza vive robusta, porque la teoría de que los bienes de aprovechamiento común y los de propios son un mal económico, no ha paseado sus campos triunfante. Lejos de eso, cada municipalidad suiza es hoy, como siempre, absoluta é inviolable propietaria de su caudal común; persona real que, no sólo se mantiene del trabajo y lo que le rinde, sino, á modo de sujeto acomodado, de sus rentas. Por eso no admite vecinos nuevos, aunque sean suizos, sin que aporten suficiente peculio propio y dinero contante. Ni á esto se limita la vigilancia de la comunidad propietaria, sino que atiende á la previsión *malthusiana* por más morales pero más violentos medios que los propietarios rurales en Francia, procurando que no aumente el vecindario sino en la proporción que precisamente conviene para que no haya pobres. Todo esto pide, es claro, un poder ejecutivo fortísimo en las municipalidades, y, efectivamente, ejercicio más arbitrario del mando no se ha conocido jamás, aunque con laudables fines, si los que de esto han escrito no mienten. Asistidos de cuatro sólo concejales, ó de diez, conforme á la población, intervienen los alcaldes de por allá, patriarcal y aun paternalmente, si se quiere, en la vida y costumbres de sus convecinos; y hasta tal punto, según el referido Dixon, muy entusiasta de todo lo del país, que en otro ninguno civilizado se toleraría. Súfrese allí, sin duda, porque, por ejemplo, la intervención municipal en los matrimonios está encaminada á que no los haya desiguales, probablemente discordes, cargados de hijos que no puedan mantener. Por parecida manera, la expatriación forzosa



á que obligan los alcaldes á todo el que sin culpa ó por culpa suya no posee medios de vivir, tiene por objeto impedir la vagancia, el vicio y todo incentivo á la indisciplina ó la delincuencia. Ni semejantes medidas, ni otras por el estilo, son guiadas por interesados móviles individuales, ni por meros caprichos de mando, sino por asegurar el reposo y el bien de los vecinos, más ó menos egoistamente entendido, y todo lo más, porque á éstos no les cueste tanto la obligación, con frecuencia constitucional, de sustentar á los pobres, que siempre quedan algunos, aun después de tamañas precauciones. Sea como quiera, semejante autonomía y tan extremo *autoritarismo*, que ni las legislaturas de los cantones ni la federal se atreven á destruir, aunque algo procuren modificar, son también vallados robustos contra la desordenada soberanía de la multitud.

Y si es verdad, como muchos pensadores liberales piensan, que conviene estorbar y hacer difícil el ejercicio de dicha soberanía para que no degeneren en perniciosas, preciso es confesar que todo junto el régimen político de Suiza responde bastante á tal objeto. Por lo menos, es cierto que los partidos, aquí y allá impulsores de la máquina constitucional, no siempre logran con unidad imperiosa superar todos los sucesivos obstáculos, por lo cual no gobiernan la Confederación cuanto quisieran. El que más, como el radical, levanta de tiempo en tiempo tempestades reformistas que, aunque le hayan proporcionado el triunfo de muchos principios democráticos, favorecidos por las corrientes extranjeras, todavía no le han consentido regir del todo á su guisa la Nación. Ni hay hasta ahora otro síntoma de que el radicalismo obtenga al fin sus pretensiones totales con perjuicio grande de Suiza, sino la creciente disminución del poder



del Consejo de los Estados, fatalmente nacida de que el número de sus individuos es fijo, mientras el de los diputados se aumenta á medida de la población. Una vez reducido aquel Cuerpo á una ínfima minoría en la Asamblea federal, bien puede quedar la Confederación sometida á la soberanía según el concepto francés, ó sea la del número, tal y como existe en los cantones, sin otro dique común ya que la autonomía municipal, para tanto empeño insuficiente. Anularíanse así á la larga todos los elementos históricos que hoy quedan en pie. Y malo es también que los hombres eminentes, que al principio preferían la Cámara más conservadora, deserten de ella ahora, como teniéndola en menos. Por tales caminos, la tendencia revolucionaria unitaria restringiría, primero, más que conviene, la de los cantones; tampoco se salvaría la municipal; y, si todo esto no motivaba una disolución anárquica, el nivel destructor pasaría, á lo menos, sobre la personalidad singular, y bajo muchos aspectos envidiable, del pueblo helvético, confundiéndolo con otros de que está aún lejos. Por de contado, que mientras el Consejo de los Estados se compone de representantes de cada cantón, forman el *Nacional* preponderante diputados directamente elegidos por todos los electores suizos á un tiempo, distribuidos en distritos ó grupos de población, aunque cada uno dentro de los cantones respectivos. El poder ejecutivo, de su parte, está, por igual que en los cantones, confiado á un *Consejo* federal, que viene á ser un ministerio de siete individuos, nombrados por las dos secciones ó Cámaras reunidas en Asamblea federal, cuyo Presidente, del mismo modo elegido, lo es también de la Confederación. Júntase la Asamblea federal en algunos otros casos, como, por ejemplo, el del nombramiento del Tribunal federal y de General en jefe



de un ejército. Pero bien se puede notar que hablo á lo último, y de prisa, del Poder ejecutivo cantonal ó federal: no se extrañe; con ingenuidad aseguro que he proporcionado mi atención á su importancia. En Suiza no habrá que contar gran cosa nunca con el Poder ejecutivo, sea cualquiera el mérito de las personas que lo formen. La fuerza ejecutiva que realmente existe, hay que buscarla en las Asambleas, y sobre todo en la federal. Cuando, al visitar á Berna, se repara en la medianía del Palacio nacional y en los recintos estrechos de sus dos Cámaras; cuando se pasa luego por delante de las carpetas ministeriales, que más bien parecen de Delegados de Hacienda en nuestras provincias; cuando se contempla la soledad sin duda fructuosa de aquellos gobernantes, porque allí hay poquísimo que pedir, y lo que se pide no son ellos los que pueden darlo; cuando se encuentra, por último, en sociedad ó por las calles á aquel jefe de la Confederación, sin coche siquiera, siéntese un respeto que la austeridad inspira siempre hasta á los más distantes de ser austeros. Pero poco se tarda en comprender también dos cosas esenciales: la primera, que todo aquello se ajusta como anillo al dedo á una Nación sin pretensión á intervenir en las cosas universales, porque ni quiere ni puede ser instrumento de Dios en la historia; la segunda, que, con eso y todo, no sería posible que allí se encerrase todo el poder soberano de Nación ninguna, aun sin ser grande. Y, con efecto; la soberanía suiza anda esparcida por todos los ámbitos del territorio á la par; ora en sus municipios dictatoriales; ora en los electores especiales de los cantones y sus Gobiernos respectivos; ora en el *referendum*, ya federal, ya cantonal; ora, es claro, en el propio Estado confederado, principal parte sin duda, mas sólo parte al fin, del total

:



conjunto nacional. Sin embargo: mientras el Consejo de los Estados seriamente influya en la Asamblea federal, y sin la mayoría de los cantones nada esencial se legisle, Berna, con su modesta apariencia y todo, será cabeza siempre de una respetable y respetada Confederación.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.



## COSAS DE ANTAÑO



### EL CASTILLO DE ARTEAGA

Y LA EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES.

**S**OBRE una larga y angosta planicie bañada por el mar que penetra por el anchuroso boquerón del Arenal de Laida y del Seno de Posada, ó sea por entre la Punta de Lara y el Pico de Iturriondo, éste encima de Mundaca y aquélla bajo de Ansora, hay formada, siguiendo la carretera de Guernica á Ea, una línea de casas más ó menos interrumpida, que con otras muchas esparcidas por las colinas y montañas que por allí se elevan, constituyen el terreno jurisdiccional de la anteiglesia de Gautégúiz de Arteaga. Refréscale la mar dos veces cada día cuando sube hasta el puerto de Guernica; pero antes de que á él llegue, ya los olorosos y álbeos lirios de los arenales de Laida han bebido las brisas que siempre la acompañan, y después de ellos, los mudos campos de Canala, Acorda, Leguéndika, Munátegui y otros más, que, escalonados aguas abajo del canal abierto por el Océano, concluyen por darle frente recibiendo el bautismo de sus aguas.



Gautéguiz de Arteaga, que vale tanto en nuestro idioma como en castellano *Paraje claro del Encinar*, dista seis leguas de Bilbao y una de Guernica. Confina por Setentrion con el brazo de mar de Mundaca, Murueta, Pedernales é Ibarranguélua; por Oriente, con Ereño y Cortézubi; y está cruzado de N. á S. por la ya dicha carretera, que, partiendo de Guernica á Elanchobe y Ea, y continuando por la costa hasta Ondárroa y Saturrarán, que es el límite del Señorío de Vizcaya, se enlaza con la que le viene á buscar por Deba y Motrico, de la provincia hermana de Guipúzcoa.

Que el nombre de Paraje claro del Encinar no esté bien aplicado, ó no sea una fiel traducción de Gautégúiz de Arteaga, nadie lo puede negar, porque, aparte de la verdadera significación de estas palabras, lo corrobora el mismo aspecto del lugar en que se asienta, coronado además, como para preservarle de las iras del cielo, de montes tan elevados y feraces como Ereñozáar, Antolinzarra, Acherréa y Gabica, cuyos pasos intransitables por la espesura de milenarios encinos, y por la ramosa vegetación que á ellos se abraza, está también sembrado de sustanciosos abonos que de sus ramas se desprenden.

La filiación de esta noble anteiglesia no es difícil de encontrar. Refiere la crónica, ó la tradición, que en Vizcaya andan juntas á menudo, que habiendo Fortún Ortúñez, hijo de Gonzalo, construido en el año de 738 una casa fuerte á la que denominó Gautégúiz, y habiendo fabricado un siglo más tarde otra parecida su descendiente Sancho Gautégúiz, á la que apellidó Arteaga, con ambos nombres se formó el de Gautégúiz de Arteaga, que es el que ha perseverado hasta nuestros días: de lo que resulta que esta antigua familia fué la fundadora de esta anteiglesia ó pueblo, y que le ennobleció con el transcurso de



los años. Pero como sus sucesores se multiplicaron considerablemente y no se limitaron á vivir alrededor de la ilustre cepa en que echó raíz, se desparramaron por otros sitios del condado, donde poblaron y fundaron muchas casas de su mismo apellido, que adquirieron claro y respetado nombre.

Algunos de los antiguos historiadores vizcaínos aproximados á estos tiempos, dejaron escrito que las más insignes familias que en ellos existían eran las de Arteaga, Villela, Urquizu y Muxica. Que de la primera dimana esta última, Mushika, como entonces se la decía, fundada el año de 962 en la anteiglesia de Uharte, que lleva hoy su nombre; pero que antes de que apareciese en las genealogías vizcaínas, ya la de Montalbán de Arrázua, nombre el primero que no suena á vascongado por haberse corrompido, aunque sí el segundo, la había creado un Arteaga en el año de 793, como fundó otro la de Ascúnaga de Fórua en 934, y otros de sus sucesores las de Albiz en Mendata, de Barrutiabaso en Cortézubi, de Arteaga-Jáuregui en Olabeaga, y de Ajánguiz en el Concejo de su nombre. Más tarde, y cuando los apellidos comenzaron á formarse, Pero González de Gautégúiz, descendiente por línea directa de aquel primer Arteaga, fundó la de Iturbúru, sin que contemos para nada heredamientos de más remota data que recaían sobre esta familia, como el renombrado de San Martín de Arteaga, en Zamudio, donde pobló también.

Compréndese fácilmente, á la vista de tantos solares como llegó á fundar, que aumentase todavía más el número de sus enlaces y nacimientos, y, por consiguiente, que llegase á ser una de las más dilatadas y preponderantes de dentro y fuera del país, según lo refieren las historias desbrozadas de atavíos fabulosos, en las que



vemos que algunos de sus principales troncos desempeñaron oficios y funciones importantísimos, injertando además su savia en la de ilustres familias de los reinos de León, Aragón y Castilla.

Entre los oficios en que más se distinguieron los Arteagas, sobresalen los de las armas y de la marina, de los que fueron caudillos ó jefes, constituyendo en las guerras de bandería y de reyes y magnates, que tanto ardieron en las Provincias Vascongadas y Navarra, como en Castilla durante la Edad Media, el tipo del soldado inquieto, batallador, audaz, dispuesto siempre para la pelea, de la que, por desgracia suya, sacaban, como la mayor parte de sus coetáneos, ó la ruina de sus haciendas, ó la pérdida de sus vidas. Pero en medio de tantos males como produjeron y experimentaron, las figuras de Fortún Sáez, de Sancho García, de Pero González y Martín Ruíz, de Fortún García, Rui García y Joanes de Arteaga, nunca podrán borrarse de la historia de los bandos Oñacino y Gamboíno, porque, si bien es cierto que asolaron á los pueblos por donde pasaban y luchaban, del mismo modo como asolaban á la Galia los bandos de borgoñones y franceses ó los de la Liga del Bien público con sus *ecorcheurs* y *retordeurs*; á Italia los Güelfos y Gibelinos ó los Cancilleres blancos y negros; á Inglaterra los sajones y normandos, y aun á los mismos reinos de España los agramonteses y beamonteses de Navarra; los duques de Arcos y de Medina-Sidonia de Andalucía; los Giles y Negretes y los Zúñigas y Carvajales de Castilla, también lo es que pregonaron al mundo entero su valor indomable, su pujanza irresistible, y ese maldecido é implacable espíritu de venganza de que estaban poseídos, más carnívero y cruel á medida que era más próximo y cercano el parentesco.



Estos sangrientos cuadros, que pintan con notable exactitud las costumbres de aquellas épocas, se repetían con tal frecuencia en Vizcaya, que, aunque nos sea doloroso y desagradable, tenemos que delinear alguno de ellos si hemos de proseguir con la narración de la primitiva torre ó casa fuerte de Arteaga, que, conservada hasta los promedios del siglo xiv, en que la reparó Fortún García, asesinado inhumana y cruelmente de orden del rey D. Pedro de Castilla en Villareal de Álava, sin más motivo que el de haber reunido en ella á sus parientes mayores, desapareció totalmente medio siglo después de este suceso.

Corría el mes de Junio del año de 1468, en que andaban muy desavenidos los linajes de Arteaga y los de Butrón y Muxica, aquél porque tenía que vengar una ofensa inferida á su deudo Rodrigo de Albiz, y éste porque quería vengarse de Arteaga por haber arrastrado á su bando á Rodrigo de Sagarmínaga, antiguo y buen soldado de Butrón, cuando su caudillo Juan Alonso le citó al campo, en la Rentería de Guernica.

No desairó el reto el Arteaga, aunque sabía que era muy grande el poderío de Muxica; antes al contrario, lo aceptó, llamando en su ayuda al Borte de Avendaño, que reunía 100 hombres, con los que, y con los 900 que él contaba, acudió al punto á que le había citado su enemigo.

Preparado le halló en él, según se lo temía, con más que duplicado número de peones mandados por sus cabos más expertos, cuando de repente se presentó en medio de las filas de ambos combatientes el corregidor de Vizcaya Pero García de Santo Domingo, pidiendo treguas y paz. Desoyóle de pronto el Muxica, pero á luego que dejó entender sus razonamientos el juez supremo de Viz-



caya, hallándose el cacique á punto de ceder á ellos, llegó al campo otro gran golpe de peones, partidarios suyos, procedentes de las Casas de Guecho y de Martiartu, bastante rezagados á haber comenzado la pelea. Y como quisieran remediar esta falta de retraso con algún pretexto para ellos lisonjero, así que llegó á sus oídos el intento del Corregidor, se mostraron tan rebeldes y batalladores, que, desoyendo su voz y arremetiendo á los desprevenidos arteagueses, apoyados por las fuerzas de Muxica, los desbarataron inmediatamente, matando á muchos, entre ellos á Joanes de Arteaga, antes herido y prisionero, á Ochoa de Unzueta, hijo del señor de Yarza, que se hallaba de paso en Arteaga, y á otros valerosos cabos, haciendo además prisionero con gran número de sus parciales al caudillo Fortún, que libró su cautiverio y el de sus amigos á trueque de que uno y otros servirían en seguida á Juan Alonso.

Dura, pero muy dura, fué esta imposición para el Arteaga, que era bravo por demás, no teniendo otro remedio que pasar por ella si había de libertar á sus soldados prisioneros; pero le valió muy poco, porque á luego de aquella inexplicable rota y fuga de las gentes de Butrón, aliados del Muxica, á la vista de los muros de Eorrio, se levantó de nuevo Juan Alonso contra él, le corrió la tierra, derribó y quemó las casas de Fortún, las de Sagarmínaga de Busturia, las de Sierra y de Beléndiz, y no contento con esto, les robó hasta las prendas de menos valor, matando á muchos, arrojando á Arratia y á Guipúzcoa á los más, y no dejando un sólo arteagués en la comarca.

Suceso tan escandaloso no podía menos de alborotar al país, y sobre todo á los devotos de Arteaga, quienes, tan pronto como lo supieron, se concertaron y reunieron



en ademán el más hostil contra quien tanto daño acababa de causar á su caudillo; y poniéndose á su frente el famoso banderizo Pedro de Abendaño, intentaron recuperar, sin perder tiempo, la honra perdida en los campos de Guernica, dando una severa lección á quien se había valido de tan malas artes para salir en ellos victorioso. Pero, Fortún, que no apreciaba las cosas de este modo, resolvió, como necesidad suprema y principal para sus logros, reponer primeramente su solar abatido y arruinado, y en seguida, con su extenso linaje, seguir la noble inspiración que en aquellos momentos le embargaba.

Tornado, pues, de Arratia al cabo de algún tiempo con una parte de sus secuaces que habían sufrido el descalabro de la Rentería de Guernica, á los que se agregaron otros más que militaban en las huestes guipuzcoanas, llegó á Gautégúiz para contemplar, con el corazón despedazado por el dolor, las ruinas de aquella vieja y querida fortaleza, cuna de sus ascendientes, abrasadas y desparramadas por el suelo, y los huesos de algunos de sus deudos y amigos que perecieron en la sangrienta jornada, blanqueados por el sol y por las lluvias.

Y acometió, sin dar tregua á la mano, con la reconstrucción, no ya siguiendo el orden empleado por los maestros constructores de las torres de bandería de que estaba erizada Vizcaya, sino con arreglo al arte militar más perfecto de la época, es á saber: dotándola de foso y puente levadizo, con ferrada puerta defendida por robustas barbacanas, con ancha y apretada cerca ó cortina exterior coronada de almenas y torreones ó cubos en sus cuatro ángulos, provistos de sendas cerbatanas, y con elevada torre y cadalso, que, aislada y casi en el centro del recinto interior, vigilaba y desafiaba al enemigo desde sus más elevadas almenas, y saeteras, y cubos, y albarranas.



Terminadas las obras en el año de 1476, siendo ya mozo el hijo de Fortún, llamado Gonzalo Sáez de Arteaga, citó á sus parientes mayores para que le acompañasen á vengar aquel agravio que todavía le punzaba fuertemente en el corazón, y cuando les tuvo reunidos dentro del recinto almenado, bajo los adarves de su nuevo castillo, envió mensajeros á Juan Alonso de Muxica, retándole á combate por las ofensas que le había inferido y por los malos ardides que había usado contra él ocho años antes, en 1468, «á la vista de la su torre de Arteaga y del árbol do se ayuntan los batzarres de Vizcaya».

Aceptado el reto por el Muxica, formaron á su lado sus parientes y deudos de Gómez González de Butrón, de Arescúnaga, de Adán de Yarza, de Uharte, Cadalso, Guecho y Martiartu; y del de Fortún y su hijo Gonzalo los de Urdaibai, Albiz, Mezeta, Barrutia, Zubiaur, Sargarmínaga y Madariaga. La refriega fué sangrienta y cruel, quedando vencidos los banderizos de Muxica, que al huir arrojaron, unos al río Oca, donde se ahogaron muchos, las armas y paveses para mejor salvarse; otros se encerraron en las casas que por allí poseían, en las que fueron abrasados, y los más perecieron en el mismo campo de batalla. Mas no concluyó con esto el furor y la venganza de que estaban poseídos los arteagueses, sino que, persiguiendo á sus enemigos hasta sus mismas torres, si los cogían en ellas, los mataban á porradas, como á García de Yarza en la suya de Zubieta, y si en el campo, á lanzadas, como á Ochoa Gómez, hijo bastardo de Butrón, y á otros caudillos renombrados por la alteza de su origen y su reconocida bravura (1).

(1) El rey D. Fernando dió una provisión desde Ocaña, con fecha 29 de Diciembre de 1498, prohibiendo terminantemente la construcción de casas fuertes y torres en el Condado de Vizcaya.



Por estos breves apuntes, sacados de las crónicas contemporáneas, según más adelante lo dejamos dicho, se viene en conocimiento del espíritu enconoso que animaba á los banderizos, cuyas guerras nunca hubiesen terminado á no tomar los Reyes Católicos grandísimo empeño en extirparlas (1).

Y apaciguadas que fueron, y entrados en sosiego los vizcaínos, siguió la casa de Arteaga ocupando el lugar que la correspondía, según aparece en el solemne acto de la jura de los Fueros verificada por este mismo Rey Católico el 30 de Julio de 1476, á cuyo lado y en primer término figura aquel insigne caudillo, jefe de ella á la sazón, nominado Martín Ruiz, como aparecen sus descendientes en todos los actos de alguna importancia, particularmente en las Juntas de Guernica, en que tenían reservados sus asientos al lado de los Diputados generales; ó en aquellos otros en que, reclamando personas de autoridad y competencia para enderezarlos y defenderlos cuando venían torcidos, eran siempre nombrados y encargados de hacerlos derechos, llanos y factibles. Descuella principalmente entre estos actos aquel en que, negándose el Señorío de Vizcaya por espacio de diez años, con arreglo á su Fuero, á contribuir á la derrama del servicio de millones decretada en 1590 por el Consejo de Castilla, apretado que fué duramente en 1601 para pagarla, dirigió, con fecha de 12 de Mayo, al rey D. Felipe III la siguiente elevada exposición, propia de los mejores tiempos de Esparta y Roma:

(1) Los Reyes Católicos, por Real provisión dada desde Medina del Campo con fecha del 27 de Junio de 1478, ordenaron á la villa de Bilbao que bajo ningún pretexto dejasen entrar en ella á Fortún García de Arteaga, á Juan Alonso de Muxica, á Pedro de Abendaño ni á Juan de Salazar. (Archivo de Bilbao, primer legajo de Reales provisiones.)



## «MUY ALTO PADRE:

«Señor: Visto por nos esta antigua, e honrada Señoria de Vizcaya, lo mal que V. M. está informado, por orden del Consejo de Castilla, en querernos agraviar y tratar mal, tan al descubierto, en recompensa de los muchos, y grandes, y leales servicios, que esta antigua Señoria de V. M., y los que aora de presente hace á la corona de V. M. en mandarnos, que pagassemos ciertos pechos, e derechos como los demas buenos hombres de esos Reinos de Castilla pagan; hicimos Junta General de Caballeros, e hijosdalgo de esta Señoria, en esta nuestra villa de Guernica que los reyes antepasados de V. M. nos dieron por nuestros honrados servicios, hallamos, que queriendo usar V. M. de tanta riguridad con nosotros, y quebrantar nuestros honrados privilegios, y la authoridad que nuestros honrados padres han tenido; que debiamos suplicar, y pedir humildemente á V. M. sea servido de mandar, que se borre, texte y atilde de sus Pragmáticas Reales, lo que á nosotros toca, pues es justicia lo que pedimos; y suplicamos á V. M. no hubiesse lugar de hacernos, nosotros quedamos obligados á defender nuestra muy querida é amada patria, hasta ver quemada y assolada esta Señoria, y muertos mujeres e hijos, y familia, e buscar quien nos ampare, e trate bien. Esta lleva D. Pedro de Gamboa, diputado de esta Señoria, gran servidor de V. M.: no sea él solo culpado por ello, antes V. M. le haga merced, porque fue importunado para ello. Dada en nuestra villa de Guernica á 12 de Mayo de 1601. Vuestra antigua y leal Señoria de Vizcaya, que al servicio de V. M. queda.»

Á la que contestó el Rey doce días después en estos términos :

«Querida y amada Patria y Señora mia: Visto por mi la mucha razon, que vosotros teneis, en querer gozar de vuestras honradas libertades, y haber yo sido mal informado en querer que me pagassedes los subsidios, que los demas mis vasallos me pagan, y haber visto en los Archivos de Simancas lo que los reyes mis antepasados dejaron ordenado, en lo que toca á esa mi querida Señoria; he mandado que se borre, e atilde, y texte de mis Pragmáticas



Reales, en lo que toca á essa Señoria, e que goceis de todas libertades, y essempciones, que los demas vuestros honrados padres gozaron, con las demas que quissieredes gozar, y usar dellas, haciendoos yo de nuevo merced de ello, por los muchos, e buenos, e leales servicios, que esta Corona Real ha recibido, e recibe de presente. Dada en esta mi corte de Valladolid en 24 de Mayo de 1601. Yo EL REY.—Á mi querida y antigua Patria de mi Señoria de Vizcaya.»

Este D. Pedro de Gamboa y Arteaga, á quien tanto enaltece la Junta de Guernica, ó el Señorío entero en la anterior exposición al rey D. Felipe, de quien obtuvo la honrosísima y benigna carta que acaba de leerse, era el legítimo heredero del castillo ó casa fuerte de Arteaga, que lo habitó durante todo el tiempo que sus servicios al Rey se lo permitieron, y que al morir, en el año de 1626, además de dejarlo perfectamente artillado y abastecido de pertrechos de guerra, legó á Vizcaya doce piezas más de artillería, de bronce, con sus atalajes correspondientes. Este D. Pedro de Gamboa, general de las galeras de España, y uno de sus más ilustres y expertos marinos, fué aquel que en 1618 contribuyó con su inteligencia y peculio á la formación de la escuadra de Vizcaya, compuesta de ocho naves mayores y de dos pataches, que para sostener la guerra entablada entre España y Holanda puso el Señorío á disposición del Rey, y de las que nombró su almirante el Regimiento General que se reunió en Bilbao el 12 de Marzo del mismo año, á D. Antonio de Arteaga y Zamudio, y primer capitán de mar y guerra á D. Juan Martínez de Arteaga, caballero del hábito de Calatrava, primo y sobrino respectivamente de D. Pedro.

Pero así que terminó esta guerra y sobrevinola muerte de tan insigne varón, aunque algo más tarde aparecieron en los anales de la marina española descendientes de su casa tan claros como D. Ignacio de Arteaga, jefe de la



exploración científica que en 1779 se llevó á cabo en la costa N. O. de la América del Sur, el castillo de Arteaga comenzó á perder la influencia que había gozado en los siglos anteriores, porque sus dueños, menos dados á habitar en las montañas euskaldunas que en la corte, donde ejercían altos cargos palaciegos y se hallaban emparentados con familias muy ilustres, se curaban poco de visitarlo y repararlo, dejando á la acción del tiempo su obra de destrucción y de ruina. Mas á pesar de este cruel olvido, y de haber sido rebajada la torre á la altura de una gran casa de labranza desde los promedios del último siglo, persistió tan arrogante y altivo hasta nuestros días, que erguía la frente y el robusto muro exterior con sus cuatro cubos almenados por encima del pintoresco caserío de la anteiglesia, fundada por el Gautéguiiz del siglo VIII.

Los graves sucesos que ocurrieron en Francia en el año de 1848, en que cayó la dinastía de Orleans para ser sustituida por la República, y los más graves y azarosos que se fueron desarrollando hasta el 2 de Diciembre de 1852, en que el príncipe Carlos Luis Napoleón Bonaparte fué aclamado solemnemente por sufragio universal emperador de los franceses, y su casamiento verificado el 30 de Enero del siguiente año con la hermosa rica-hembra doña María Eugenia de Guzmán y Portocarrero, hija de los Condes de Montijo, condesa de Teba, de Ablitas, de Baños, de Mora, de Santa Cruz de Sierra, marquesa de Ardales, de Osera y de Moya, con grandeza de España, fueron causa de que el Señorío de Vizcaya tuviese la gloria de ver ocupado el trono de San Luís por la heredera del antiguo solar de Arteaga, nieta de los célebres Fortún, Sancho, Martín, Rui, Joanes y Pedro Gamboa de Arteaga, ilustres hijos de tan preclara estirpe. Y subió de punto su satisfacción cuando al cabo



de tres años, un mes y catorce días de este enlace, ó sea el 16 de Marzo de 1856, nació aquel nunca bastante llorado príncipe, hijo de tan excelsos señores, destinado á sucumbir, gloriosa, sí, pero torpe é inhumanamente, por una imprudencia jamás justificada, en uno de los sitios más oscuros é inhospitalarios del mundo.

Y con aquél celebérrimo suceso, vino á las mientes de los vizcaínos que el niño descendía de aquella cepa plantada por el primer Arteaga en la angosta planicie de Gautégúiz, y que, por lo tanto, era vizcaíno de la más limpia raza. Y halagando este recuerdo, y queriendo darle carácter oficial para demostrar á su egregia madre que poseía en uno de los parajes más pintorescos é históricos del Señorío la casa en que nacieron sus más remotos ascendientes, y que su hijo traía origen de ella, esperaron á que se reuniesen las Juntas Generales de Guernica, según tradicional costumbre. Y ayuntados que fueron todos los apoderados de los pueblos en la iglesia juradera de Santa María la Antigua, á la que sombrean las ramas del inmortal roble, presentóse en la sesión celebrada el día 17 de Julio de 1856 la siguiente proposición, suscrita por casi todos ellos (1):

«Ilmo. Señor: La venida al mundo de un vástago imperial en la vecina Francia, ha sido un suceso que, á la par de saludado por toda la Europa, asegura una dinastía de raza altiva y valerosa. La sangre de los ilustres Ezquerras, y Arteagas y Guzmanes brota por las venas de este infante, y la raza mezclada de estos varones insignes forzosamente debe producir también un héroe. La penetra-

(1) El autor de este capítulo, que tomó parte muy activa en el suceso que se viene refiriendo, fué encargado por los Diputados generales y por otros miembros del gobierno universal de Vizcaya y apoderados, de redactar el siguiente documento que fué aprobado unánimemente. Escribió también el que los Sres. Calle y Lequerica pusieron en manos de los Emperadores.



ción del Congreso vizcaíno reconocerá fácilmente que quien procede de las torres del ilustre caudillo de Arteaga y de Montalbán, cuyas ennegrecidas y vetustas paredes tenemos á la vista, y cuya historia levanta los hechos belicosos de los vizcaínos, por cima de los hechos más limpios y esforzados es VIZCAÍNO ORIGINARIO, de noble y antigua estirpe, aunque nacido en la populosa ciudad que baña el Sena. Los apoderados que suscriben, ganosos de perpetuar los recuerdos históricos, y de conservar en el seno de la gran familia vascongada un nombre de gloria verdadero, cuyo porvenir, aunque oculto tras del tiempo, está llamado á figurar en el libro de los caudillos más famosos, pedimos á la Junta:

• Que el príncipe Napoleón sea declarado vizcaíno originario de preclara raza, y que, como señor de las torres de Arteaga, de Montalbán y de una gran parte de nuestra infanzona tierra, goce y disfrute de todos los derechos y prerrogativas inherentes á los vizcaínos. Así lo esperan los apoderados que suscriben.—So el árbol de nuestra libertad, en Guernica á 16 de Julio de 1856.—Martín de Merica-Echevarría.—Juan Bautista de Olabarrieta.—Juan Tomás de Gandarias.—Juan J. de Jáuregui.—José Domingo de Olano.—Juan Manuel S. de la Lastra.—Bruno López de Calle.—Cecilio del Campo.—José de Palacio.—Manuel de Ezcárraga.—Juan Miguel de Capánaga.—Pedro de Ercilurruti.—José de Solaegui.—José María de Zarrabeitia.—Bruno María de la Infanta.—José Hurtado de Saracho.—Lorenzo de Amézaga.—Juan de Goenechea.—Hilario José de Basterrechea.—José Ignacio de Arana.—Juan José de Madariaga.—Juan Benito de Egurbide.—José de Goiri-Esturo.—Manuel de Urtiaga.—Ventura de Larrinaga.—Juan Vicente de Zengotitabengoa.—Santiago de Arana.—Pedro Felipe de Ajeo.—Pedro de Nabea.—Manuel de Gogeochea.—Domingo José de Ecenarro.—José María de Castaños.—Claudio de Alcorta.—Alejandro de Aldama.—Saturnino de Olazábal.—Benigno de Echeguren.—Domingo de Arteta.—Pedro de Cuadra.—Juan de Besotagoena.—Juan Clemente de Artaza.—Juan Cruz de Loizate.—Pablo de Olaechea.—Juan Miguel de Aldamiz-echebarría.—Eusebio de Aranguren.—Fausto de Ellacuriaga.—Vicente López de Calle.—Francisco de Ibarzabal.—Juan Bautista de Zugasti.—Agustín de Axpe.—José María de Escauriza.—José Cruz de Lebario.—Antonio de Yarto.—José de Echebarría.—Gregorio de Aguirre.—Antonio de Mintegui.—Pedro Manuel de



Inchaurrandieta.—Juan Ángel de Ocerín.—Juan Antonio de Arana.—Bartolomé de Lequericaonandia.—Víctor de Sierra Sesúmaga.—Gregorio de Menchaca.—Eustaquio de Santa Cruz.—José Valentín de Pértica.—Calixto de Gondraondo.—Martín de Olabarría.—Juan Domingo de Uriona.—Juan Cruz de Madarieta.—Pedro María de Recalde.—Domingo Antonio de Omar.—Domingo de Lecue.—Carlos de Areitio.—Mariano de Irazola.—Juan José de Oregui.—José Manuel de Ansoleaga.—Juan Antonio de Gana.—Domingo Antonio de Uriarte.—Antonio de Guezúraga.—José Martín de Eizaguirre.—Juan Manuel de Urizar.—Blas de Urrutia.—Juan Antonio de Gar-teiz-gogeoasca.—Mariano de Larrinaga.—José Venancio de Legarra.—José María de Guisasola.—Juan José de Elordieta.»

La lectura de este documento, que fué escuchada en el silencio más profundo, produjo tal efecto así que se vertió al bascuence para conocimiento de los apoderados de la tierra llana, que resonaron por todos los ángulos del Congreso los aplausos más repetidos y entusiastas, aprobándose por unanimidad y autorizándose á la Diputación general para que, usando de los medios más oportunos y eficaces, lo pusiera en conocimiento de los Emperadores.

Terminadas que fueron estas Juntas el día 18 de Julio, y reunidos en el Salón de Sesiones de la Casa de la Diputación en Bilbao en 24 del mismo mes, los diputados en ejercicio D. Juan de Tellitu y Antúñano (oñacino) y don Juan de Echebarría y Lallana (gamboíno), los síndicos D. Antonio López de Calle y D. Francisco María de Aldecoa, con el consultor del Señorío D. Nicolás Ambrosio de Anitúa, acordaron que para cumplimentar el encargo de la Junta general del día 17, era lo más acertado nombrar una Comisión de dos individuos, que, presentándose á los Emperadores, previos los más rigurosos requisitos de la diplomacia y de la etiqueta, pusieran en sus manos un pergamino con el acuerdo escrito, sellado con el sello

:



mayor del Señorío ; y elegir para este desempeño al precitado síndico Sr. López de Calle y al ex-prior y cónsul del Consulado de Bilbao D. José Salvador de Lequerica.

Estos señores, después de admitir tan honrosa distinción y de recibir las últimas órdenes de los nuevos diputados Sres. D. Juan Santos de Orúe (oñacino) y D. José Miguel de Arrieta-Mascárua (gamboíno), que acababan de ser nombrados en las Juntas generales, de tomar posesión de sus cargos y de jurar, según costumbre, el día 1.º de Agosto, salieron de Bilbao con dirección á París el 5 del mismo mes, teniendo el sentimiento de saber á su llegada á esta capital que aquel mismo día se habían trasladado los Emperadores á Plombières, y que corría entre los miembros de la colonia española y algunos de sus más adictos amigos con carácter oficial, la estupenda noticia de que la misión que llevaban cerca de aquellos augustos personajes y de su gobierno era la de solicitar el protectorado de Francia para el Señorío de Vizcaya (1).

Perplejos ante invención tan insensata como atrevida, enderezaron sus primeros pasos á la embajada española, donde les fué ratificada la noticia, que trataron de desmentir de la manera más enérgica, severa y terminante; pero como el ministro de S. M. Católica, que era á la sazón el marqués de Valdegamas, se hallaba ausente y á punto de ser relevado de su alto puesto, y no podían los representantes de Vizcaya tratar este asunto con la solemnidad que merecía con ninguna otra autoridad española, dieron parte inmediatamente á la Diputación de las falsedades y extravagancias que se les imputaban.

La Diputación, que no ignoraba algunas de estas no-

(1) Más tarde se supo que el Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga, anterior embajador de España en París, tomó una parte muy activa en la propagación de esta noticia.



ticias, porque el Corregidor político de Vizcaya ya se las había comunicado, al propio tiempo que hecho entender la grandísima alarma que habían producido en la corte, no quiso ocuparse de desmentirlas por lo torpes y maliciosas, si bien se dirigió al Gobierno, exponiéndole la situación en que por falta del embajador se hallaban sus representantes en París.

Tampoco dejaron de llegar estas noticias á oídos del Emperador, quien, con mejor juicio que algunos de nuestros hombres políticos, las desoyó, considerándolas, como era natural, impropias de la rectitud de cerebros sensatos, hasta que, nombrado embajador de España en su corte el duque de la Torre, y llegado á ella para ocupar su puesto, recibió á los comisionados vizcaínos en audiencia particular el día 6 de Agosto de 1856. Y así que estuvieron reunidos, se mostraron éstos tan indignados contra los propagadores de semejantes nuevas, y tan claros y terminantes en sus explicaciones, que el embajador, convencido y satisfecho de lo que les acababa de escuchar, no solamente despreció las hablillas que todavía se divulgaban, sino que les citó para el siguiente día en Biarritz, adonde se habían trasladado los Emperadores, para acompañarles á su palacio, en el que les entregarían oficialmente el acta que declaraba VIZCAÍNO ORIGINARIO al Príncipe imperial. En efecto: el día 13, á la una de la tarde, que fué la hora designada para esta ceremonia, el embajador de S. M. Católica, D. Francisco Serrano, vestido de paisano, con la banda y placa de la gran Cruz de Carlos III, acompañaba á los Sres. Calle y Lequerica, de rigurosa etiqueta, al salón de recepciones del palacio de Biarritz, en el que apenas habían sentado las plantas, cuando salió á recibirles el Emperador, con la afabilidad en los labios y el regocijo en el semblante, y sin permi-



tirles que fuese completo el saludo que le dirigían, dijo á los vizcaínos:

—«Á la Emperatriz»,—haciéndoles franquear al mismo tiempo las puertas de la cámara imperial.

Con el tierno Príncipe en el regazo les esperaba la augusta señora, y así que á ella se acercaron para saludarla, se levantó del sillón que ocupaba, descubriendo sin rebozo la satisfacción que la embargaba en aquel instante; y adelantándose hacia ellos afable y cariñosa, llevando el niño en sus brazos y presentándoselo, el Sr. Lequerica la dirigió en francés un breve discurso, que fué escuchado con religiosa atención, poniendo en seguida en manos del Emperador el pergamino con el acta del acuerdo de Guernica. La contestación que éste dió fué tan concisa y significativa como todas las suyas, manifestando «*que recibía con el mayor agrado el recuerdo del Congreso vizcaíno, y que viviría siempre muy agradecido por la delicada y honrosa declaración que había hecho en favor de su querido hijo*».

La conferencia duró más de un cuarto de hora, informándose los Emperadores del estado de Vizcaya é interesándose por su suerte; y cuando los Sres. Lequerica y Calle creyeron prudente retirarse para regresar á su país, fueron cortésmente invitados á un banquete que se celebraría el día siguiente. Y llegada que fué la hora de las siete de la tarde, se presentaron en palacio, acompañados del duque de la Torre y de su señora; y recibidos por los Emperadores con la mayor amabilidad, después de ser presentados por ellos á varios personajes, les colocaron á su lado en la mesa, precedidos solamente de los embajadores de España.

Pendía del cuello del Emperador un magnífico collar del Toisón de Oro y el gran cordón de la Legión de Honor,



aquél usado por primera vez, lo que llamó mucho la atención de los comensales; y á luego de terminado el banquete, hallándose los comisionados vizcaínos conversando con la Emperatriz, fueron ésta y ellos llamados y conducidos á un salón inmediato, donde les esperaba el Emperador con un gran plano de la costa Cantábrica extendido sobre una mesa, para pedirles explicaciones de la situación que ocupaba el castillo de Arteaga. Dadas que fueron éstas con los mayores detalles posibles, alborozáronse aquéllos sin rebozo, y más particularmente la señora, al saber lo cercano que del mar se hallaba el castillo, y que por él podía llegarse hasta muy cerca de sus puertas. Pidió en seguida el Emperador el acta de declaración de vizcainía de su hijo, preguntó por la significación del nombre de Gautéguiz de Arteaga, por las leyes y gobierno de Vizcaya, por el libro de sus Fueros, del que la Emperatriz manifestó deseo de poseer un ejemplar, que le fué prometido, y por sus costumbres é idioma. Y retirada á su gabinete así que comenzó el concierto, y vuelta al salón á los primeros acordes del baile, participó á los Sres. Lequerica y Calle que se acababa de ordenar á la fábrica nacional de Sèvres la elaboración de tres grandes y artísticos jarrones de porcelana y azur con los retratos del Emperador, de su hijo y de ella, para ser regalados á la diputación de Vizcaya (1). Y al retirarse con su augusto esposo, después de transcurrida la media noche, despidiéronse de ellos afectuosa y cortésmente, repitiéndoles de nuevo lo agradecidos que quedaban á la honra que los vizcaínos habían dispensado á su

(1) Un año después de estos sucesos recibió la Diputación general este magnífico regalo, que constituye el más bello ornamento de su palacio. Mandó elaborar en seguida una gran peana para colocarlo, por cierto de gusto poco feliz, donde se conserva en el gabinete contiguo al salón de sesiones.



hijo, y encargándoles que se sirviesen presentar sus respetuosos saludos á la ilustrísima Diputación, de quien habían sido cumplidos intérpretes.

Y he aquí cómo en esta senda de la vida sucede á las veces que las cosas más livianas y apartadas se encuentran y reúnen á las más prepotentes y suntuosas, y por qué feliz casualidad, inesperada para todo el mundo, la vieja torre de Arteaga, que estaba á punto de desaparecer, quedaba desde aquellos momentos bajo el amparo de las primeras dignidades de Europa, que se proponían hacerla renacer de sus cenizas, y darla alta fama y renombre.

Poco tiempo, en efecto, transcurrió sin que los Emperadores se ocupasen de ella, y enviasen á reconocerla á algunos de sus más instruidos empleados. Llegó, pues, el mes de Diciembre de 1856, y se presentó en Bilbao, previamente anunciado por el administrador general de la casa de la señora condesa de Montijo, Mr. Couvrechef, joven arquitecto de los Sitios Imperiales, con la orden expresa para que el administrador de las fincas que la Emperatriz poseía en Vizcaya, residente en Bilbao, le acompañase á Arteaga y se las enseñase, particularmente el antiguo castillo y las tierras que le rodeaban hasta la mar. Y cumplido este encargo, y levantados por el arquitecto algunos croquis en los pocos días que permaneció en aquellos lugares, regresó inmediatamente á dar cuenta á sus señores de los trabajos é investigaciones que había hecho. Mucho debieron agradecerles unos y otras, porque al comenzar el mes de Abril del siguiente año, repitió la visita el mismo arquitecto, pero esta vez acompañado de un fotógrafo y de Mr. Newman, jardinero de la casa imperial, todos los que, y con el mayor ahinco, trabajaron algunos días en el campo, y regresaron en se-



guida á París. Un mes más tarde, ó sea al finalizar el de Mayo de 1857, se situaba definitivamente Mr. Couvrechef en una casa de Arteaga con su personal, planos, instrumentos y útiles necesarios para la nueva construcción que se proponía levantar, conservando y utilizando cuanto existía de la antigua, con arreglo á los proyectos y órdenes de su augusta poseedora: y proveyéndose de los ricos mármoles de diferentes colores que en la misma anteiglesia de Arteaga y en la vecina de Ereño se explotaban desde tiempo inmemoral, dió comienzo á las obras. Llevábalas bastante adelantadas, lleno el corazón de contento por la perfección y belleza que le prestaban tan ricos materiales y por la pericia de los artífices del país, cuando unas fiebres perniciosas que le acometieron le dejaron sin vida á los pocos días, lo que produjo gran desconsuelo en las personas que le trataron, porque era maestro de gran talento y de elevadas y atrevidas disposiciones. Sustituido por otro joven arquitecto llamado Mr. Ancelet, que reformó, aunque muy poco, los primitivos planos, concluyó las obras en 1860, al propio tiempo que Mr. Newman terminaba las suyas de jardines, prados y parques que tanto las realizaban y embellecían.

Álzase este castillo sobre la pequeña llanura de Ozolomendi, resguardada de los vientos N. y NO. por los montes de Ereñozáar y Echerréa, según se ha dicho al comenzar este capítulo: bajo de los que, y siguiendo el rumbo de Guernica, sobre el mismo brazo de mar, se extienden los campos de Orue, y por el lado opuesto los de Ozollogoicoa y Ozollobecoa. Los muros que lo ciñen y forman su cortina exterior con los cubos de sus cuatro ángulos, se reformaron en donde fué necesario, pero se conservaron en su casi totalidad, así como las troneras que miran al campo y que estuvieron guarnecidas anti-



guamente de cerbatanas ó culebrinas. El grosor de este muro ó cortina exterior, que se separa del castillo once y quince metros por cada lado, mide uno y noventa centímetros, ó siete pies castellanos, no habiendo en ella más que una sola puerta que da entrada al recinto interior, fabricada en arco, con la somera en escalerilla, ocupando el centro superior el escudo de armas de la Casa de Arteaga, que figura una banda de oro atravesada del ángulo superior izquierdo al inferior derecho en bocas de dragantes verdes, y en cada uno de los dos cuarteles de plata partidos por ella; una caldera negra.

La planta, que, como queda dicho, está fundada sobre los mismos cimientos de la antigua, forma un rectángulo de diez y siete y doce metros por cada lado, interrumpida en un ángulo por un polígono ó torre exágona que sirve de escalera desde la base hasta la cúspide. Todo el edificio, fabricado con elegidos, grandes é iguales sillares de mármol gris y rojo abujardado, pertenece al estilo gótico, dibujándose en cada una de sus cuatro fachadas dos elevados arcos ojivales que arrancan desde el zócalo ó friso exterior hasta la cornisa más elevada, dentro de los que campean ocho ventanas del mismo gusto, dos para cada piso, ostentando además la principal un soberbio escudo de armas, y coronando toda la parte superior de los cuatro lados y de la torrecilla un cuerpo volado y saliente, almenado, con machicoulis ó pequeños torreones abiertos en sus propios suelos.

Cinco son los pisos del castillo, sin contar el sótano, en el que se halla la cocina, una gran pieza para usos diferentes del servicio y una fresquísima bodega. Súbese al primero ó principal por una espaciosa escalinata de mármol con ancha mesilla por remate, que arranca desde afuera, constando este piso de amplio vestíbulo y de dos



hermosos salones forrados hasta la mitad de sus paredes con tabla de nogal y roble ricamente labrada, así como los encasetonados de sus techos que recortan salientes, gruesas y festoneadas solivas. En el centro de cada casetón, también recuadrados por ricas molduras de alto y vistoso relieve, sobresalen una *E* y una *N*, no entrelazadas, que significan Napoleón-Eugenia. En estos dos salones lucen toda su belleza dos monumentales chimeneas góticas de mármol gris y de roble, con grandes zócalos de esta misma madera.

La repartición del segundo piso, destinado á dormitorio de los Emperadores, sólo difiere del primero en que en una de las piezas hay un pequeño oratorio con dos ventanas de hermosos vidrios de colores que representan á San Francisco de Sales y á Santo Domingo, santos que pertenecieron á la familia de la Emperatriz. Dos lemas que resaltan á sus pies con letras góticas, dicen: *Sanctus Dominicus* y *Franciscus Salesis*.

Los pisos superiores se destinaban á ser habitados por la alta servidumbre; y la escalera elíptica, que, como se deja dicho, está elaborada dentro de la torrecilla exágona y corre hasta la azotea, pone en comunicación á todos aquellos por medio de ciento cuarenta y cuatro peldaños de á diez y seis centímetros de altura cada uno, con sus mesillas de descanso; de manera que la elevación total del edificio desde el piso principal hasta la azotea, cubierta de espesa capa de plomo, es de veinticuatro metros, y de treinta y dos desde las losas de elección en que descansa la hermosa escalinata del suelo exterior. Al contemplar el paisaje que se descubre desde aquella elevación, el ánimo del espectador materialmente queda en suspenso. La extensa vega de Guernica y las colinas y recuestos en que están fundados Fórua, Murueta, Bus-



turia, Pedernales y Mundaca, bañados por el mar que por ella penetra y sobre el que se deslizan algunas embarcaciones ; las montañas que en términos más ó menos lejanos están coronadas por sus torres de Urdaibai, de Barrutia, de Montalbán y de Madariaga, rotas y olvidadas unas, y erguidas, aunque transformadas en casas de labranza, otras ; y aquellas feraces campiñas y espesos bosques que se extienden con sus armónicos colores, unos hacia el interior de Vizcaya y otros hacia el Océano donde van á morir, forman un grandioso y admirable cuadro que puede saciar á los más exigentes ojos.

Este es el castillo de Arteaga de la época presente, aquel castillo levantado con entusiasmo febril de orden de los Emperadores franceses para que fuese por ellos visitado, y ¡quién sabe si habitado!, en el mes de Julio del año de 1861, según lo habían anunciado y lo esperaban nuestras superiores autoridades y todo el pueblo vizcaíno de aquella comarca ; pero que estaba escrito que no pondrían en él las plantas, ni lo habitarían, ni tendrían siquiera el gusto de verle, porque el nuevo período que á la sazón parecía abrirse en la historia del Imperio, forzosamente reclamaba su constante presencia en París. Y, en efecto ; desde aquel año se complicaron tanto los sucesos políticos, que amalgamándose y rodando unos sobre otros hasta el año de 1870, acabaron, por fin, con la declaración de la guerra entre Francia y Alemania.

Todo el mundo sabe el fatal desenlace que ésta tuvo para el Imperio y para sus jefes y caudillos más principales. Encerrado Napoleón con su ejército en Sedán, y rodeado por el de los alemanes, hace enarbolar la bandera blanca sobre los muros de esta plaza, para entregarse á discreción en los días 1 y 2 de Septiembre. Celebra en seguida una entrevista con Bismarck en Vendresse y



otra con el rey de Prusia en el palacio de Bellevue, y abandona á Francia, enfermo y humillado, para ir á ocupar el de Vilhenhohe, que le señala para su residencia este Rey. Tan grave acontecimiento produce la caída del Imperio: los poderes constituidos se derrocan estrepitosamente: se proclama la República en París el 4 de Septiembre sin la menor resistencia; y la desvalida Emperatriz huye casi sola y desamparada á la frontera!...

Hecha la paz, el Emperador con su familia se traslada al palacio de Chislehurst en Inglaterra, desde el que protesta contra la votación de la Asamblea de 1.º de Enero de 1871, que le declara destituido de su dinastía y le hace responsable de la ruina, de la invasión y del desmembramiento de Francia, lo que califica de injusto é ilegal; y poco después, y desde el mismo palacio, publica aquella Memoria titulada *Forces militaires de la France*, en la que se justifica de su conducta y acusa á sus ministros de haberle engañado torpemente.

Perdida toda su influencia; acusado con más exageración que justicia; abrumado por las penas; enfermo hacía años y agravadas sus dolencias por las injurias de la desgracia, no puede soportarlas, y fallece el día 2 de Enero de 1873, á los dos años de su destronamiento, como Luis Felipe y Carlos Alberto, rodeado de su esposa, de su hijo y de numerosos amigos que no le abandonan, causando su muerte mucha menor sensación de la que se esperaba, porque el espíritu humano, que es siempre mezquino, olvidadizo y desagradecido, no pudo ó no quiso recordar que Napoleón III fué el gran regenerador de Francia, y sobre todo de París; el contenedor infatigable de los principios anárquicos y revolucionarios, y el árbitro de los destinos de naciones muy importantes



de Europa, cuyos reyes algunas veces depusieron á sus pies poco menos que sus cetros y coronas!....

La Emperatriz, entretanto, abrazada á su tierno hijo, soportó aquella terrible desgracia y otras anteriores que la habían amenazado de cerca, con todo el tradicional valor de la raza de los Árteagas y Guzmanes. Y retirada del mundo en que tan alto papel representó, no obstante las pruebas de estimación y de consuelo que recibía de las principales dignidades de la tierra, se dedicó exclusivamente á la educación de su hijo, dándole la carrera militar, á que tanta afición demostraba, con su ingreso en la escuela de Artillería de Woolwich, mientras que ella buscaba en el retiro y la oración el bálsamo que mitigase sus dolores. Así pasó algunos años, satisfaciendo su natural orgullo de madre con las honrosísimas calificaciones de aplicación y conducta de su hijo que le dirigían sus principales profesores, hasta que comenzaron en 1878 los acontecimientos que más tarde habían de traer la guerra entre Inglaterra y el rey de Zululandia, Cetiwayo. Acontecimientos que nadie les dió importancia al principio; pero que á medida que tomaron cuerpo y reconoció Inglaterra que los zulús no eran tan ignorantes y pacíficos como para ser dominados fácilmente; que no carecían de valor y de astucia, ni de organización militar, ni de armas de sistemas modernos para defenderse, preparó contra ellos un ejército expedicionario que castigara su audacia y rebeldía y les enseñara á respetar los tratados que se celebran con los pueblos europeos.

Despertado con este motivo el espíritu belicoso del joven Príncipe imperial, que sin bozo todavía en los labios ardía en deseos de ilustrar su nombre con algún rasgo de valor, solicitó de la reina de Inglaterra y de su Gobierno permiso para formar en el cuerpo de ejército que man-



daba el general Vood en Zululandia. Y concedido que le fué, movido solamente por la generosidad y desprendimiento propios de la juventud, que á las veces y sin ningún cálculo se lanza en los brazos de la fatalidad, después de recibir la bendición de su madre, que ya le había manifestado su repugnancia por tan atrevida resolución, se despidió de ella henchido el corazón de noble orgullo, para probar fortuna en aquellas inhospitalarias tierras.

Pocas ó ninguna operación importante ocurrió durante el tiempo que estuvo agregado al ejército inglés. Sus avanzadas, en las que formaba como el primer soldado, apenas se ocupaban de otra cosa que de vigilar la astucia del enemigo, que era mucha y continuada, cuando al amanecer el día 1.º de Junio de 1879, el teniente Carey, que defendía y custodiaba con sus tropas en el valle Etyotyosi un afluente del río Umbolsi, temeroso de ser sorprendido, creyó conveniente hacer un reconocimiento, colocándose él mismo á la cabeza y llevando á su lado al príncipe Napoleón.

El país era muy áspero, y tan cubierto de maleza y de abrojos, que ni los mismos caballos podían abrirse paso por él; pero como los jinetes que los montaban eran todos animosos y anhelaban descubrirlo á todo trance, no bien consiguieron internarse algunos pasos, cuando recibieron una inesperada descarga á quemarropa, que les hizo volver grupas inmediatamente. Pronto echaron de menos al Príncipe imperial, y revolviendo sobre sus pasos, con más cautela, hasta el sitio del desastre, le hallaron exánime y bañado en sangre, y lo recogieron con el dolor y el respeto más profundos. Tan grave noticia corrió en seguida por el campo del general Vood, y llegando á la isla de Madera, se transmitió inmediatamente



por el cable á Falmouth , desde donde fué comunicada á Londres.

El príncipe Napoleón Eugenio Luis Juan José Bonaparte murió , por lo tanto , el día 1.º de Junio de 1879 , á la edad de veintitrés años , dos meses y quince días.

Era de suponer que suceso tan lastimoso como inesperado produjese desconsolador efecto , así en la reina Victoria como en todos los miembros de su familia , los cuales no acertaban á buscar manera de comunicárselo á aquella desgraciada madre que quedaba en el mayor desconsuelo sin su hijo , sin aquel hijo querido, único, esperanza de gloria al par que fortaleza para su vejez. Y como nadie se brindara á ser mensajero de tan funesta nueva , hubo de buscarse entre los más fieles servidores de Chislehurst quien se encargara de hacérselo saber, empleando el tácto más discreto y cauteloso. Cuando llegó á entender aquella señora la espantosa desgracia que de nuevo la abrumaba, brotó de su pecho un agudísimo grito de dolor, que al mismo tiempo que resonaba por la silenciosa estancia, se desplomaba inerte su cuerpo sobre el suelo. Prestáronsele los más asiduos cuidados; trasladósele al lecho inmediatamente; recurrióse á la ciencia para volverla á la vida: todo en vano: cuéntase que tardó más de doce horas en recobrar los sentidos, y que si los recobró, fué para que sufriese los dolores más acerbos y desgarradores. En este estado transcurrieron algunos días, hasta que, flojo el espíritu, desmayadas las fuerzas, y presa de la fiebre moral que sin descanso la agitaba, atravesó una grave enfermedad que puso en inminente riesgo su vida. Por fin, y poco á poco, la fué recobrando, sin permitir que persona alguna la visitase, excepto tal cual deudo y alguno de sus más adictos amigos; y desde entonces, desde que el joven y valeroso



príncipe sucumbió tan torpe como inconsideradamente, la emperatriz Eugenia, la gallarda y cariñosa señora, la que en virtud fué modelo de reinas y en hermosura celebradísima, la envidiada por la grandeza de su trono al par que por su excesiva modestia, la que adquirió las mayores simpatías del veleidoso pueblo francés, hasta el extremo de ser considerada por todos sus partidos políticos, la desgraciada viuda, en fin, de Napoleón III, y la más desgraciada madre del que debió ser exaltado con el nombre de Napoleón IV al trono que ella ocupó, á no sobrevenir las aventuras del año de 1870, jamás ha vuelto á aparecer en el estadio público, por repetidas instancias que se le han hecho para que abandone la triste y solitaria mansión que habita. En ella, el lujo y la ostentación se desconocen: sólo conserva algunos de sus más fieles servidores que la acompañan de tarde en tarde á recorrer, bajo el manto del incógnito, los pueblos de la Italia meridional, que por su suave temperatura templán el estado de su salud quebrantada, y en los que apenas se detiene, por temor á dejar solitario el nido amado en que reposan aquellos dos seres tan queridos para ella, de los que no puede separarse un instante. Y allí tranquila, sin el bullicio de las pasiones mundanas, sin que altere su vida sencillísima el más leve rumor de las cortesanas etiquetas, volando y revolando alrededor de aquellos fríos mármoles, junto á los que tiene preparado el lecho de su descanso eterno, deja correr los días, olvidada de lo que fué y llorando sus desventuras y sus penas.

¡Ah! Si alguna vez el poeta ha escrito versos adecuados á la triste y delicada situación en que vive esta augusta señora, son aquellos que dicen:

«¿Qué hablan las golondrinas  
Junto al viejo techado,



Al oír el crujido de las hojas  
Que secas y amarillas caen del árbol?  
Vuelan mirando á un punto,  
Y tornan revolando;  
Y dicen que se van, y les da pena  
Dejar su nido allí tan solitario. »

JUAN E. DELMAS.

*Correspondiente de la Real Academia de la Historia.*

BILBAO, 20 Octubre 1889.



## LA LITERATURA CATALANA EN 1889



**T**ENTADO estuve, al aceptar el encargo que me hizo el Director de esta Revista de que reseñase en sus páginas las efemérides de la literatura catalana con relación al año último, á coger el análogo trabajo que acerca del 88 publiqué en el número inaugural de la propia Revista, y variando sólo los títulos de las obras reseñadas, volverlo á dar *sicut erat* como estudio nuevo y de actualidad. Porque da la coincidencia de que todos ó casi todos los autores que publicaron obras catalanas el 88 las publicaron el 89; de que sus libros respectivos pertenecen á los mismos géneros literarios un año que otro, y de que ninguno de ellos dió paso ó salto tal que forzase al lector á modificar, ampliar ó restringir el concepto que de él hubiese formado con la anterior lectura. Hanse repetido, *mutatis mutandis*, las cualidades, los defectos, las tendencias, las direcciones, no diré con una monotonía abrumadora, sobre todo en lo de cualidades, porque las cualidades no cansan, pero sí con un estacionamiento algo fatigoso para la crítica, la cual no descubre puntos de vista nuevos que le permitan añadir perfi-

:



les y claro-oscuros á las caracterizaciones precedentes y le libren de la repetición, siempre pesada para el que escribe.

Algo hay, sin embargo, que añadir, y por ello comenzaré y de ello hablaré principalmente. Nuevo para los lectores de LA ESPAÑA MODERNA que no estén al tanto de nuestra vida literaria regional; viejo para los que la conozcan, pues si los autores que he de citar no publicaron durante el 88, habían publicado el año antes ó el otro.

\*\*\*

De uno de ellos habló ya en esta Revista uno de sus colaboradores. ¿Se me permitirá, sin embargo, que eche también mi cuarto á espadas, siquiera para que no pareciese olvido injusto lo que fuera omisión razonada?

Refiérome al Sr. D. Joaquín Rubió y Ors, el decano de nuestros poetas, no el fundador, porque estas cosas no se fundan, pero sí algo como el padrino que sacó de pila al renacimiento literario catalán.

Cincuenta años cumplieron el 16 de Febrero del 89 de la publicación en las páginas del *Diario de Barcelona* de la primera poesía catalana del Sr. Rubió y Ors. Traía por epígrafe y por firma *Lo gayter del Llobregat*, y era una entusiasta afirmación del amor patrio del poeta, encarnado en las aguas del río catalán, —del amor á la poesía genuina simbolizada en las metáforas trovadorescas de que se valía el autor, —del amor á la lengua en la cual escribía, y á la cual, escribiendo en ella, daba, sin necesidad de encarecimientos literarios, la prueba más cabal de cuán grande fuese aquel amor. Porque á la sazón el catalán era apenas, y casi sin apenas, cultivado como



idioma literario. Algún ensayo se hiciera antes, mas no había salido, ó de la reserva del manuscrito, ó del círculo limitado de unos pocos lectores interesados por la novedad. La publicación de versos catalanes en el *Diario de Barcelona*, entonces el más leído y mejor relacionado, era como una consagración aristocrática ó culta del nuevo empleo del idioma hablado en usos que le parecían vedados hasta entonces.

Supo además el *Gayter* rodearse, cuando su primera poesía y mucho tiempo después, pues siguió publicando otras, de tal misterio, que sólo un redactor del *Diario*, el que servía de corredor, conocía la procedencia de la mercancía, con lo cual se avivaba la curiosidad de los del oficio, y tras de ellos del vulgo.

Finalmente, tenía la tentativa el mérito de la oportunidad. El renacimiento catalán estaba en la atmósfera: faltaba el cuerpo de atracción que sorbiese los elementos que por aquélla andaban dispersos. Renacía con las expansiones liberales el recuerdo histórico de otras libertades devoradas por el remolino de la monarquía absoluta, tanto más simpáticas cuanto más envueltas en las brumosas perspectivas de la persecución y el atropello. Renacía con las expansiones románticas el recuerdo literario de la Edad Media, obscurecido un día por los esplendrosos destellos del Renacimiento, pero surgiendo otra vez de la penumbra á medida que aquellos esplendores iban apagándose al frío soplo de un pseudo-clasicismo meramente de forma y de rutina, sin bríos y sin sustancia. Renacían con el prurito de reivindicación que entonces asomaba y que ha ido desarrollándose hasta convertirse en uno de los probables factores de la futura vida político-social, todas las entidades pequeñas de todos los órdenes, anhelosas de manifestarse, de desplegarse, de



caracterizarse y darse á la vida, muertas como estaban en el seno de las grandes unidades soñadas por los cesaristas, y reglamentadas luego, como entes de abstracción, por el jacobinismo revolucionario.

De todas estas influencias vagas, informes, inconcretas é inconcretables, nacía entonces el anhelo de algo nuevo entre nosotros; el anhelo de una resurrección de la patria, de la literatura, de la lengua, de la historia regionales, más inmediatas, y por ello más sentidas y queridas,—muertas hasta entonces, y por ello con el prestigio que circunda todo lo desaparecido.

La poesía de Rubió vino en cierto modo á dar una fórmula, no la definitiva y triunfante de la *Oda á la patria* de Aribau, pero lo bastante clara y precisa para que á la vuelta de pocos años, aquella simiente, que puesta en la palma de la mano apenas se veía, se hubiese trocado en árbol y bosque de árboles de vigorosos renuevos.

Los literatos catalanes quisieron festejar el aniversario del 16 de Febrero dedicando una entusiasta sesión literaria al anciano maestro. Éste, por su parte, correspondió publicando en tres tomos hermosamente impresos una edición políglota de sus poesías. Poetas nacionales y extranjeros se asociaron á la simpática empresa, y contribuyeron con traducciones en casi todos los idiomas civilizados á enaltecer el nombre del Sr. Rubió y Ors. Menéndez y Pelayo, discípulo de dicho señor, puso el visto bueno á la edición, encabezando el segundo tomo con un estudio crítico en el cual caracteriza perfectamente el valer y significado históricos y actuales de las poesías del *Gayter del Llobregat*.

No fué éste ni es un gran poeta, ni el gran poeta de nuestra literatura, pero es un poeta. Fué de su tiempo; un romántico trovadoresco, con vistas á Zorrilla y á Víc-



tor Hugo, pero con algo propio, algo de su tierra: medida en el arranque, compás en el movimiento, entrevisión ó atisbo de las nuevas perspectivas que á la poesía había de abrir la contemplación enamorada de la naturaleza ambiente. Todo esto en germen, en esbozo, pero transparentándose á trechos, y diferenciando aun aquellas poesías que más visible mostraban la huella del pie de ajena musa. Y con todo ello cierta sensibilidad y afectividad de familia, apacibles y honestas, sin sobresaltos de pasión, que exhalan suave aroma en algunas de sus poesías líricas, las mejores, como observa Menéndez y Pelayo, de la agradable colección distribuida en los tres tomos.



Poco más que en días le vino que no tuviese que hablar en mi citada reseña de Emilio Vilanova. Á fines del 87 había publicado uno de sus preciosísimos libros, y de buen grado hubiera yo querido que se hubiese retrasado un mes siquiera la publicación, á fin de poder incluirle en el inventario. Pero no era así, y me vi privado del gusto de hablar de él y de darle á conocer á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA.

Todo llega, afortunadamente, y ha llegado también, con la publicación del tomo *Gent de casa* en 1889, la ocasión que entonces hube de perder.

*Gent de casa* es el tomo VII de una colección de los artículos de Vilanova, que periódicamente va publicando la empresa de *La Renaixensa*. Los títulos de los tomos publicados son: *Del meu tros* (de mi campo), *Entre familia*, *Quadros populars*, *Escenas barceloninas*, *Mono-*



*lechs y Quadros, Pobrets y alegrets*. Cito estos títulos porque son sugestivos, como se dice ahora, y reflejan el carácter de la literatura de Vilanova, una de las fisonomías más singulares de nuestra literatura.

Vilanova, si se me permite la figura, es un andaluz ingerto en un catalán. Figuraos un sevillano locuaz, chistoso, vertiendo sales por su boca en una frase retorcida, voluble, llena de giros inesperados, de comparaciones extravagantes, de salidas ingeniosas, pero hablando en catalán original, sin violencias de traducción ni reminiscencias de imitador, sino á chorro natural y corriente. Esto en cuanto á su forma externa ó traje visible de sus conceptos. Añadid á ello una singular propensión, como femenina, á enternecerse, á lloriquear, á conmoverse por cualquier cosa, principalmente por las cosas pequeñas y delicadas, y estos sentimientos, por no llamarles sensiblerías, no afectados ni artificiosos, sino hijos de la natural emocionabilidad de un corazón abierto y generoso. Dad á semejante compuesto un temperamento burlón, más que satírico crítico, analizador de las superficies más que de las intimidades del mundo que le rodea, sin intención y sin hiel, inclinado al optimismo y á no ver en el dolor y en la miseria más que un accidente externo y fortuito que templan y amortiguan los recreos y donosuras del espíritu paciente. Con todo ello acaso tengáis una idea aproximada de lo que es Vilanova y de lo que son sus cuadros de costumbres.

El campo predilecto de observación de Vilanova es la clase menestral de Barcelona, el trabajador de la tienda que gana en familia su jornal, y que forma la primera hilada, la hilada de sostén, de la clase media. Tiene aquella clase entre nosotros su fisonomía peculiar, no borrada todavía ni por el cosmopolitismo de las costumbres ni



por la absorción de la gran industria. Laboriosa, brusca en sus modales, pero con un fondo admirable de hombría de bien, alegre y decidora en medio de su pobreza, chismosa en su vida de vecindad, gráfica en sus dichos, tal aparece en los cuadros de Vilanova, un poco favorecida por la cariñosa benevolencia de su panegirista, pero en el fondo exactamente retratada.

Regularmente Vilanova no compone grupos ni escenas; no tiene lo que pudiéramos llamar visión colectiva ó de conjunto, como no tiene ni la fuerza sintética del dramaturgo ni la ubicuidad analítica del novelista. Suelen ser muchos de sus cuadros la pintura de un tipo, el cual repetidas veces se pone en escena á sí propio explicando en primera persona lo que piensa y lo que siente y lo que hace. Siempre en estos tipos hay algo del autor, algo puesto inconscientemente ¿quién lo duda? pero que les da á todos un sello, más que de localidad, de familia. *Pobrets y alegrets*, tituló uno de sus tomos. Sus tipos son generalmente *pobrets y alegrets*. *Pobrets y alegrets* es un modismo catalán que no sé si tiene traducción que fije el especial matiz que nosotros le damos. *Pobret y alegret* significa hombre de escasos recursos, pero que vive contento en su pobreza, sin ambiciones ni envidias, tomando la vida alegremente, como cosa de broma; sabiendo llorar y sufrir cuando suena la hora de los infortunios, pero procurando y logrando templar el dolor en la conformidad resignada que enseña que si al fin no hay mal que cien años dure ni cuerpo que lo resista, lo mejor es adelantar los cien años de duración lo más que se pueda y evitarle así al cuerpo el trabajo de resistir.

Si yo hubiese de ponerle título á algún otro libro de Vilanova, pondría el de *Plorant y rihent*, el cual me parece que caracteriza otra de las fases morales de su lite-



ratura. ¡Llorando y riendo! Efectivamente: en sus cuadros hay risas y lágrimas á la vez; comienzan riendo y acaban llorando, ó viceversa. De ahí que produzcan una impresión algo parecida á la del recuerdo de las travesuras juveniles en el adulto ó en el anciano; la risa de la escena rediviva en la memoria, y juntamente cierta tristeza nostálgica al pensar que ya no volverán aquellos tiempos.

Tan persistente es este doble carácter de tristeza y de buen humor en los cuadros de Vilanova, que se me ocurre si habré errado al juzgarle como un optimista que no cree en el dolor más que como un accidente pasajero y sin raíces hondas. Si, por lo contrario, es en el fondo un pesimista que procura ingeniarse y explotar la dosis de buen humor nativo que le cupo en suerte para no caer en la desesperación y en el escepticismo.

Ello es que, ó lo uno ó lo otro, Vilanova es un escritor humorista, de un humorismo *bon enfant* y poco trascendental, cuya lectura es sumamente agradable, que no hace desternillar de risa con bufonadas grotescas, ni llorar sangre con la implacable ostensión de las úlceras sociales, pero que mueve á la sonrisa retozona y á la tristeza que pudiéramos llamar lírica, la tristeza de la compasión y del enternecimiento á flor de piel.



De Jacinto Verdaguer hablé ya el año pasado, pero poco, con ocasión de su libro *Patria*. Este año, con su *Dietari d'un pelegrí á Terra Santa* y su tomito de poesías místicas *Nazareth*, da tema para ampliar la insignificante nota que acerca de él escribí entonces.



Hay en Verdaguer dos poetas distintos, ó dos aspectos poéticos, como el anverso y reverso de una medalla; comparación tanto más exacta, cuanto que, en realidad, el metal de acuñación es el mismo y de la misma pureza. No hay entre los poetas catalanes, no ya quien aventaje, sino quien iguale á Verdaguer en la tersura del idioma, en la corrección de la frase, en la perfección del ritmo y de la rima. Es más: ese catalán rudo y áspero, según la fama, en buena parte justa, merced al predominio de las voces agudas,—se vuelve en las manos de Verdaguer, cuando él quiere, tan dúctil y maleable, que no hay italiano que compita con él. Es en este concepto exquisito y maravilloso.

El doble aspecto está en que el mismo poeta que canta el hundimiento de *La Atlántida* con sus ultraépicas catástrofes, en las cuales la grandiosidad de perspectivas alcanza los límites máximos á que la fantasía puede llegar, se encoge luego y achica y contrae en sus poesías místicas de tal manera que parece como que sólo sea capaz de sentir la hermosura de lo pequeño, la gracia de lo delicado, el destello de lo minucioso.

En su inspiración religiosa acontece lo mismo. Sueña un día con el Jehovah bíblico que en el misterioso seno de la negra tempestad fulmina los haces de sus centellas para abrasar el universo con los fuegos de su divina venganza, y se enamora otro día del Dios-niño y de su cohorte de angelitos, lindos como amorcillos paganos, que retozan por los encantados vergeles de la leyenda áurea, lanzando flechas de amor á los corazones de santas y vírgenes, y derritiendo las almas místicas con la lascivia enervadora de la contemplación sobrenatural.

Si he de ser sincero—¿y por qué no?—aun cuando se haya celebrado y celebre mucho las florecillas místicas



del poeta Verdaguer, confieso que no me siento en condiciones espirituales á propósito para gustar de la miel que destilan. Siento su belleza literaria, creo en su sinceridad; pero no me hieren ni me interesan. Sin serlo probablemente, me suenan á artificiosas, á ejercicio retórico, á inspiración buscada y trabajada. Será una impiedad, si se quiere, pero no puedo en manera alguna identificarme con los gustos y aspiraciones de monja iluminada que se requiere para sentir la hermosura interna de aquella especie de mitología cristiana. La singular mescolanza de los tecnicismos del amor profano y del amor teológico, que en las personificaciones místicas de Verdaguer, como en las de sus antecesores en el género, constituye el fondo y la vestidura de sus idilios, me deja frío, sin emoción alguna, más que la ligera emoción estética que producen las filigranas de la composición literaria.

Tal vez estas observaciones sean más aplicables á otros libros anteriores que á *Nazaréth*, que es el último, pero aun á éste alcanzan.

Vuelvo á mi tema de cuando pienso en Verdaguer. Para la salvación de su alma valiera menos, sin duda, pero para su gloria literaria hubiera sido preferible que en lugar de la sotana que pone su pecho al abrigo de las grandes pasiones terrenales, vistiese el hábito seglar del que duda y lucha y ama, y lanza su espíritu á las agitadas corrientes de la vida de la pasión. ¡Qué gran poeta fuera entonces!

\* \* \*

Con el fallecimiento de D. Francisco Pelayo Briz, ocurrido el último verano, perdió la literatura catalana



el más incansable de sus adalides. La lista de las obras que publicó en menos de treinta años de vida literaria ocuparía una página de esta Revista. Cultivó todos los géneros, la novela, el drama, el poema, la poesía lírica, el romance histórico, el cuento. Fué el editor de la colección de cantos populares catalanes, letra y música, colección meritísima siquiera como ensayo de popularización. Editó Ausías March, que todos conocían de nombre y nadie leía. Editó antologías de poetas antiguos. Dirigió revistas literarias como *Lo gay saber*, y publicaciones periódicas como el *Calendari catalá*, en las cuales estimulaba á los viejos, daba á conocer los primerizos, y mantenía vivo el fuego del amor literario á Cataluña.

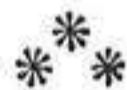
Hombre retraído en su gabinete, en el cual le encerraba hacía años una pertinaz dolencia nerviosa, había hecho del catalanismo su ocupación, su distracción y su pasión. ¿Fué poeta? Muchas veces su inspiración era como forzada, como de hombre que del *quiero* hace el *puedo*. Creo que no era de raíz. Era duro y aun rípioso en sus versos. Por esto los mejores son los de concepto enérgico, de pasión ruda. En el culto y estudio de la poesía popular halló asimismo estímulos que en ocasiones hicieron brotar de su cerebro de poeta concepciones hermosas, como la *Cansó de mestre Jan*, una joya, aunque de hierro, de nuestra literatura.

Ha dejado una porción de obras inéditas que la piadosa hija del poeta piensa ir publicando paulatinamente. Ha comenzado por *Cap de ferro*, poema romancesco, en el cual puede conocerse, mejor acaso que en obra alguna de las de Briz, quién era éste poeta. Está allí todo él, de cuerpo entero, con sus cualidades, sus defectos y sus deficiencias.

Es el tal poema una especie de libro de caballería, es-



crita por un poeta que adora en Walter Scott. Hay algo de aquéllos, y algo de las novelas de éste. Lo extraordinario de las aventuras que acomete el misterioso héroe del poema y el prestigio maravilloso que le sostiene en sus andanzas, son de la época de los Amadises y Tristanes. La localización histórica, el maridaje de la realidad tradicional con la ficción romancesca, la visión apologética del mundo feudal de la Edad Media catalana arrancan de Walter Scott, y en parte del romanticismo de los alemanes nacionalistas. El mal está en que de semejante aleación no brota la chispa de una emoción honda ni de un interés psicológico. El libro recrea y mueve la curiosidad, como toda narración de hechos dispuestos en grupo y concentrados, pero ni seduce, ni conmueve, ni encanta. Agrada simplemente. Resulta un libro chocante, por lo apartado que está de las tendencias literarias que hoy predominan, en el espíritu, en la tendencia, en la concepción, en el desarrollo, pero resulta más chocante todavía porque ese mismo espíritu de ahora marca su huella en el cuidado escrupuloso de la verosimilitud psicológica, en la precisión exacta de las descripciones y en el enfado cerril del lenguaje, jamás atascado en el miedo á la palabra vulgar y al giro expresivo.



Fenómeno curioso de nuestra literatura es,—ríanse los escritores madrileños de café,—la abundancia relativa de escritores, menestrales de oficio. Vilanova es industrial: dedícase á levantar entoldados para las fiestas mayores rurales. Careta y Vidal, de quien voy á decir dos palabras, es un modesto fabricante de lanzaderas,



que regularmente viste de blusa y gorra. Hay otros varios, cuya lista resultaría muy curiosa y pondría aquí si el tiempo y el espacio me lo consintiesen. Y es que como entre nosotros, ni directa ni indirectamente, ó sea en la prensa ó en la política, es la literatura un *modus vivendi* cada cual ha de campársela por su lado en la carrera ó el oficio que la suerte y el nacimiento le depararon. Han ayudado á esa eflorescencia literario-industrial los numerosos periódicos festivos semanales que hace años vienen publicándose en catalán, y que circulan principalmente entre las clases menos acomodadas. Aquellos periódicos son una tribuna abierta al primero que la ocupa. Buscan la colaboración gratuita apelando á la vanidad del lector. Comienza éste por tentar el género del epigrama, regularmente sucio ó tonto : luego se sube á la poesía festiva, ó que pretende serlo : se corre á veces hasta el artículo de costumbres, y entre tantos, alguna vez sale alguno aprovechable. *C. Gumá*, pseudónimo, de quien hablé el año último, se creció en aquel empeño semanal, y ha resultado, como dije ya entonces y comprueba su tomo de *Cansons de la Flamarada* publicado el verano último, un versificador ocurrente y fácil, que tal cual vez da con una nota justa y literaria. Vilanova se formó por igual procedimiento.

No sé si Careta fué por aquellas trochas á la vida literaria desde su modesta tienda ; lo que sé es que, siquier como *poeta minor*, sus poesías son apreciabilísimas y huelen á literato de carrera, que tiene alguna que no desdeñaría un *poeta major*, y que no se ha limitado á las líneas cortas sino que escribe cuentos y novelas ya de cierto cuerpo.

Este año ha publicado *Las consecuencias*, cuyo título no puede ser omitido en esta reseña. No ahonda Careta



en el estudio moral de los caracteres ni es amigo de indagar el proceso de grandes pasiones. Pero sabe tejer una intriga y desarrollarla con naturalidad, sin dislocaciones ni caídas, é interesando al lector. Me recuerda no sé por qué el género novelesco de Teodoro Guerrero en cierta serie de novelas morales que publicó y que hojeé hace años, sin más diferencia que la de estar escritas con más cuidado y más atención, como de persona que escribe por darse gusto á sí propio y sin apremios de editores que piden cuartillas á plazo fijo. Tiene además sobre él el colorido local, colorido no intenso pero de matiz exacto y apropiado.



Apeles Mestres, el dibujante poeta, ha publicado dos tomos de poesías, que se ha ilustrado él mismo *con amore*. *Baladas* se titula el primero; *Cants íntims* el segundo.

En las *Baladas* coleccionó varias poesías narrativas, escritas en un período de hace diez ó doce años y guardadas en su cartera. En el segundo ha hecho otro tanto con varias poesías líricas y descriptivas, guardadas también, y también escritas durante aquel período.

Mestres ha sido un entusiasta á su modo de la Edad Media. Le ha atraído el aspecto pintoresco y exterior de la misma, principalmente en sus manifestaciones fantásticas y caricaturescas. Le ha interesado, de una catedral, la gárgola que allá en lo alto muestra en grotesco rostro mueca mofadora; la procesión de envarados figurones que á lo largo de los capiteles desgrana el rosario de la sátira alegórica; la orla afilegranada del vidrio de los ventanales; el calado aéreo del rosetón; el detalle deco-



rativo y simbólico. De allí ha traído á sus baladas la mefistofélica sonrisita del libre pensador artista que entrevé en el fondo de aquella organización jerárquica y religiosa el espíritu de burlona independencia que animaba á la democracia bohemia de la época y que sentaba los cimientos de la nueva edad. Todas sus *Baladas* traen escondida una idea crítica trascendente, idea materializada en un pequeño drama de época, generalmente satírico. Hay tres ó cuatro que parecen copiadas de Heine, el *dottore e maestro* de nuestro poeta.

Pero en donde éste se muestra original y singular en nuestra literatura catalana, es en los *Cants íntims*, para mi gusto lo mejor que ha escrito hasta ahora. *Cants íntims* son una serie de poesías breves, notas sueltas, en las cuales apunta el poeta, en el momento de producirse en su espíritu, la fugaz impresión que le produce un paisaje campestre, un aspecto menudo de la vida rural ó marítima, ó la vibración rápida de un sentimiento en el cual se aunan en atractivo consorcio la pasión de la naturaleza y la pasión del amor. Mestres es un miniaturista de entrambas pasiones. Pero en sus miniaturas hay la vida, el movimiento, el aleteo misterioso de esa alma que palpita en todo lo creado, y que infunde personalidad á la brizna de hierba que el céfiro meneaba besando su afilada punta, y al astro que en noche serena titila allá en la altura como ojo que de hito en hito nos contempla.

La forma literaria es en los *Cants íntims* depurada y correcta, y ni una sola nota barroca ó discordante viene á turbar la limpidez del concepto. Tienen además una cualidad, y es que son sinceros en el sentimiento, por más que no profundos ni alambicados. Aquello no se piensa ni se escribe sino sintiendo con real efusión el encanto de la naturaleza rústica del campo ó del monte.



Precisamente en nuestra literatura ha dominado mucho el culto de la vida campesina; así es que, por contraste, sabemos distinguir lo que es afeite retórico de lo que es inspiración natural y directa.

En resumen: *Cants íntims* es el mejor libro de nuestro año literario. Heine, se dirá. Sí. Todo lo que se quiera. Inspirado en Heine, mas con la original inspiración del que se enamora de un poeta porque en él halla su ideal; no imitador servil que beneficia un filón rico, sólo porque es rico y es filón.

\*\*\*

Isidoro Frías y Sebastián Trullol publicaron, aquél en Reus, éste en Barcelona, sendos tomos de poesías. Son dos románticos, en el sentido corriente y usual de este vocablo. Extremosos en las ideas y sentimientos, viviendo en las tropicales latitudes de la oda grandilocuente, y sufriendo, ¿por qué no con sinceridad?, de la pugna constante entre las realidades prosaicas de la vida y el sueño volador de las aspiraciones ideales.

Más abajo que ellos está la pléyade de los principiantes, de los que escriben versos por no ser menos que los que los sienten, y que cifran su ambición en verse impresos en tomitos que las amigas cursis leen y celebran en las tertulias de domingo por la noche. Una media docena de librejos, cuando menos, andan por ahí de este calibre. Mejores podrían ser: también podrían ser peores.

\*\*\*

En materia de novelas, descontada la de Careta de que antes hablé, solo dos registra la estadística del año



último : *L'hereu Noradell*, de Carlos Bosch de la Trinxeria, y *Niobe*, de José Pin y Soler. De la primera hablé en una nota bibliográfica *ad hoc* publicada en LA ESPAÑA MODERNA. De la segunda puedo decir que hablé antes de que saliese á luz, al dibujar la silueta de su autor, con ocasión de *Jaume*, otra novela publicada el año 88.

Bosch de la Trinxeria no es un novelista tal como lo entendemos ahora. No ahonda en los caracteres ni en la observación interna de los fenómenos sociales. Pero tiene una noción tan clara y directa de la vida de la comarca que constituye el escenario normal de sus ficciones, los Pirineos catalanes en la región más oriental, que la sentimos palpitar en los libros que á contar aquellas ficciones dedica. Y como el conocimiento suele engendrar el cariño, y éste es comunicativo, el que infunde savia de realidad á sus cuadros y paisajes es cariñoso y entusiasta y se transfiere fácilmente al lector.

Pin y Soler, autor de *La familia dels Garrigas*, *Jaume* y *Niobe*, tiene más pasta de novelista que Bosch de la Trinxeria, y mucho más empuje dramático. Como Bosch, escribe á la buena de Dios, en el tono familiar y simpático de una *causerie* un poco desordenada, como que va siguiendo sin plan materialmente preconcebido, y desenroscándose al capricho de la sucesiva asociación de ideas ó de impresiones. Como Bosch, ama la tierra que describe, el campo de Tarragona; pero su amor es, si cabe decirlo así, menos patriarcal y bucólico que el de aquél. Pin y Soler es más intenso y vigoroso en la expresión, y más intencionado y punzante en el juicio que sus pinturas, como toda pintura, envuelven, implícitamente siquiera, de la cosa pintada. Se ve que así como Bosch escribe sobre el terreno, con amor vivo y actual y nutrido en la directa contemplación de cada día, Pin escribió

:



desde el extranjero, sirviéndose sólo de su memoria, una memoria realmente prodigiosa en la evocación, pero templada en sus entusiasmos por el contraste directo y actual con otras realidades distintas y más inmediatas.

Además, siente Pin más enérgicamente lo que pudiéramos llamar realidad humana; en sus tres novelas pulula un mundo de tipos y personajes de diversa catadura, algunos de los cuales se graban en la memoria y hieren como fotografías de personas y tipos conocidos. Y tiene, como no tiene Bosch, la cuerda patética y la cuerda trágica. No sé si lo dije ya otra vez pidiendo prestada una caracterización á la fisiología: Bosch es un temperamento literario sanguíneo, con ribetes de linfático; Pin un temperamento nervioso, con uno que otro amago de bilis.

Ambos, sin embargo, cada cual desde su punto de vista, hacen lucir nuestra literatura y la encaminan por los derroteros que, á mi parecer, ha de seguir con predilección: el culto de lo propio, no ya por simple *chauvinisme* patriotero, sino como manantial saneado de hermosuras artísticas sólidas y vivientes.

\* \* \*

Hasta aquí de la literatura escrita. No está todo, pero sí lo principal y característico, y, sobre todo, lo que no salió en mi revista del año 88. Digamos algo, para terminar, de la representada, del teatro.

Se ha estrenado durante el año una docena de piezas en uno ó dos actos, de diversas tallas, bien que casi ninguna llegue á ella. *Lo padrí*, un idilio, de Riera y Bertrán, merece ser citado, siquiera porque sirve de pretexto á una de las creaciones escénicas de nuestro gran



actor León Fontora, el primer y más concienzudo actor con que cuenta hoy el teatro en España.

De Aulés (Eduardo) se estrenó *Lo Sant Cristo gros*, una bufonada á lo Labiche, endiablada como todas las suyas, y escrita con la gracia y soltura que son en él características.

De Alberto Llanas se estrenó la comedia, también, como la de Aulés, en tres actos, *Vesten Anton*. *Vesten Anton* no tuvo, como tal vez no tengan nunca las obras de Llanas, un éxito ruidoso entre la masa, pero tuvo un éxito literario entre el centenar de personas que están cansadas de ir al teatro Romea á oír gritos y gimoteos, y ver en escena gente que se pasa la noche haciendo extremos descompuestos. En *Vesten Anton* casi no pasa nada; pero pasa que tres ó cuatro apreciables sujetos entran y salen, y departen amistosamente acerca de insignificantes aventuras de su corazón, sin preocuparse ni preocupar mucho al espectador, pero entreteniéndole y haciéndole sonreír con la gracia picaresca de sus dichos. En fin, que el agua fresca y de manantial sabe á gloria cuando se tiene el paladar estragado por los licores encabezados con alcohol alemán de industria.

Federico Soler complugó apenas á los señores con su comedia *La carta de navegar*. Yo no sé si es él quien ha variado, ó si es el público; me temo que éste. Paréceme que *La carta de navegar*, estrenada quince años atrás, hubiese sido un éxito. Quince años después no lo ha sido.

Hemos convenido en que el teatro, especialmente la comedia, ha de ser la reproducción artística, sí, pero fiel, de la vida social ambiente; y en cuanto no damos con semejante exactitud, el cerebro se nos rebela y no tomamos gusto á la cosa. Transigimos, y aun nos divertimos cuando, como en el *Sant Cristo gros*, por ejemplo,



nos convencemos desde el principio de que el autor no se ha propuesto retratar episodio alguno de la vida, sino crear unos cuantos fantoches que recuerden los tipos que nos rodean, para hacerles decir y hacer payasadas. Mas cuando el autor tiene otra ambición más alta, la del *castigat videndo mores*, y las *mores* que castiga no son tales *mores*, y la risa se funda precisamente en que sean *mores*, entonces la cosa no resulta. En vano el autor busca en el enredo y el juego de sorpresas un incentivo á la curiosidad y al interés. Si falta la raíz de éste en la *confraternidad* del espectador con el personaje que anda por la escena víctima de tales intrigas y enredos, ¿qué diablos de interés ha de producirnos la mala suerte del buen señor?

*Judas de Keriot* y *Lo monjo negre* fueron las otras dos obras, los dos platos fuertes que nos sirvió D. Federico Soler.

Entre este autor y una parte de la crítica, y aun de la literatura barcelonesa, hay un antagonismo de aficiones y de gustos que constituye uno de los episodios más entretenidos de nuestra vida artística local. Es imposible darles á entender á él y á sus fanáticos que se puede ser un sincero admirador de sus cualidades literarias, de su talento, de su genio,—porque tiene cualidades geniales,—y sin embargo no gustar de sus obras, ni mucho menos entusiasmarse con ellas, gracias á una propensión irresistible del gusto propio, encauzado en otras direcciones y educado por otros modelos. Cada estreno de Soler es la misma batalla.

Soler tiene una gran imaginación, tan grande, que domina y modela y perturba todas sus demás facultades y aptitudes. Y su imaginación es de potencia y naturaleza tal, que no se contenta con agrandar lo que ve y lo que siente de modo que sus creaciones sean realidades en



escala mayor del natural pero conservando las mismas proporciones armónicas de éste, sino que en el agrandamiento altera la figura, la trabazón, la armonía de los miembros componentes, por donde las creaciones de su fantasía dejan, no ya de tener, pero aun de aparentar la consistencia de lo palpable.

Por otra parte —y es lo singular, tratándose de un autor dramático que ha compuesto á centenares las obras,—no tiene, como decía de Vilanova, el don de la ubicuidad psicológica. Todos sus personajes son, en el fondo y si bien se les mira, Federicos Solers trasplantados á otras épocas y colocados en otras situaciones. Todos tienen su imaginación exuberante, acalorada, verbosa, y todos se comportan en los momentos álgidos de sus aventuras escénicas, no como les dicte un corazón que no tienen, un impulso pasional que no sienten, sino como les aconseja la loca de la casa. Ésta les hizo creer de buena fe que amaban y sufrían y luchaban; se enardecieron ellos solos por un espejismo simplemente cerebral, y hete aquí que cuando los desvaríos de su imaginación les empujan al conflicto, se encuentran con que la voz de la naturaleza no les dicta ninguno de esos arranques que las almas extraordinarias tienen en los momentos extraordinarios. Nada: la loca de la casa se ve apurada por aquella complicación extraordinaria, y, como los oradores malos ante una interrupción oportuna y abrumadora, se pierde en divagaciones y fraseos, sin dar con la réplica que aplasta al preopinante y levanta al auditorio de sus asientos.

Este, este es el pecado capital de todo el teatro de Federico Soler. Verlo, sentirlo, analizar y comprobar su existencia, ¿es acaso un pecado capital feo? ¡Qué más habíamos de querer los admiradores de nuestro dramatur-



go, sino que en él se adunasen , á su imaginación calenturienta y excesiva, una sensibilidad no menos excesiva ni calenturienta , una noción de las armonías morales humanas equivalente en intensidad á aquellas otras facultades, y una depuración de gusto literario que estuviese á la misma altura ! ¡Ojalá así fuese! El nombre de Soler sería un nombre europeo. ¿Qué más quisiéramos sus compatriotas?

JUAN SARDÁ.



## CONVERSACIONES MILITARES



Á UNA SEÑORA Y DOS CABALLEROS.

CORTESÍA es ley, señora Pardo Bazán, y á V. corresponde, por lo tanto, el primer puesto, no solamente como escritora, sino como dama. Pase V., pues ; que los demás, seguro estoy de que esperan tranquilos, pues antes han de excederme en galantería que no agraviarles el que la usada por mí les ocasione esta preterición.

Y he de comenzar por agradecer á V. infinito dos cosas : primero, la cita que hace de mi nombre y de un mi libejo en su *Por Francia y Alemania*, y después el calificativo con que me favorece.

Pero esto no impedirá que á la vez le manifieste mi sentimiento por el uso de ciertas palabras mías, hecho por V. ; sentimiento que no llega á moverme á la censura, pues aparte de lo que pueda yo admirar los méritos literarios de V., mi criterio sobre la libertad del escritor me lo impediría.

¿Hizo V. ese uso? Bien hecho está. ¡Que ello me duele! Paciencia, y á manifestar aquí las razones. Esto



es todo. Y aun gracias encima por el recuerdo hacia mi  
*¡Pobre España!*

No he de volver sobre lo pasado; sobre lo que dijo V., ó dejó de decir en su *Al pie de la torre de Eiffel*, acerca de los militares españoles. Cuestión juzgada es esta, y el error de V., más que en formular aquellos juicios, estuvo en generalizarlos. Así como también fué falta, que se disculparía en V. á no haberle dado Dios tanto talento, el no fijarse un poco en el origen que pudiera tener lo que sacaba á pública irrisión. De haberse V. fijado en ello, es seguro que otras fueran sus palabras.

En su segunda colección de cartas, y al final de ellas, toca V. el asunto, mostrándose sorprendida y aun lastimada por el efecto que esas frases suyas produjeron. No es esto de extrañar; pero asimismo debió V. aquí girar un poco la vista en redor suyo, y hacerse cargo de la verdadera situación de las cosas.

Corren en España ahora unos tiempos tan fatales para la milicia, que cuantos á ella pertenecen, andan cual aquellos célebres hidalgos de la orden del hambre, con tantos fieros y humos y quisquillosidades en el ánimo como puntos en las calzas; pues cosa antigua es ya el que cuando el noble pierde fortuna y poderío, acrecienta en su corazón el culto á lo único que le quedó, hasta convertirlo en fanática idolatría. Y así el ejército, tan asendereado y mal traído, y llevado peor, no sólo por los ajenos, sino por los propios, de algún tiempo á esta parte, ya que lo ve todo perdido, y que si en consideración de las gentes no anda bien, en dones de la fortuna está retemalísimamente; en vez de arrojar al puchero, cual V. dijo, sus sentimientos y sus virtudes, ha llegado al máximo de la susceptibilidad, á ver en toda censura, por razonable y meditada que sea, intención deliberadísima



de ofenderle. Todos son enemigos hoy para él; y hasta en la mano blanca que se levantó para darle amistoso bofetoncillo cree ver el puñal que á herirle va de muerte

Así, las palabras de V., que en otra ocasión hubieran dolido á todos algo, ahora produjeron más escozor; pues antes sabían los militares que la opinión pública se inclinaba á favor de ellos, y por lo tanto podía reducir á sus términos justos cualquier apreciación exagerada ó errónea, mientras que hoy temen, por el contrario, que sea acogido con fruición por las gentes cuanto en su contra se diga, y más si quien lo dice tiene el nombre literario que con derecho absoluto usufructúa usted.

Por eso no es extraño que dieran mayor alcance á sus palabras del que V. pensó que llegarían nunca á tener, y que se moviera la marejada de que V. ha recibido el oleaje.

Pero ya he dicho que no quiero penetrar en el fondo de estas cuestiones, ni siquiera en la semirratificación con que V. medio explica lo que de ellas fué origen. De esto sólo me juzgo en el deber de aclarar una parte. Y es, cierta inculpación ó cargo que dirige á aquellos que en cartas ó artículos han protestado de las opiniones militares de V., por ocultar casi todos el nombre al pie de sus escritos, excepto el Sr. La Guardia y mi buen amigo Barado.

No ha tenido V. presente sin duda las circunstancias que á esos oficiales obligan á ocultarse tras el seudónimo. Casi todos hubieron de buscar acogida para sus artículos en la prensa llamada, y con fundamento, militar; prensa que ahora se halla en severo entredicho. Las disposiciones que rigen sobre la libertad que para escribir tienen los militares, y entre ellas la circular dictada por el general Chinchilla hace un año, no señalan con exac-



titud dónde termina para ellos lo lícito y empieza lo pecaminoso.

Suelen referirse esas disposiciones á trabajos sobre asuntos del servicio ó de determinadas materias profesionales, y claro está que no entran en la prohibición las polémicas literarias, ni las discusiones técnicas, ni otros puntos ajenos á lo que hoy agita los ánimos de la gente marcial; pero esto depende más que de la letra de dichas Reales órdenes y circulares, del criterio con que pueden interpretarse los encargados de su aplicación.

Así, pues, en el militar que hoy escriba, aunque sea sobre numismática, existirá siempre el temor de que el excesivo celo de alguno de sus superiores baste para producirle serios disgustos, algo así como una traslación de cuerpo, ó el destino á una reserva, ó su mes de estudios de fortificación, y cuando menos alguna *chillería*.

Y como en el ejército siempre tiene razón el que manda, y si no la tiene se la otorgan, que para el caso es lo mismo, sin que valgan reclamaciones, ni recursos de esos que si se mencionaron en las Ordenanzas, fué para poder hacer mayor escarnio de ellas algún día; de aquí que los oficiales, aun creyendo que no faltan á su deber escribiendo lo que no les está prohibido (pues de no ser así, no lo harían en forma alguna), acuden al seudónimo, por si acaso vienen mal dadas; que á seguro lo llevan preso.

Y tanto más, cuanto que los periódicos militares están todos en pecado mortal, por no dar gusto á los señores; y el oficial que en ellos colabore, así trate de Historia Sagrada, ó de balística, temerá siempre que por lo menos no ha de librarse de ser apuntado en cualquier libro rojo ó amarillo y puesto en candidatura para no sé qué pavorosos rigores contra los reformistas militares,



rigores que si no llegan nunca, no es porque los dejen de anunciar á cada paso.

Pero esos seudónimos con que, por decirlo así, cubren las formas, por el pudor literario que ahora entró á los ministros de la Guerra, sólo son semiseudónimos, pues en el ejército todos conocen á quienes los usan, á diario los leen y tienen popularidad extrema.

Mal los juzga V., pues, al atribuir sabe Dios á qué móviles, eso de que cada cuál al pie de su escrito no haya puesto su nombre de pila y los apellidos paterno y materno, y hasta las señas particulares. Y á buen seguro que ninguno de ellos se ocultaría de V. particularmente si supieran que deseaba conocerlos.

Y basta ya de los contrincantes de V. Voy á lo que me afecta personalmente. Dice V., dirigiéndose á Barado:

«¿No entiende V. que, v. gr., el libro reciente del Sr. Lapoulide, *¡Pobre España!*, donde se dice textualmente que «el sistema militar de España forma un conjunto zurcido á retazos, muy costoso para el país y lo menos útil posible», donde este escritor pinta, con colores que asustan y entenebrecen el espíritu, el desastre de nuestras armas en el caso de una guerra, reclama mayor atención que mis cortas y desautorizadas líneas?»

¡Alto ahí!, digo yo ahora; que en esto, mi respetada doña Emilia, va V. por muy mal camino. Y aun si no fuera viejo, le repetiría el dicho del andaluz aquel....—«Ni V. es mi compadre, ni ese es el camino de Marchena.»

No; por ahí no va V. bien; porque no le resulta el argumento.

Y si no, antes de entrar en más discusión, le propondré una prueba. Coja V. ese párrafo mío y pida opinión sobre él á todos los militares españoles, de general á alférez. ¿Cuántos cree V. que lo encontrarán digno de re-



probación, ó que desmientan lo que en él digo? Ninguno probablemente, ó pocos, muy pocos, y esos de los menos entendidos. Alguno habrá á quien un exceso de amor patrio, de *chauvinisme*, tal vez le lleve á creer imposible la derrota que relato en mi obreja; pero los más de ellos, sobre todo los que conocen la milicia á fondo, me darán la razón.

Y no me culpe V. de inmodesto; que en ese librito, lo que pinté, es porque lo vi, cerrando los ojos y haciendo moverse dentro de las condiciones creadas por mi fantasía, todas aquellas figuras entre las que viví desde los quince años y medio; es decir, hace la friolera de unos veinte.

Sí; entre los mil defectos que la obra pueda tener, quiero yo mismo señalar una virtud: la del realismo, si por tal se entiende el describir las cosas como se ven, y, ¿qué diré?, como son.

Veinte años de vida militar siempre en activo, siempre en las filas; un tiempo en campaña; después en monótonas guarniciones, haciendo guardias y semanas, y constantemente con la gola al cuello, y la espada ceñida, y en maniobras y ejercicios, podrán no dar ciencia, sino sumir en la rutina, podrán poner fin á todas las aspiraciones, y hasta embrutecer; pero en el cerebro más obtuso dejan grabados de un modo perenne aquellos tipos; el cuadro completo de lo que ante nuestros ojos vino repitiéndose; el esqueleto de la patria organización militar, reconstruido por medio de las generalizaciones, á partir de aquel trozo que estudiamos en nuestro batallón, en nuestra compañía, en el grupo de reclutas con que hubimos de bregar en el patio del cuartel.

Y luego, con un poco de facilidad para poner todo eso en letras de molde, y fiándose algo en los remiendos que



le echaran entre cajistas, correctores, etc., basta para que la cosa pueda salir sin gramática ni estilo, pero con algo de verdad; con más de la que suele hallarse en las obras de los grandes tratadistas; más hombres de gabinete que de cuartel ó campamento.

Y esta es la razón por qué estoy convencido de que entre los militares no hay protesta para mis palabras, y sí para las de usted.

¿Por qué? Porque al decir yo que nuestra organización militar es un conjunto zurcido á retazos, tras de afirmar lo que todos saben, no molesto á ninguno, pues ellos no tienen la culpa de que tal suceda. Si acaso, algún generalote de los que pasaron por el ministerio de la Guerra, y allí concluyeron de echar á perder la obra, podría darse por resentido; pero es de tal índole la condición humana, que cuantos se encuentren en tal caso y lean mi juicio, asentirán á él (y de alguno me consta que lo ha hecho); mas con la salvedad de echar la culpa toda sobre sus antecesores y los que les siguieron.

Y, en último caso, sobre los Gobiernos en general, y hasta sobre el país enterito, que tan poco se cuida de estas cosas.

Pero al decir yo lo que dije, en nada pude molestar, herir, á los que entonces eran mis compañeros de armas. Y eso que presenté alguno que otro tipo como el del general X. Z., que no favorecía mucho á la clase. Y lo mismo hicieron Carraffa y Estévanez, sin que nadie protestara. ¿Por qué? Porque al presentar el aspecto ridículo de las colectividades, se pueden seguir varios procedimientos: uno, el de la excepción; otro, el generalizador.

V. pudo en alguna de sus excelentes novelas presentarnos un oficial de reserva, panzudo, desabotonado, de hirsuta pelambre, capaz de echar en el pucherete hasta



el nombre que le pusieron en la pila, y de fijo que nadie protesta, pues desgraciadamente el original existe, como el del cura mugriento y sensual. Pero generalizó V., y todos se consideraron ofendidos.

Verdad es que yo generalizo también en lo que digo sobre la organización, sobre los vicios de nuestra máquina de guerra, pero ahí no me refiero á los hombres, pues, aunque señalo los defectos que puedan tener, como éstos no son producto de su voluntad ni de su condición, sino de esos vicios orgánicos, no pueden darse por ofendidos.

Si yo afirmo, por ejemplo, que nuestro Estado Mayor vale menos que el alemán, no será esto un plato de gusto para los que forman aquél, soltada la especie así con tal crudeza; pero si se entiende como debe entenderse, en el sentido de que ese Estado Mayor nuestro, aparte de las condiciones personales de su oficialidad, no representa la suma de inteligencias del ejército elegidas por un procedimiento especial, y aplicadas después con tal método y ciencia, que en el constante ejercicio de sus funciones puedan llegar al máximum de perfección; si en tal sentido se entiende mi aserto, nadie podrá considerarse lastimado, ni aun los mismos jefes y oficiales de ese Estado Mayor, que serán y son seguramente los primeros en lamentarse de que las deficiencias de nuestra organización militar, la rutina imperante y otras mil causas conocidas por todos, sean las que en tan desventajosa situación los mantiene.

Y lo mismo les sucedería al infante y al jinete, y al artillero y á todos, si entrase en comparaciones con los de otros países que nos superan en perfección de su organismo militar. ¿Qué oficial de Infantería español se ofenderá porque se le diga? «Vamos á compararte con un



oficial alemán; los dos acabáis de terminar vuestros estudios, que no son muy diferentes, pero que ya al alemán le otorgan la ventaja de hallarse sujetos á métodos más razonados y educadores de la inteligencia, y de tener la base de una instrucción elemental y secundaria, superior á la que se da en España. Pero, así y todo, concederemos que la viveza de ingenio meridional suple ese desnivel, y aun se sobrepone á la pesadez intelectual de los germanos. Sois, pues, iguales uno y otro en el momento en que ceñís la espada y prestáis el primer servicio de oficial.»

Pero aquél, el alemán, desde el instante en que se incorpore á las filas, entrará en dura escuela de prácticas militares, en las que, además del estímulo que da el ejemplo, tendrá el que ofrece la esperanza de recompensa, ó por lo menos la aprobación de jefes inteligentísimos; dedicado á constantes ejercicios, en los que habrá de instruir sus tropas en el arte de batirse y de fortificarse rápidamente; con la obligación de resolver problemas tácticos sobre el terreno; de estudiar éste; de dedicarse á extensas enseñanzas de tiro al blanco, en las que se derrochan las municiones; todo ello con soldados no muy vivos, pero de un nivel intelectual medio superior al de los españoles. Y si se une á todo esto el verse objeto de la consideración general, del cuidado de los gobernantes, de la estimación de propios y extraños, hasta de las preferencias femeninas, dígaseme si ese oficial germánico, á medida que avance en su carrera, no irá dejando atrás al español con quien lo comparamos en un principio.

Pues éste, aunque la experiencia le dé práctica, habrá pasado aquel tiempo del siguiente modo. Haciendo el servicio constante de guarnición, serie de actos inútiles en su mayor número; instruyendo reclutas, pero no para dedicarse después con ellos á maniobras de combate, sino



á la monótona repetición de los movimientos reglamentarios; sin nada que ejercite ni desarrolle sus facultades; sin nada que le estimule sino es la tibia aprobación de los jefes, más apreciadora, por lo común, de la puntualidad que de la inteligencia. Si es aplicado y estudioso; si tiene afición á leer, cosa rara en nuestro país hasta en las *gentes de letras*, podrá con los libros mantener y aun acrecentar su caudal científico; pero falto de medios para darle aplicación inmediata en la vida, en el ejercicio de su empleo militar, es casi seguro que llegará á convertirse así en un teorizador de los muchos que aquí abundan. La lectura de los grandes estratégicos le podrá hacer un Jomini, pero fácil es que se vea apuradillo después para resolver un problema táctico en el terreno con su sección de cincuenta hombres, como no sea yéndose derecho á morir ó dejándose matar sin retroceder, ciencia en la que sí somos bastante fuertes todos los españoles, letrados ó sin letras.

Y por si estas causas de abatimiento intelectual (lo llamaré así) no fueran suficientes, hay que añadir la carencia de estímulo, de esperanzas; hasta las escaseces materiales; que si no son temibles para el alférez de diez y ocho años, á quien las trampas de sastres y patronas dan aires de calaverilla, hácense dolorosas para el teniente de treinta y seis, casado quizá y con hijos, y hasta con suegra en ocasiones. Y no se trata del teniente que salió de la clase de tropa, y para quien representa algo al llegar á este empleo, en el que sus hábitos de modestia podrán quizá vencer las dificultades económicas, sino el de colegio ó academia, el que alférez á los diez y seis ó diez y ocho años, allá por 1875, sigue aún de subalterno á los treinta y tantos.

Á todo esto añádase la falta de consideración gene-



ral, el abandono de los Gobiernos, cuanto puede contribuir á crear un estado de espíritu deprimido, y también se me podrá decir si no hay bastantes causas para que el oficial español no se halle á la altura del alemán.

Y este mismo razonar puede extenderse á todas las armas, á todas las ruedas de nuestros mecanismos militares. Sí, en todo sucede lo mismo: porque si el oficial de Estado Mayor no puede adquirir práctica ni aplicar el fruto de sus estudios en el funcionamiento de grandes unidades organizadas para la guerra, ni en maniobras, y se ve obligado á ser un burócrata; si al artillero no se le dan cañones, ó estos son pocos; si el ingeniero no tiene fortificaciones que construir, y sí sólo escuelas prácticas baratitas para evitar derroches; si al jinete y al infante se les entregan esqueletos de escuadrones ó de compañías, y al administrativo sólo papeles, y números; si á todos les falta cuanto es preciso para que practiquen su profesión, así fuesen todos ellos las inteligencias y voluntades más poderosas del mundo, no podrían llegar á la altura en que están los de otros ejércitos.

Y esto que yo afirmo no les ofende; antes al contrario, lo deploran y les indigna y hasta celebran que se ponga en artículos y libros, á ver si así se hace algo para su remedio.

Pero las apreciaciones de V., que tal vez en el fondo se dirigían á esto mismo, caminaban por otro sendero, acabando por caer en aquel *pucherete* que á tantos se les indigestó, y con motivo.

En mi *¡Pobre España!*, con tintas negras, es verdad, pinto lo que ocurriría aquí en caso de una guerra con Francia. Hable V. con militares, y si son de los que militan, es decir, de los que no tienen la carrera por adorno, verá V. cómo dicen todos que el cuadro, aunque

:



triste, es exacto. Quisiera poder llevar á V. adonde viese de cerca nuestros batallones, nuestras baterías, nuestros cuadros de reserva, y, sobre todo, el mecanismo, la organización, esa red que desde el ministerio de la Guerra abárcalo todo, hasta el último gobierno militar. ¡Eso es un desastre!, señora doña Emilia; ¡eso es un desastre!, en el que se invierten 150 millones de pesetas, que casi, casi puede decirse que son así tiradas por el balcón.

Porque mal están todos los servicios en España; pero muchos tienen un fin inmediato, y esto obliga á su corrección continua. Es como una máquina que funciona á diario; la cual podrá ser mala de suyo, pero á fuerza de remiendos y atadijos irá tirando y cumpliendo. Y aun ese uso constante obligará tal vez á que se la cuide con alguna atención.

Pero no así el ejército, que ha de usarse no más en los días de batir el cobre, y al que solo en tal ocasión es cuando se le puede poner á prueba. Así que, en tiempo de paz, si algo se hace con él, es lo que con las armas de los parques: engrasarlo para que no se oxide.

Pero suele suceder que los ordenanzas del parque sean empleados de Cuba en embrión y tomen el acuerdo de irregularizar la grasa, y que si el jefe es abandonado ó indolente, pase por ello, y el orín entre en el material, y cuando de éste vaya á hacerse empleo, no funcione ó reviente. Y eso ocurre con las armas del país; 150 millones se invierten en grasa, y no sé que los irregularizan, pero sí que los derrochan, por falta de atención inteligente, de cuidado; por el mismo defectuoso aparcamiento en que tales armas están; por lo mal organizado de los almacenes, que da lugar á que la grasa chorree por suelos y se unte á las paredes y á los estantes y se aplique á todo,



menos á lo necesario. ¡Como que hasta se limpia con ellas las botas más de uno!

¿Quién tiene la culpa de esto? Todos en general, y pocos personalmente. Dios quizá es uno de éstos, al no dar á ninguno de nuestros generales un verdadero talentazo organizador-militar. Ó si anda alguno por ahí, al no sugerir á los presidentes del Consejo la idea de llamarle al ministerio de la Guerra.

Una vez se hizo algo así, y la cosa ha venido á ponerse peor. Un general, al que hay que reconocer que le cabe una organización militar en la cabeza ; el único que hasta hoy conocemos así, fué ministro ; pero lo que de organizador tenía, le faltó de hábil, y los fundamentos de su obra los han utilizado otros para construir sobre ellos un cobertizo de tablas.

Y aquí, sin que se crea que trato de hacer propaganda, voy á dirigir una pregunta: ¿Cuál es la causa verdadera de que el general á que aludo adquiriese de pronto tanto prestigio entre los militares, faltándole en estos tiempos de paz, el que conceden los triunfos de una campaña? Pues una, sobre todas. Ese general, en sus planes perfectos ó defectuosos, vastos ó deficientes, demostró que poseía lo que no se sabe que tenga hoy ninguno de sus iguales en España ; el cerebro, organizado de tal modo, que puede comprender todo el funcionamiento de la máquina militar, y no de la que ha de utilizarse por adorno en la paz, ó como aterrorizadora de revolucionarios, sino la que se ha de preparar para la guerra.

En la guerra sí; que tal es la palabra, la idea, el concepto perenne á todas horas en el pensamiento de ese general. Se habla con él de cualquier reforma, y vemos en seguida que su inteligencia enlaza en el acto la modificación que en el ejército se introduciría por esa refor-



ma, con la finalidad de todas las instituciones armadas: con la guerra.

Y así me pareció siempre que habían de ser los generales y los coroneles y los alféreces. Todo militar que al ver desfilan un batallón al son de la alegre charanga, sólo se fija en el aire vivo de los soldados, en la corrección de las alineaciones y demás parte exterior de la estética militar, y no lo mira mentalmente más que en el campo de instrucción, ó en el patio del cuartel, ó en la práctica del servicio diario; todo el que al cerrar los ojos no se transporta con ese batallón á los campos de batalla, y allí reconstituye el cuadro de aquellos oficiales y tropa, batiéndose en orden disperso, avanzando, retirándose, cayendo los unos, brillando en los ojos de los jefes el ardimiento y la inspiración táctica, y cumpliendo así todos el fin para que la patria les confió su bandera; todo el militar que sin querer la guerra no la hace objeto de sus acciones y propósitos en la paz, será cuanto se quiera, menos alférez, menos coronel, menos general; menos militar, en una palabra.

Y de esos tenemos muchos en España, sobre todo entre los que bullen, entre los que figuran, entre los burócratas militares, oradores y políticos los más de ellos, que sólo ven las cosas con los anteojos puestos del revés para disminuirlas de tamaño, y así no aparecer ellos con su verdadera estatura.

Y todos, al pasar por el Ministerio de la Guerra, en lo que menos han pensado es en que el ejército español podría tener que habérselas alguna vez con cualquier otro extranjero. Que había en él generales que colocar; coroneles á quienes conceder mando; regimientos para montar guardias; caballos en que invertir piensos; cañones destinados á hacer salvas; fuertes que blanquear de vez



en cuando, y sobre todo papeles, muchos papeles, infinitos papeles que han de subir y bajar y correr y ser escritos y firmados en sempiterna contradanza, aplastándolo todo con su peso, con los números apiñados en sumas fabulosas; con los nombres en listas interminables y con los proyectos en colosal legajo; pirámide de papelotes, á lo que es preciso prender fuego como primera providencia, si se quiere que aquí haya alguna vez un ejército organizado con sentido común.

Esto es lo que quise demostrar con mi obreja, y piénsome que lo conseguí. Y como todos los militares están convencidos de la verdad del cuadro, ninguno había de desmentir al pintor.

Y ya en este punto, paso á habérmelas con el ingenio de Jenaro Alas, á quien también he de agradecer su recuerdo, mientras procuro librar á mi tío Santiponce del lazo que ahora le quiere tender, no sé con qué maléficos propósitos.

Sí; porque lo que V. viene haciendo con el pobre señor no tiene calificativo. Es V. un pillín, amigo Alas, y conociendo sin duda las flaquezas del veterano, lo hace V. bajar diariamente nada menos que del rojizo Marte al olorcete de las chuletas de general anti-reformista que le manda V. servir y de los cazadores de espumosa sidra con que lo engatusa en Bellavista. Eso es un abuso que no debo yo tolerar, como jefe que soy ahora de la familia en la tierra; y que no le perdonaré mientras no logre V. hacerme saber qué gusto tiene ese *champagne* del país que paladean Vds. en el Bombé de Vetusta, ó donde sea.

Pero no es lo peor que trate V. así la chochez de mi buen tío, sino que haga de él cabeza de turco cassolista. Ya se sabe: en cuanto necesita V. un contrincante á quien derrotar ó convencer, mano á mi pariente; que



todo se reduce á colgarle las opiniones que á V. le convenga contradecir, y á poner en su boca los razonamientos más fáciles de echar por tierra.

En primer lugar, V. hace de Santiponce un cassolista *enragé*. ¿De dónde ha sacado V. que era cassolista? ¿De sus memorias? ¿Pues si en ellas, al hablar de estas cuestiones, sólo dice lo siguiente?....

«Y con estos van no sé cuántos (se refiere á proyectos de reformas militares) desde que toda la buena voluntad y energía del ilustre General que formuló un plan más ó menos perfecto, pero completísimo, de reformas militares, vino á estrellarse con la masa de obstáculos que la pasión política, el despecho, la envidia, la doblez de los unos y la abierta enemistad de los otros, vinieron á oponerle.

»Fracasó, á pesar del apoyo moral que el Ejército le prestaba, apoyo que hubiera podido tal vez revestir otras formas menos correctas, á no ser tanto su patriotismo y espíritu de disciplina; fracasó, desconcertando consigo al caer la situación toda, que desde entonces arrastró lastimosa existencia, pena justísima de los que no supieron ó no quisieron ayudarle. Los que fueron pasando después por el Gobierno, todos alzaron bandera de reformas, proclamando por buenas las que tan rudamente habían combatido, sólo con aparecer ya suscritas por uno de los suyos; pero también se ahogaron en la *marea de cieno* que cada vez sube más, y así todos sucesivamente, hasta hoy, que estamos peor que nunca.»

¿Es esto bastante para formar juicio sobre las opiniones del Coronel, y atribuirle intransigencias personales que no tuvo jamás? Pues qué, ¿porque yo, su sobrino, me haya significado después, y bien contra mi voluntad, en uno de los campos que contienden sobre estos proble-



mas, basta para que ya al héroe de Pancorvo se le cuelgue cuanto pueda convenir á los que discutan figuradamente con él?

No ; y no diga V. que esto es inexacto. Recuerde cuando en *La Época* le hizo sostener que la causa de nuestra derrota en la guerra de 1894 fué el dualismo, para tener V. así el gusto de probarle que eso era una enormidad.

Y ahora tenemos algo semejante. ¿De dónde deduce V. que Santiponce sea acérrimo defensor de las escalas cerradas?

¡Pues qué! ¿No sabe V. cómo me dictó hace seis años un proyecto de ley de ascensos, en el que se establece un turno de elección, con ciertas garantías contra las arbitrariedades del favoritismo?

¿Y no hay en lo que V. propone ahora algo que ya existía en aquel proyecto, cual es la intervención de cada clase en las elecciones de los que á ella pertenecen?

Sólo que V. les hace designar desde luego los que han de constituir la lista de oficiales aptos para el ascenso por elección, mientras mi tío sólo les hacía nombrar algunos vocales del Jurado examinador ; por supuesto, pares suyos : principio que predominó ya en la organización de los Consejos de Guerra decretada en 1875.

Yo no sostendré hoy la excelencia del plan que el Coronel formulara , aunque sigo creyendo que es preciso ir pensando en el medio de estimular la aplicación de los oficiales en tiempo de paz ; pero sí digo que lo que V. propone, tiene, entre otros defectos, el de no resolver nada.

Y voy á demostrárselo. Si las corrientes de la opinión militar se inclinasen á las escalas abiertas, abiertas estarían tales escalas, si no hoy, bien pronto ; pues contra



esas corrientes no hay modo de resistir, y acaban siempre por prevalecer, y en este caso no harían falta tales elecciones *ad usum militianorum nationalibus* (¡perdón, Lebrija!), sino que los altos poderes, en los que se tendría ya confianza, encargaríanse de todo. Pero entretanto que esas corrientes no cambien, y que siga el odio hacia cuanto signifique elección, por el coco del favoritismo, ¿sabe lo que sucedería con el sistema que propone?

Pues que los oficiales, al hacer las listas á que V. se refiere, pondrían sólo en ellas á los más antiguos de la brigada ó división, con lo que el ascenso por antigüedad seguiría prevaleciendo. La presión de los más impondrías siempre; y como medio de no herir á nadie, y sobre todo de evitar compromisos, votarían siempre á los de la cabeza de la escala, excepto cuando las influencias de algún general ó jefe no vencieran esa inflexibilidad á favor de algún paniaguado.

Y en las listas formadas por las clases superiores, ocurriría lo mismo, á no dudar; esto es, que las presiones de lo alto se dejarían sentir con fuerza irresistible.

Poco práctico es el examen público, é insuficiente, por cuanto no da idea exacta de las condiciones del oficial, pero preferible á esas elecciones hechas por él y por el superior. Allí, por lo menos, existe como garantía la publicidad, y además se consigue que los estudiosos trabajen para aventajar á sus compañeros.

Con las listas de elección trabajarían, sí, pero es para mover influencias en todos sentidos y por todos los medios.

Aparte de que, mirándolo bien, en la milicia no hay otros exámenes que las acciones de guerra, ni más borla que la de hilas con que, según Cervantes, doctoran allí al que las frecuenta. Difícil, ó mejor dicho, imposible, es



apreciar todas las condiciones del jefe y del soldado en tiempo de paz, y más aún en un país donde, como en el nuestro, tan deficiente es la organización militar, y no hay maniobras en grande escala ni en pequeña.

En Alemania, donde puede decirse que el ejército vive en absoluto preparándose para la guerra, viviendo casi la vida de campaña, en constantes maniobras, es posible, aunque también de un modo algo deficiente, formarse idea del mérito *militar* de los oficiales. Y aun así y todo, la elección no es discutida ni contestada, porque corre á cargo del Emperador, á quien todos consideran muy por encima de cualquier influencia y pasión ó interés.

Pero aun así y todo, si algún día allá el Emperador cayera en brazos de cualquiera Dubarry ó se entregase á privanzas de menor cuantía, y los grados militares dejaran de ser ganados en las prácticas del servicio, para obtenerse en las antecámaras de la prostitución ó en las gavetas de los favoritos, ya se vería cómo estallaban movimientos de protesta en todos contra tales injusticias, y cómo la defensa contra esos males se buscaría en el cierre de las escalas, en el ascenso por antigüedad.

Y esta no es sólo mi opinión, privada de valer, sino la de algún general que, increpado por sustentar ese criterio, dijo no ha mucho que transigiría con la elección, siempre que á cada empleo otorgado en virtud de ella no saliese aquí todo el mundo gritando *favoritismo*.

Con lo que se prueba que la escala cerrada es una consecuencia de la imposición de los desconfiados y de los indolentes, y, sobre todo, de la falta de autoridad moral de los Gobiernos.

Mientras de éstos sea fácil esperar todo lo malo, y nada bueno, inútil es pedir elecciones bajo ninguna forma. Serán siempre rechazadas por la generalidad.



Y me dirá V. ¿Pero es que el bien del Estado ha de sujetarse á las exigencias de los que le sirven? Si la masa de la oficialidad prefiere esperar cómodamente el ascenso sin hacer más que lo preciso de su deber, ¿es cosa de darle gusto, dejando al mérito sin recompensa, y no utilizar así para los puestos de confianza á quienes mejor han de desempeñarlos?

Razón tiene V.; pero para eso hay que buscar medicinas que no sean peores que la enfermedad. Con las escalas, tal como las teníamos hasta aquí, no se evitaba el mal, pero tampoco permitían dormir bien al enfermo. Por eso se le quitaron tales sinapismos.

Y se dejó que obrara la naturaleza, hasta que se presente una crisis favorable, en la que pueda hacerse uso de algún específico: el que la ciencia de entonces juzgue más adecuado.

Pero mientras esto no sucede, opino que convendrá abrir un poco la mano en la recompensa por los otros medios que el sistema vigente facilita, de todo lo que revele en los militares laboriosidad y talento.

Es forzoso que no se apodere la apatía de cuantos oficiales vayan saliendo de las Academias. Ya sé que en todas las armas hay solo un pequeño número de aplicados entre la masa de buenos oficiales que se limitan á cumplir con su deber, y que sobre esta masa no hay estímulo suficiente para sacarla de su modo de ser y de vivir. En ella tienen ó tendrán siempre su más firme apoyo las escalas cerradas.

Y eso no sólo en las armas principales; en las especiales existe también. Para un espíritu activo, trabajador, hay cincuenta apáticos. Cumplen su deber, son buenos oficiales, no dan nada que decir, y siguen por la vida encarrilados en los rieles del adocenamiento.



Es mal de raza, que lo mismo se ve en las profesiones civiles que en las carreras militares. Los ceros, así los multipliquen por los mayores coeficientes de todas las ciencias, por las matemáticas, por el derecho, por la medicina, siempre darán por producto *cero*. No lo pueden remediar.

Pero esos ceros son de carne y pesan, y tampoco es posible impedir que decidan, al caer sobre uno de los platillos de la balanza, multitud de cuestiones, sobre todo las que afectan á sus intereses. Esta es la fuerza de las cosas.

Por todo eso, los que juzgan ligeramente de ellas, las atribuyen á causas por demás erróneas. Por ejemplo: el general Arteche, el ilustre escritor militar, á quien bien á pesar mío he de aludir en este trabajo. Y esta es la tercera partida de mis cuentas.

El general Arteche, en el número XII de LA ESPAÑA MODERNA, ha publicado una revista sobre el año militar último, muy bien pensada y mejor escrita, pero en la que campea un criterio estrechísimo al juzgar la reciente agitación de los ánimos militares.

De sus palabras se desprende, que en la campaña contra el dualismo, contra la desproporcionalidad en el acceso al generalato, y demás puntos puestos á discusión, inspiraba solo la envidia los ánimos de la oficialidad de las armas principales, y de quienes la apoyaban en la prensa y el Parlamento.

Según dicho señor, de esta envidia nacieron los antagonismos, fomentados por quienes, merced á ellos, adquirieran falsa aureola de popularidad.

Al decir esto el general Arteche, no forja ninguna nueva opinión; sigue la que halla hecha en los campos de la vulgaridad.



Pues no otra cosa es el dar por fruto nuevo los antagonismos, cuando son viejos y muy mucho; sólo que, cual ciertas úlceras que sólo duelen al ser curadas, no hicieron gritar al paciente hasta que se les aplicó el cauterio.

Pero cuestión es esta delicada, y que me propongo tratar más adelante, bien en esta Revista, que tan benévolamente acoge mi actual escrito, ó bien donde halle ocasión. Y la trataré con toda la independendia de criterio que me sea posible.

Hoy sólo citaré dos hechos que demostrarán cuán injusto es el general Arteché al hablar de envidias.

Primero: en las discusiones sobre el dualismo se llegó á pensar en la conveniencia de extender éste á todas las armas. Los oficiales de infantería y caballería no aceptaron tal idea. De ser envidiosos, á buen seguro que tomaran lo que se les ofrecía para igualarlos á los demás.

El segundo consiste en el orden de simpatías que esa oficialidad profesa á la de los cuerpos especiales. No es que se odie á ninguno, no; no hay odios; más ó menos simpatía, y nada más.

Pues bien: ese orden es el siguiente: de menos á más. Estado Mayor, Artillería, Ingenieros.

Estos últimos son verdaderamente queridos por todos. Y eso que de las mismas preeminencias y privilegios disfrutaban, y que por su saber resultan los más dignos de envidia.

¿Por qué, pues, ocupan el primer puesto en esta confraternidad de unas armas y otras?

Porque al mucho valer unen su proverbial modestia. He aquí la principal razón.

JUAN LAPOULIDE,

Director de *La Correspondencia Militar*.



## SECCIÓN HISPANO-ULTRAMARINA



Muerte del Gobernador general de Cuba, y su oportunidad política.— Graves indicaciones de la prensa y del senador marqués de Muros.— Dos problemas ultramarinos.—Trascendencia de su resolución para el Gobierno.—Atrevimientos reformistas del actual ministro de Ultramar.—Ensayos de separación de mandos en Puerto Rico.—Alegato por Cuba.—Un párrafo del escritor Merchan.—Peligroso despacho de los Estados Unidos por el fracaso del Congreso americano.—Otros planes del Congreso que quizá no abortarán.—Artículo de una Revista chilena sobre el arbitraje.—Párrafos del *Repertorio salvadoreño* sobre el espíritu español en América.—Última excitación á nuestro Gobierno.

CON transparente ironía, porque no pareciese tristeza del bien ajeno, ponderaba ha poco el ilustre orador D. Francisco Silvela, desde su escaño de diputado, la buena estrella que asiste al ministerio Sagasta, enumerando casos y cosas que á tal propósito hacían, en el estilo sintético y nervioso que le es peculiar. No había á la sazón acontecido en Cuba la desgracia del general Salamanca, donde los hombres prácticos en la política ultramarina han podido ver, aparte los dolores que la muerte lleva consigo, una demostración imprevista de la feliz estrella del Gobierno, toda vez que las cuestiones pendientes en la gran Antilla habían llegado á



un punto de tan difícil como apremiante solución, y la sensible falta del Gobernador general abre ancho camino para estudiarlas y resolverlas. Pocos rasgos semejantes de fortuna brillan, en efecto, para los Gobiernos en la tormentosa época que atravesamos. Las indicaciones hechas después por la prensa de todos los matices, principalmente las de una carta de la Habana del 8 de Febrero, publicada por el verídico y respetable *Diario de Barcelona*, las hablillas de los círculos políticos, aun aquellos más extraños á nuestra administración ultramarina, y, por último, los discursos en Senado y Congreso de los representantes de las Antillas, han puesto de tal suerte á la orden del día la necesidad de acometer la única reforma que resta ensayar en esos gloriosos restos de nuestro imperio colonial, que todo gobernante de conciencia se hubiera felicitado de que coincidiese tan crítica situación con la vacante del Gobierno general de Cuba.

El señor marqués de Muros, con el asentimiento de algunos senadores americanos, ha llegado á asegurar en la antigua casa de Doña María de Aragón, que hay ya en aquella desgraciada provincia peninsulares que desean su anexión á los Estados Unidos, en vista de los abusos políticos y administrativos que cada día se cometen. ¡Síntoma aterrador! ¡Y si fuera el único ese!

He aquí la causa de que prescindamos hoy en parte de nuestra misión literaria, para volver los ojos angustiosa y brevemente á los dos grandes problemas que en este momento afectan á nuestra nacionalidad y á nuestra reputación de medianos gobernantes siquiera: la reforma del Gobierno superior en Ultramar, y el Congreso de Washington llamado pan-americano, que nosotros llamaríamos con más exactitud *absorcionista*, atentos á que en puridad su tendencia era la absorción de la América la-



tina por los Estados Unidos. El primero puede ser decisivo para nuestro buen nombre como nación colonizadora; puede ser signo visible del aniquilamiento de aquella gran potencia intelectual que produjo las leyes de Indias y tantos monumentos portentosos de sabiduría, en medio de las convulsiones y los trastornos que envolvían á la Europa entera, coaligada principalmente contra nosotros por artes del protestantismo, á quien habíamos sido valladar insuperable desde la liga de Esmakalda. Efectivamente: quien supo mantener intacta la integridad del vasto imperio americano en los dos siglos que duró nuestra decadencia, á pesar del enjambre de filibusteros que por todas partes nos acosaba y combatía, bajo la protección de poderosas naciones, que, como la Inglaterra, llevaron su desfachatez al extremo de otorgar regios honores á algún pirata célebre, daría ahora pruebas de un raquitismo intelectual vergonzoso, de una ignorancia absoluta de las artes del Gobierno, si no acertara á salir con gloria de una situación en que todo depende de su habilidad, y en que, por lo visto, le alumbra buena estrella. El segundo problema á que nos referimos ha de poner á prueba análoga las dotes de nuestros gobernantes. Si no levantan sobre las ruinas del Congreso americano un pedestal indestructible á la fraternidad y á la sólida restauración del espíritu español entre nuestros hermanos de allende el Atlántico, demostrarán palpablemente que desconocen la trascendencia de la nobilísima actitud de las naciones hispano-latinas, y que no son por ningún estilo dignos de ella.

Sin pecar de pesimistas, nos es forzoso inclinarnos por ahora á este último temperamento, al ver que un Gobierno, comprometido por sus principios y sus antecedentes á no vacilar en la aplicación de soluciones, que lla-



maremos liberales, por darles un nombre al uso, que no porque pequen de exageradas ni utópicas, anda tímido y rehacio en acometer la reforma del gobierno superior ultramarino, primera necesidad que aqueja á la isla de Cuba, disponiendo desde luego la separación de mandos; y si admite al fin que se haga un ensayo, designa, según parece, la isla de Puerto Rico, donde menos falta hace, y donde los problemas políticos presentan á esta hora menos gravedad. No es, por cierto, buen indicio de que llegue á ponerse el Gobierno á la altura de las circunstancias para tremolar con mano firme la bandera de nuestra influencia en esa América, que está demostrando más amor y mejor sangre latina que los latinos mismos. ¡Dios sabe que nos hiera esta consideración en lo más hondo del alma, porque deseáramos que aquellos pueblos jóvenes, independientes y viriles, nos hallasen en toda ocasión padres maduros, amorosos y de buen consejo, no abuelos caducos, incapaces, pesada carga de familia.

Y no será ciertamente porque al actual ministro de Ultramar le falte resuello para abordar *cavalièrement*, como dicen los franceses, los más abstrusos problemas ultramarinos, aquellos que á los mismos autores de las leyes de Indias inspiraban pavora, á juzgar por las muestras que nos han legado de sus procedimientos parsimoniosos. Así se preocupa él de las graves cuestiones de estado social, como de las coplas que cantan los ciegos por la calle, y tan hacedero le parece borrar en Filipinas la ley de razas por medio de innovaciones pueriles, que pugnan con la naturaleza de un país donde la indígena no puede ser extirpada ni quizá modificada, y mientras ella exista, subsistirán las divisiones, según indicó ya Escosura, como sujeta la propiedad de los indios á las



mismas reglas y pechos que rigen en Europa, sin que le arredre ni le desengañe el espectáculo que están dando por las calles de Manila los registradores de la propiedad, hechos verdaderos papamoscas, en busca de una Dulcinea que no parece por ninguna parte. Así llevará también el Registro civil á la hora menos pensada, pese á las reclamaciones y á las advertencias que de allá le hacen, pues es Filipinas un país donde el más ciego fanatismo político abre los ojos espantado por las dificultades que la realidad suscita. El ejemplo de D. Patricio de la Escosura, haciéndose allí abogado de la unidad religiosa y del *statu quo* ó poco menos en las cuestiones sociales, es el más ilustre, pero no el único que se puede alegar de la modificación que en Filipinas sufren las ideas. Nada, empero, detiene al Sr. Becerra en el camino que de buena fe cree glorioso, y cada correo lleva reformas y más reformas á Manila, sobre todo cuando traen aparejada la necesidad de crear nuevos empleos, hacer concursos y oposiciones, sustituir funcionarios antiguos, prácticos y útiles, por otros que no lo sean, y recargar un presupuesto que, por lo visto, nada en la abundancia. Hasta médicos de baños van á tener los indios para Sibul, Aguas Santas y Tibi, charcas que por arte de birlibirloque se han convertido en balnearios. ¿Qué dirán cuando no se les permita bañarse á su manera, es decir, cuando el cuerpo se lo pide, pues allí esta operación del remojo no tiene la importancia que en Europa; y qué dirán, sobre todo, cuando les pida el médico dos ó tres pesos por la paleta y el Estado otros dos ó tres por derechos para ellos incomprensibles?

Basta advertir que no sólo á esas aguas minerales, sino á todas las que existen en Filipinas, que son muchas, les falta, para ser balnearios, desde las pilas hasta el techo

:



que libren al bañista del sol y la lluvia, excepto á la de Baños en la provincia de la Laguna, y de esa prescinde por completo el señor ministro de Ultramar, así en su pomposo preámbulo de la *Gaceta* como en su anuncio del concurso médico, para que en todo haya incongruencias y anomalías.

Pero que le hablen al Sr. Becerra, con ser tan reformista y tan liberal, de la separación de mandos, y aunque sean los que se lo pidan los diputados autonomistas de Cuba, á quien quiere como á las niñas de sus ojos, al momento balbucea y la lengua se le hace un ovillo reclamando parsimonia, circunspección, tiempo y prudencia para el estudio de tan grave reforma. Todas las demás son para él sencillas, por lo visto, y de vuela pluma. Hagámosle, sin embargo, la justicia de confesar que ningún ministro ultramarino ha llevado tan lejos sus concesiones en esta materia, toda vez que, según parece, de él ha nacido la idea de que se haga un ensayo en Puerto Rico, á cuyo fin la Comisión de Presupuestos aceptará las enmiendas que en tal sentido presenten los diputados. Verdad es que el Capitán general de la pequeña Antilla, cuya dimisión anuncia el telégrafo en estos días, está próximo á mayor abundamiento á cumplir el tiempo de su mando, y, por lo visto, no han surgido todavía en el Estado Mayor pretensiones que cierren la puerta al envío de un hombre civil.

Porque aquí, aquí es donde está la explicación del contraprincipio fenomenal que presentan los partidos más liberales de España, mostrándose tan dispuestos á destruir en Ultramar lo humano y lo divino, como rehacios en poner mano en la más sencilla, más popular y al mismo tiempo más trascendental y filosófica de las reformas que reclama aquel régimen anacrónico. En la subordinación



de los partidos liberales al elemento militar es donde está la clave del enigma, por esa nota característica, tan común en ciertas colectividades como en ciertos individuos, que los arrastra á ser débiles con los fuertes y fuertes con los débiles. Sabido es que no tiene fundamento alguno legal, ni siquiera carácter orgánico, la designación de los Generales para el mando supremo ultramarino; antes bien, en los mejores tiempos de nuestra historia colonial, togados y hombres de capa y espada fueron elegidos preferentemente, sin preterir, por supuesto, á los que habían mandado nuestros ejércitos con gloria, hasta que las Cortes de Cádiz sintieron la necesidad de poner las colonias á cubierto de los embates que ellas mismas, por otro lado, provocaban, y de aquí nació la corruptela, que no es otra cosa en verdad, de creer vinculada en una clase, ni la primera ni la única del Estado, mandos en que hoy es casi incompatible con los hábitos, las tendencias y las necesidades de la sociedad moderna. El ya citado Sr. Escosura, en aquella de sus *Memorias* que lleva por título *De la organización del Gobierno superior del archipiélago filipino*, no sólo recuerda á su partido que las Cortes de 1837 fueron las primeras en estatuir que las provincias de Ultramar se rigiesen por leyes especiales, sino que propuso ya la conveniencia de que las gobernase un hombre civil, no sin hacer previamente grandes protestas de militarismo, recordando que él había sido artillero, y dedicaba á sus hijos á la gloriosa carrera de las armas.

¿Cómo había de desconocer un hombre de la alta capacidad del Comisario regio enviado á Filipinas en 1862 por el general O'Donnell, que las exigencias de los tiempos iban haciendo más filosófica que nunca la máxima que la invención de la imprenta puso ya de moda en el si-



glo xv: *cedant armae togae?* Aun sin discurrir profundamente entre el don de mando y el don de gobierno, y las circunstancias, los hábitos, las maneras de educación, y, en una palabra, el medio ambiente en que uno y otro se desarrollan, no cabe desconocer que la rara armonía entre uno y otro, con la cual se forma el verdadero hombre de Estado, se compadece difícilmente con el carácter y la educación militar, donde por lo común el más completo desarrollo de la facultad del mando se verifica á expensas de las demás facultades. Tipo acabado y perfecto para nuestra tesis, el general Salamanca, pocos meses antes de morir, hablando con el jefe del partido ministerial, según las curiosas y edificantes noticias de *El Diario de Barcelona*, le decía: «¿No dicen Vds. que el partido es eminentemente gubernamental? Pues si lo es, que se someta á mi voluntad, que soy el Gobierno: que no esté frente á mí, ni á mi lado, *sino á mis pies*». No sonarían probablemente estas enojosas palabras en ninguna discusión militar, ni Salamanca se propondría de seguro imponerse al partido del Gobierno para dar ninguna batalla, ni le tocaría, en fin, el tambor para que oyese la voz de mando y mirase al enemigo frente á frente, sino al contrario, para que cerrase los ojos y los oídos.... Así se manda, pero no se gobierna en el siglo diez y nueve. Desde que hemos enviado á Ultramar tantos hombres de menos cultura todavía que el general Salamanca, no hay en aquellas provincias sino dos clases de personas: seides y rebeldes. Los caracteres, así desconocidos y manejados, ó se irritan ó se prostituyen. Hay que estar á los pies del Procónsul, ó siendo blanco á sus iras. Mientras más razón, más entendimiento y más patriotismo se tenga, mayor peligro se corre. Y esta consideración no es sólo aplicable á los elementos locales é independientes,



sino también á los altos funcionarios que comparten hoy el poder con el Gobernador superior de una manera irrisoria; tampoco escapan de seides ó rebeldes, espectáculo desmoralizador y en aquellos países doblemente peligroso. Recuérdese lo ocurrido al Sr. Urzaiz, nuevo Intendente de la Habana, á quien se exigiría quizá también que estuviese, no al lado, sino *á los pies* del representante del Gobierno.

Si nos fuera permitido abrigar la esperanza de ver al frente de la isla de Cuba á un D. Francisco Silvela, á un D. Germán Gamazo (ya que de los jefes de partido sería inútil esperar tan grande sacrificio), ó á generales de análoga significación y sentido político, no nos tomaríamos el trabajo de encarecer las reformas que con tanta urgencia reclama el estado de aquella provincia, porque todos los sistemas son buenos cuando ejercen el poder hombres superiores; pero la misma esterilidad de nuestro deseo nos es doble acicate para que exponamos al Gobierno con lisura los peligros que en nuestra opinión entraña el temperamento adoptado de ensayar el mando civil en Puerto Rico. Cuando Cuba, por boca de uno de sus más eminentes escritores, que tiene detrás un partido numeroso y potente, con representantes en las Cámaras españolas, nos pide la autonomía política, fundada en razones de gran peso, y aun nos amenaza con una petición colectiva de las repúblicas de América, no darle siquiera esa reforma administrativa nos parece un error que puede tener graves consecuencias. ¿Creéis digno de ensayo el sistema? ¿Creéis que puede remediar los males de un país desquiciado? Pues ¿cuál lo está más que la isla de Cuba, ni dónde podrían apreciarse mejor los resultados del ensayo? En cambio, arrojáis á la hoguera que allí arde emulaciones y despechos; establecéis rivali-



dad entre las dos Antillas.... Era lo único que les faltaba.

También la ocasión parece elegida para empañar la buena estrella de que hablamos al principio, porque desairar á Cuba en estos momentos, es unir al desacierto la inoportunidad. Con razón ó sin ella, parecen allí sobreexcitadas las pasiones por el último Gobernador general, que, al producirles un cruel desengaño, ha de haber hecho un enorme vacío en las filas de los partidarios de España. Á esta luz vemos verosímiles nosotros las indicaciones del señor marqués de Muros, ya citadas, á pesar de su inmensa gravedad. ¿Se comprende bien que, á ser cierto que los españoles más patriotas aceptan hoy como un mal menor la anexión á los Estados Unidos, nuestra causa estaría irremisiblemente perdida en la grande Antilla? ¿Quién responde de que tengamos tiempo de llevar allí el ensayo salvador de Puerto Rico? Entretanto, ¿qué satisfacción van á tener las legítimas aspiraciones de Cuba? ¡Grave error ha cometido el general Chinchilla, cuyas buenas prendas reconocemos, aceptando aquel mando en tales circunstancias! El heredero de Salamanca sólo podía ser una reforma radical en el organismo superior de la isla, como preparación y cimiento de una autonomía prudente, bien estudiada y garantizada.

Por vía de enlace entre este asunto y el Congreso panamericano, copiaremos un sustancioso párrafo del escritor á quien últimamente nos hemos referido, que es el cubano D. Rafael M. Merchán, cuya *Carta al Sr. D. Juan Valera sobre asuntos americanos*, supusimos, en nuestra *Réplica al Dr. Blumentritt*, impresa en Caracas, habiéndolo sido en Bogotá á fines del año pasado. He aquí ese párrafo sustancioso:

«Pero están ustedes en un error si se figuran que tal »sentimiento (la simpatía americana por los cubanos)



» puede sofocarse con tratados comerciales, relaciones  
» literarias ó requiebros de cancillerías. Apenas se anun-  
» cia una tentativa de emancipación, que después resulta  
» rumor falso, la prensa de estos países la acoge como los  
» hebreos la realización de una grata profecía. Miembros  
» de la *Unión Ibero-Americana* de Bogotá han venido á  
» pedirme datos para promover, en unión de las Socieda-  
» des hermanas de América, una solicitud colectiva de  
» todas estas Repúblicas al Gobierno español, en favor  
» siquiera de la autonomía cubana. La obra de la frater-  
» nidad, debe, pues, empezar en la isla. Déjenos ustedes  
» administrar los intereses locales de la provincia ó colo-  
» nia, déjenos siquiera formar sin trabas y discutir nues-  
» tros presupuestos en una Cámara insular (no en las  
» Cortes, donde nos abruma las preocupaciones de los  
» unos y la indiferencia de los más), y será de Cuba de  
» donde saldrá la propaganda más activa en favor de la  
» unión de lo que erróneamente se ha dado en llamar nues-  
» tra raza. Estas naciones lo aplaudirán entonces, y no  
» seguirán pensando, como ahora lo piensan y lo dicen,  
» que si todavía fueran posesiones españolas, estarían aún  
» sometidas al régimen irregular que impera en las Anti-  
» llas; y ya no habrá ocasión de manifestaciones hostiles  
» contra España á propósito de Cuba, porque ya entonces  
» el separatismo no tendrá premiosa razón de existir ».

Se comprenderá mejor el enlace de tales ideas con el Congreso de Washington, recordando bien el origen y tendencias de éste, los antecedentes de su iniciador M. Blaine, fogoso partidario de la independencia cubana, y la circunstancia de haberse presentado recientemente por un diputado norteamericano una proposición para comprarnos la Isla de Cuba, que no por haber sido rechazada pierde su fuerza como argumento de actua-



lidad. Recuérdese también que la reciente revolución del Brasil ha dejado tan aislada la política monárquica en América, que sólo impera ya en nuestras dos Antillas (1). Según indicábamos en nuestra *Réplica al Dr. Blumentritt*, es deber del Gobierno español anticiparse á la contingencia de que estos sucesos influyan desastrosamente en aquél país, como por las muestras acaso están ya influyendo.

Ni nos tranquiliza tampoco, antes nos alarma doblemente, el fracaso del Congreso americano: primero, porque no es tan absoluto, por lo visto, como había anunciado el telégrafo, limitándose el llamado fracaso á la primera proposición, que no por ser la más grave era la única temible para Europa, y sobre todo para España, según ha demostrado ampliamente *El Imparcial* del 4; y nos alarma en segundo lugar, porque el despecho de los fuertes es siempre un peligro para los débiles, y tememos que la resistencia del espíritu hispano-americano á dejarse avasallar por el yankee, engendre alguna otra proposición que las Cámaras de Washington acojan y apadrinen. Indicaciones se hacen y propósitos se apuntan en el párrafo del Sr. Merchán, que hemos copiado, capaces de convertirse para España en un semillero de complicaciones y dificultades. Nuestra manía tradicional de esperar las insurrecciones armadas para vencerlas

(1) La impresión causada en América por ese suceso ha llegado hasta dar por hecha la unidad republicana. Un artículo, muy sensato y bien escrito por cierto, de *La República*, periódico de Santiago de Chile, de 18 de Noviembre del año pasado, no respira gran entusiasmo por la revolución del Brasil, á causa de creer accidentales el articulista las formas de gobierno; pero la aplaude al fin por amor á los principios y por haberse verificado sin luchas ni sangre, concluyendo con estas palabras:

«Al congratularnos de que *toda América sea republicana*, formulemos » votos porque las revoluciones armadas cedan definitivamente el paso » á las revoluciones del espíritu y la razón ».



en el campo frente á frente, puede hacernos en esta ocasión perder un tiempo precioso.

Cúmplenos, entretanto, recordar con satisfacción que fuimos los primeros en la prensa española á dar la voz de alarma sobre las pretensiones de los Estados Unidos, y eso que en Septiembre del año pasado, que fué cuando lo hicimos en esta misma Revista, no teníamos aún cabal noticia del programa de la Conferencia panamericana, ni siquiera había llegado á nuestras manos el número de Julio de la *Revista del progreso*, de Santiago de Chile, donde el Sr. D. Eduardo Phillips trata la cuestión muy á fondo y con datos peregrinos, aunque á la República chilena limitados. Aquella previsión nos compromete á ser ahora más duros con el Gobierno, que, favorecido por su estrella con la oportunísima vacante del Gobierno general de Cuba, ni siquiera para el ensayo de la división de mandos aprovecha tal coyuntura, y las cosas seguirán como estaban, pese á las buenas prendas del general Chinchilla, y así vendrán á ser España y el ministerio los primeros laborantes que ayuden á los Estados Unidos.

Los cuales, Dios sabe si estarán ya sólo en la empresa, pues sobre ser natural impulso de todo pecho americano la esencia de la doctrina de Monroe, M. Blaine en ese Congreso alguna concesión ha de alcanzar para sus planes políticos, y que entre ellos ha de contarse la isla de Cuba, no es para nosotros dudoso, ni lo será para nadie. Aunque ya su proyecto de liga aduanera americana ha sido rechazado, con grande aplauso de Europa, que tarde ó temprano se hubiera visto precisada á romper esa liga á cañonazos, quedan otros por discutir, que si no envuelven tantos peligros para el comercio, pueden ofrecer pretextos á una intervención más ó menos amistosa



en los asuntos de Cuba. *El Imparcial* los enumera de este modo:

«La comisión encargada de fijar los medios de asegurar la paz entre todas las repúblicas, tiene ya terminado su trabajo, con beneplácito, según se dice, de todos los delegados.

» Ninguna nación americana deberá declarar guerra á otra sin someter antes á arbitraje la cuestión que haya producido la disidencia.

» Las contiendas sobre límites se dirimirán todas por el mismo medio.

» Otra comisión tiene proyectado un plan de ferrocarriles que han de enlazar todas las naciones americanas unas con otras. También esta idea se presenta bien acogida por los representantes que han acudido al Congreso.»

Y termina el periódico madrileño con esta oportuna exclamación:

«Lo que sí vamos viendo es que las naciones nuevas y jóvenes son más inteligentes que las viejas. ¿Cuándo tomará alguna nación en Europa la iniciativa para crear el arbitraje internacional á fin de evitar las guerras?»

Á la perspicacia del lector no se ocultará que justamente ese arbitraje americano puede servir de pretexto para causarnos gravísimas complicaciones diplomáticas, al menor trastorno que ocurra en las Antillas; pero apresurémonos á decir, en cambio, que no vemos tan hacendado como *El Imparcial* el triunfo de las intrigas norteamericanas para constituirse en centro y corte de una federación universal omnipotente. Sobre ser todo propósito de universalidad un delirio en el hombre, las razas que pueblan el continente americano abrigan tan profundo odio á los yankees, y aun entre sí se hallan tan dividi-



das, que difícilmente habrá fórmula para traerlas á una acción común que tenga por cabeza al gobierno de la Casa Blanca.

No pueden olvidar esas naciones que durante la guerra de su independencia los yankees se burlaban de ellas, creyéndolas incapaces de conquistar su libertad, apellidando á sus héroes mulatos, cimarrones y otros improperios, mientras sus diplomáticos, que empezaban á hacer figura en las cortes de Europa con la vanidad de demócratas *parvenus*, para ganarse la voluntad de los reyes y políticos de aquel tiempo, hacían gala de despreciar á los demás pueblos de América, sin perjuicio de alentarlos á la rebelión bajo mano. El general argentino Puirredón, en su rarísimo folleto que ya hemos citado otra vez, *Refutación á una atroz calumnia hecha por Mr. Alejandro H. Everett, ministro plenipotenciario de los E. E. U. U. en España*, en el capítulo de cargos que formula contra el diplomático yankee, incluye el de haber comparado á los argentinos, en un documento público y oficial, *con los negros de Haiti* (pág. 4).

También es justamente ese arbitraje el que cree de más difícil realización el publicista chileno, Sr. Phillips, en su citado artículo. Después de aplaudir las reservas hechas por el ministro de Relaciones Exteriores, Sr. Lastarria, al aceptar la invitación para el Congreso, reservas que terminan declarando que el Gobierno de Chile solo discutirá en la conferencia «los problemas sociales y económicos», por cuya virtud piensa atinadamente el articulista quedar descartados «los escabrosos negocios» sobre política internacional», casi en tono de burla trata de la cuestión del arbitraje, exponiendo las doctrinas de los filósofos soñadores de paz universal desde el siglo XIII, para deducir que apenas han evitado alguna que otra



guerra de pequeñísima importancia. Hoy, más que nunca preponderantes esas doctrinas.... entre los soñadores, hemos visto á Alemania arrebatarse violentamente á Dinamarca los ducados, y dos años después la guerra entre Prusia y Austria, y cuatro más tarde la que llevó á los hulanos á París.... (olvida las guerras de la unidad de Italia y la ocupación de Roma por sorpresa).

Cuanto á las que tocan de cerca á su patria, he aquí las mismas palabras del Sr. Phillips :

«La América á su vez ha ofrecido varios espectáculos  
» luctuosos después de las guerras de independencia : las  
» luchas del Paraguay, la contienda de los Estados Uni-  
» dos con México, la con España, y la que después de  
» ímprobos esfuerzos para evitarla nos vimos en el lasti-  
» moso deber de iniciar en 1879 con las repúblicas del  
» Perú y Bolivia. Todos estos sacudimientos armados,  
» que dejan hondas raíces en el espíritu de los pueblos, y  
» que hacen nacer en ellos odios profundos, son precur-  
» sores de sucesos más calamitosos».

Y páginas adelante, haciendo gala del espíritu pacífico que siempre ha demostrado el Gobierno chileno, á cuyo fin enumera varios casos históricos, escribe estas palabras, que con satisfacción repetimos, no sólo porque contrarían el plan norte-americano, sino porque revelan el espíritu independiente y altivo de nuestra raza:

«Pero este concurso práctico que Chile en repetidos  
» eventos ha puesto al servicio de la paz, no significa in-  
» dudablemente que deba aceptar el arbitraje obligatorio,  
» ni mucho menos reconocer la posibilidad de que en esa  
» forma se establezca el arbitramento continental en  
» América».

Así y todo, sería en nosotros imperdonable candidez hacernos ilusiones ó confiar demasiado en la preponde-



rancia del espíritu español sobre las ideas é intereses de la América latina , á menos que coadyuvemos á ellos en la manera prudente y racional que los nuestros al propio tiempo nos aconsejan. Sobre hallarse el españolismo allí, no sólo contrapesado, sino contrariado por otras razas, cuya emigración es más numerosa que la nuestra, y su propaganda intelectual más activa , como ocurre con franceses é italianos, por lo que toca á la política, á la religión y á la filosofía, América atraviesa un período de incertidumbre y de crisis. Pueblo nuevo al fin, y lleno de justas aspiraciones á crearse una civilización propia, está depurando los elementos de las ajenas que ve caducar y consumirse de este lado de los mares. La atrae lo tradicional por su poesía ; la seduce el cosmopolitismo por sus resultados prácticos. ¡Espectáculo tan digno de estudio como fecundo en enseñanzas para nosotros!, se transparenta en un estudio muy notable, publicado recientemente en el *Repertorio salvadoreño* por D. Francisco Gavidia, joven que revela altas cualidades de pensador, cuyo escrito debe leerse con gran cuidado, porque, aparte alguna exageración propia del asunto (es una fraterna á cierto crítico español), que autoriza á la *Unión* de San Salvador de 14 de Enero á decir que los españoles vivimos «entre la Academia y la Plaza de Toros», contiene apreciaciones tan expresivas y alarmantes como estas:

- «.... en política, en sociología, en filosofía, en todas las ciencias, y en literatura sobre todo, la América abandona la idea española y hace rumbo á la idea cosmopolita.
- » El trabajo asimilador de estos pueblos jóvenes, que tratan de romper con la tradición colonial, que es la tradición castellana, toma de la idea francesa, de la inglesa, de la alemana, de la yankee el principio de su civilización.
- » De letras españolas conocemos mucho; pero más de



» letras francesas. No será España la menos interesada en  
 » que no la olviden nuestros 50 millones de hombres.

.....  
 » Mas las nuevas generaciones sienten cicatrizar la  
 » herida: corresponde á la inteligencia española y ame-  
 » ricana formar los nuevos vínculos que hagan de los dos  
 » una sola familia, sustituyendo á la lógica de la fatalidad  
 » la lógica de la Providencia. »

Lo delicado de nuestra situación en América se ve á esta luz perfectamente, como también la necesidad de que nuestros políticos se penetren de que no es hora ya de distingos ni discursos, sino de hechos; hora es crítica y quizá decisiva para el espíritu español allende el Atlántico. ¿Pasará en balde?

Hemos estudiado imparcialmente los términos de los dos problemas ultramarinos que en este momento empeñan nuestro buen nombre y nuestro porvenir colonial, para que el Gobierno se convenza del enlace que tienen uno con otro y de que la reforma del poder superior en Cuba podía ser solución para ambos. El nombramiento ya publicado del general Chinchilla en reemplazo del difunto Salamanca, dificulta pero no hace imposible el ensayo, que es aquel bizarro militar harto discreto y patriota para contentarse con el mando de las armas y ayudar sinceramente al Gobierno á conjurar peligros que todo el mundo prevé menos él. De lo contrario, será forzoso pensar que la buena estrella de que hablaba el señor Silvela no influye para nada en los negocios de Ultramar, donde habrá sido más bien

«Un malévolos planeta,  
 Un signo mal costelado»,

como decía un coplero quinientista.

V. BARRANTES,

*de las Reales Academias Española y de la Historia.*



## LA LITERATURA DE LA SOCIOLOGIA



### I.

**E**L malogrado escritor y filósofo francés, M. Guyau, hace notar, en el prefacio á una de sus obras póstumas (1), que la tarea acaso más elevada en que el siglo XIX se ocupa con persistencia verdadera, es la de poner de manifiesto el lado *social* del individuo humano, y en general del ser animado, lado ó aspecto que abandonara demasiado la filosofía del siglo precedente, merced á la influencia del materialismo de forma egoísta, entonces tan en boga. No es dado desconocer la justicia de la apreciación de Guyau. Hoy por hoy, la solidaridad domina á la individualidad. La vocación más corriente en los sabios les lleva á considerar con una constancia notable todo lo que se refiere á la naturaleza social de cuanto existe. Las ciencias que en nuestros tiempos han logrado un grado de progreso más alto, son aquellas cuyo objeto tiene de algún modo que ver con el aspecto social de la

(1) *L'art au point de vue Sociologique.*



vida. Los fenómenos cuyo estudio se ha hecho con mayor detenimiento hasta penetrar en lo más hondo de su naturaleza, determinando sus leyes, son aquellos que de lejos ó de cerca tienen que ver con lo *social*. De una parte la biología, haciendo notar el carácter eminentemente compuesto y complicado de cuanto vive bajo la forma de la individualidad; la psicología, presentando el mundo de la conciencia como un mundo de asociación, y dilatando los estrechos horizontes en que la encerraba el alma de los individuos hasta averiguar la existencia y definir la naturaleza de los fenómenos psicológicos en los pueblos y en las sociedades; y de la otra el estudio positivo y discreto de las lenguas, de las mitologías, de las religiones, del derecho, de la moral, de la economía y de la política, todo acusa la importancia excepcional alcanzada por las investigaciones de cierto carácter. Á las indagaciones que suponían al hombre como centro de todo conocimiento, considerándole en abstracto, con una existencia sustantiva, independiente, han sucedido las investigaciones que le suponen en una estrecha relación con todo, condicionado directamente por la complicadísima realidad, en medio de la cual vive y se mueve.

El dato más elocuente, por no decir también el más interesante que debe aducirse para mostrar lo que apuntamos, está, sin duda, en la importancia alcanzada en plazo relativamente corto por la rama del saber que A. Comte apellidó *Sociología*. La publicación de numerosísimos trabajos referentes á los asuntos que bajo tal etiqueta se comprenden, y la curiosidad que el estudio de los mismos despierta entre las gentes sabias, son un indicio de que existe una como vocación especial en nuestros tiempos por desentrañar la misteriosa naturaleza de lo *social*. Mas las ideas todas que tuvieron siempre un carác-



ter más sutil é inmaterial, las manifestaciones de la actividad humana que se consideraron siempre como producto inmaterial del pensamiento, las producciones de orden esencialmente espiritual y libres no se conciben hoy cuando se las quiere comprender en toda su amplitud, sino después de haberlas examinado en el aspecto que pudiéramos llamar *sociológico*. La historia en general, concebida á la manera de un Macaulay ó de un Taine, la literatura estudiada como lo hace el mismo Taine, el arte como lo entiende Guyau y Fouillée y lo practican Zola y en general los llamados naturalistas, el derecho investigado por Fustel de Coulanges ó Sumner Maine, Schäffle ó Jhesing, la moral, la religión, en fin, las diversas manifestaciones de la actividad racional del hombre, se consideran siempre desde el punto de vista *sociológico*. La idea en sí misma, concebida en abstracto, no está completa, es necesario verla desenvolverse socialmente. La religión, por ejemplo, aparte de lo que en sí es como cosa *individual*, Guyau (1) la considera como una forma histórica de la *sociedad* del hombre con las fuerzas desconocidas de la naturaleza del hombre con Dios. La religión, por otra parte, explicando el mundo por un acto de fe común, la metafísica buscando un principio de unidad al mundo, *socializando* al hombre con el universo, la moral estableciendo la unión de las voluntades, el derecho regulando la conducta libre, la ciencia afirmando la simpatía entre la inteligencia y el arte, produciendo la comunidad de las sucesivas, aparecen, y así se las considera hoy, como fuerzas de cohesión social, como elementos sociológicos que determinan en un sentido la naturaleza especial de cada sociedad.

(1) *L'irreligion de l'avenir.*



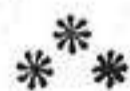
Claro es que al afirmar la importancia del movimiento científico moderno en la investigación del aspecto social humano, no se cree que el problema, en lo que tiene de general, dejase de interesar siempre al sabio. Antes por el contrario, no sólo el conocimiento de la sociedad y sus leyes atrajo constantemente la atención del filósofo, sino que, como luego veremos, hasta el rumbo especial que toman en nuestros tiempos los estudios sociológicos encuentra en lo antiguo valiosos precedentes, que no desdeñan los representantes modernos de la ciencia social. La curiosidad del sabio no podía menos de preocuparse con el fenómeno constante que aparece en el *vivir asociado*; pero procedía entonces, como advierte un sociólogo eminente, al igual que el escultor ignorante, de la composición fisiológica y anatómica del ser mismo que cincela en el mármol. Porque es preciso notar que la limitación de ciertos conocimientos científicos (cuya extensión maravillosa es hoy notoria) impedía que el problema sociológico fuese visto en toda su natural complejidad. Por otra parte, las investigaciones sociales modernas revisten un carácter especialísimo, que sólo en nuestros tiempos adquiere una importancia preeminente. Ese carácter suelen denominarle los sociólogos *positivo*, y nace de los procedimientos empleados en la indagación de los fenómenos sociales, de la extensión enciclopédica que alcanzan los resultados de esas indagaciones, y, por fin, de la intensidad reflexiva con que en las mismas se procede. No fué ciertamente desconocido semejante carácter por muchos de los representantes que la ciencia social registra en su historia; bastará leer algunos pasajes de *La República* y de *Las Leyes* de Platón y *La Política* de Aristóteles, así como citar los nombres de Montesquieu, Condorcet y otros, para demostrarlo; pero no se trata ahora inmediatamente de in-



investigar el alcance que puedan tener las afirmaciones y vislumbres de esos ilustres filósofos: eso vendrá luego. Lo que por de pronto necesitamos dejar sentado es la importancia actual que en lo tocante á la investigación científica alcanza el aspecto social del hombre. Nuestro objeto, por otra parte, circunscríbese á examinar precisamente la más alta manifestación de esa misma importancia, tal como puede apreciarse en las tentativas más ó menos felices llevadas á cabo para sistematizar, ó, quizá mejor, *sintetizar*, lo sabido acerca de la sociedad como orden de la realidad positiva, construyendo con un carácter provisional ó definitivo la *Sociología*. ¿Qué valor tienen esas construcciones filosóficas? ¿Se refleja en ellas de un modo adecuado lo mismo que se quiere reflejar? Un filósofo antes citado, Guyau, llevado de su entusiasmo generoso por la ciencia moderna, afirma que, así como el siglo XVIII fundó la física y la astronomía, el siglo XIX fundará la psicología científica y la sociología. Ahora bien: por lo que toca á la sociología, ¿puede sustentarse esto? Sin que entre en nuestro plan contestar á la cuestión, ¿no será un dato de importancia suma para ello examinar las manifestaciones literarias más notables en las que se resume al fin el pensamiento racional científico? En la sociología, como en todo ramo del saber que presume constituir ciencia, se presentan necesariamente ciertas cuestiones generales, cuyo examen previo y cuya solución son precisos para andar luego con pie firme en la indagación particular de su objeto. Esos problemas, que en un plan lógico forman lo que se llama la *Introducción*, se refieren á la determinación del objeto mismo de la ciencia, á la elección razonada de sus procedimientos, á la investigación reflexiva de sus relaciones, á la apreciación exacta de su necesidad y oportunidad, y, en fin, á la



apreciación enciclopédica de los diversos asuntos que contiene. Spencer (1) ha procurado, antes de investigar directamente la *Sociología*, resolver, si no todas, alguna de esas cuestiones. Lo mismo hizo antes que él Comte, y lo mismo está haciendo hoy Gruef (2). Pero cuando se trata de una rama del saber como la *Sociología*, cuya existencia se discute, cuyo puesto en la gran *Enciclopedia* de las ciencias parece para algunos dudoso que exista, ya por creer imposible de conocer el objeto que en ella se propone, ya por creerlo contenido en otras ciencias, como la psicología y la biología, ya, en fin, por otras razones, antes de proponerse la resolución de aquellas cuestiones previas á que acabamos de aludir, conviene hacer algo como un balance de los conocimientos, examinando los materiales con que el trabajo científico ha contribuido hasta hoy para fecundar ciencia tan debatida. Un *inventario* de los estudios sociológicos modernos más importantes puede ser tarea útil hasta para acometer empresas de mayor empeño, sobre todo si ese inventario se consigue hacer con cierto orden, y sin perder de vista la indudable filiación científica que en medio del aparente caos de opiniones existe.



En el estudio de la literatura sociológica moderna se puede contemplar el curiosísimo desarrollo de un proceso interesante del pensamiento humano. Acaso un positivista, ó, mejor, un *evolucionista*, encontraría ahí un dato más para apoyar la hipótesis de la evolución. Ro-

(1) V. *La Introducción á la Sociología (Introduction à la Science sociale)*.

(2) *Introduction à la Sociologie* (Lleva publicados dos tomos.)



berty (1) lo hace notar con gran claridad. Aparece ciertamente desdibujada y borrosa la *Sociología*, ó, si se quiere todavía, la ciencia social en lo antiguo, y merced al proceso general de diferenciación y de especialización que se verifica en el pensamiento humano, al igual que en el resto de la naturaleza, el objeto de la sociología se va definiendo cada vez con mayor precisión, distinguiéndose á cada nueva fase de sus definiciones sucesivas con una determinación más precisa. Y no importa, para poder afirmar esto, la confusión que reina actualmente para fijar sus límites y señalar su objeto; esto nace de la amplitud y complejidad extraordinarias del problema sociológico y del carácter *enciclopédico* que, como advierte el Sr. González Serrano(2), reviste. Sin discutir ahora la legitimidad con que proceden los que, haciendo *tabla rasa* con el pasado, proclaman la casi absoluta novedad de la *Sociología*, ni debatir tampoco la justicia de los que desconocen en la nueva ciencia toda otra novedad que la del *nombre* y el *método*(3), en el estudio directo de la literatura sociológica moderna, en la evolución á que antes nos referimos, se pueden señalar diversos momentos que aquí conviene precisar. Hay, por de pronto, en la sociología un antecedente histórico, cuya interpretación y cuyo valor no son idénticos para los diversos sociólogos, pero cuya existencia es innegable; una preparación científica, que por una parte promueve la aparición de la sociología con el carácter extremo y radical que hoy tiene, y por otra coadyuva de un modo constante á su formación ac-

(1) *L'Inconnaissable*, Introduction.

(2) *La Sociología científica*, pág. 7.

(3) «Aparece, por tanto, que por Sociología se entiende hoy lo que antes se denominaba *Filosofía de la Historia*, aunque cultivada por la nueva escuela, según un modelo exclusivamente *fisiológico* y experimental; es decir, que lo que tiene de nuevo dicha ciencia se reduce al *nombre* y al *método*.» (V. González Serrano, obra citada, páginas 18 y 19.)



tual, y á las rectificaciones sucesivas de los criterios que presiden á esa misma formación; y, por fin, la manifestación franca y decidida de la nueva ciencia con tendencias avasalladoras, y con pretensiones verdaderamente soberbias, en los libros de aspiraciones sistemáticas y científicas; manifestación cada vez más rica, á juzgar por el número de las producciones literarias que referentes al problema sociológico sin cesar se publican.

En cuanto al antecedente histórico, casi todos los sociólogos que han procurado buscarlo se remontan á Aristóteles. La *Política* del inmortal filósofo griego es el germen de la sociología moderna para muchos. Y, en verdad, si se examina tan hermoso libro y se compara su contenido con el de no pocos libros políticos y sociológicos modernos, desde luego se notará que abarca más materias de las que en buena lógica se comprenden en la *Política*, y que abarca menos de las que es corriente admitir en la *Sociología*. Ahora bien: puestas en su punto las cosas, no creemos descaminado afirmar que bajo el epígrafe de *Política* se comprende por Aristóteles lo que, dada la cultura de su tiempo, podía ser la novísima *Sociología*. No es, sin embargo, por esto por lo que la mayoría de los sociólogos modernos buscan en Aristóteles un precedente. Consistiendo la moderna sociología para ellos en una cuestión de método; resultando, según ellos, su formación de la derrota de toda metafísica, y suponiendo sus afirmaciones una como protesta ó reacción contra las exageraciones idealistas que en Hegel llegan á su más alto grado de exageración, se busca en Aristóteles al filósofo realista y positivo en sus procedimientos. «La ciudad es para Aristóteles, dice Espinas, un producto natural, algo vivo, que conviene estudiar por el mismo procedimiento que todos los seres animados, mediante el



análisis experimental (1).» Por otra parte, en Aristóteles la sociedad es un todo concreto, real, que existe de una manera que pudiéramos llamar natural, y que, como cuanto es natural, está sometido á leyes, y la Sociología moderna tiende también á ser en la sociedad un *ser*, una realidad específica y concreta. ¡Qué extraño es, teniendo en cuenta estas razones, que algunos sociólogos señalen como una especie de restauración del *espíritu aristotélico* las investigaciones de la nueva ciencia! Si continuamos examinando el antecedente histórico y tomamos como guía á uno de los autores modernos que especialmente lo han estudiado, notaremos una tendencia constante á seguir con particular cuidado el especial desenvolvimiento de ese espíritu aristotélico (2). Parece como que la cuestión de la sociedad viene resolviéndose de dos maneras que se consideran opuestas. De una parte, la sociedad es un producto artificial, una concepción abstracta sometida á las leyes de la lógica y que obedece á principios extranaturales; es una reunión de hombres, los cuales la han creado por actos libres de su voluntad. Esta opinión arranca del idealismo de Platón (aunque no en absoluto) y tiene sus representantes genuinos en Hobbes, Locke, Rousseau, Fichte y hasta cierto punto á Kant. No hay que decir que esta opinión es la negación del espíritu aristotélico, y de tal progenie, no diremos que reniegan, pero sí que prescinden (injustamente por cierto) los sociólogos positivistas. Enfrente de ésta, se señala la opinión que considera la sociedad como algo real y concreto, con existencia sustantiva sometida á las leyes generales de la naturaleza. He ahí el espíritu aristotélico puro. No es extraño á esa tendencia el maestro de Aristóteles, Platón.

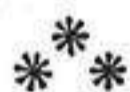
(1) *Des sociétés animales*, pág. 25.

(2) Espinas, obra citada.—*Introduction historique*.



En su diálogo sobre *Las Leyes* hay pasajes que no dan lugar á duda; pero el filósofo de la misma es el autor de la *Política*, y en la historia se señalan como verdaderas piedras blancas del pensamiento en tal sentido á Spinoza (á pesar de su metafísica), á Montesquieu, Condorcet, Quidet, y con grandes reservas y explicaciones al mismo Kant, pero especialmente á Vico, Hegel, y pudiéramos añadir Schelling y Krause (1).

Sin necesidad de profundizar más se admitirá que para penetrar la significación histórica de la nueva ciencia, y poder explicar su constitución en los límites en que hoy se la comprende, no es fácil prescindir de los antecedentes *literarios* que en las obras de todos los filósofos citados se señalan. Con razón afirma el Sr. González Serrano que en la sociología es preciso no olvidar «los valiosos estudios de Vico, Condorcet, Turgot, Herder, Montesquieu, Kant, Hegel y otros muchos (2)». Y esto, sea el que fuere el sentido dominante en la ciencia. Importa poco, en efecto, que la sociología revista un carácter fisiológico ó tienda á armonizarse con las afirmaciones de la filosofía rousseauniana, que de todo esto hay, como luego veremos.



La preparación científica que antes enumeramos como uno de los momentos, ó mejor, como una de las circunstancias de la evolución literaria de la sociología, consiste en los progresos verificados por otros ramos del saber, y los cuales se pueden señalar como causas oca-

(1) V. R. Flint, *La philosophie de l'histoire en Allemagne*.

(2) Obra citada, pág. 18.



sionales de la manera actual de ser del problema sociológico. En verdad, la amplitud y riqueza de detalles técnicos con que en la nueva ciencia se considera el mundo social (prescindiendo ahora del criterio y del alcance trascendental de las investigaciones hechas), no puede concebirse sin los progresos á que aludimos. En este sentido puede afirmarse que la sociología viene á ser como una manifestación de las corrientes científicas generales, tal como puede verificarse en cuestiones tan complejas como las que al aspecto social del hombre se refieren. No se desconoce con esto la influencia que á su vez supone la sociología, favoreciendo el adelanto de esas otras ramas del saber humano; porque al fin, la ciencia toda, como reflejo reflexivo de la realidad, viene á constituirse en un organismo cuyos elementos viven en una constante interdependencia, condicionándose mutuamente en sus respectivos progresos. Mas este punto de vista no es el que ahora importa. Sólo debemos referirnos á aquellos adelantos científicos en los cuales puede verse como el germen de la sociología moderna por una parte, y la condición que determina su desenvolvimiento constante por otra. Puesto que, según notamos ya, esa preparación científica no se refiere tan sólo al momento inicial culminante de la nueva ciencia en Comte, sino que es una preparación científica constante, en cuanto que á ella hay que acudir siempre que se quiera penetrar el alcance de todos los escritos sociológicos.

Especificando los elementos particulares del progreso humano que aprovechan á la sociología, podemos señalar como los más importantes los contenidos en las ciencias cuya formación constituye el más alto timbre de gloria del siglo XIX. La lingüística, mostrando la manera natural de ser y el desenvolvimiento del lenguaje



y señalando sus leyes; la historia adquiriendo un carácter científico después de Hegel y desentrañando las leyes á que están sometidas las diversas manifestaciones de la actividad humana, por ejemplo, con Herder, Macaulay, Michelet; los estudios especiales en averiguación de la primitiva condición del hombre, de la actual condición del salvaje y del origen de las más importantes instituciones, hechos, entre otros, por Tylor, Sumner Maine, Koenigswarter, Giraud-Teulon, Bachofen, Mac-Lennan, Fustel de Coulanges, Lubbock, Morgan, Azcárate (1); el extraordinario adelanto de las ciencias naturales, especialmente de la biología, merced á las experiencias continuadas de Virchow, C. Bernard, Robin, Dubois, Reymond, Vulpian, Bert y otros muchos; las tendencias á constituir una psicología científica, predominantemente experimental, cual puede verse en los trabajos de Fehnet, Lotze, Wundt y tantos otros más, y, por fin, y acaso principalmente, la grandiosa concepción de Darwin, que late exagerada ó rectificada en todas esas ramas científicas especiales: he ahí las diversas fuerzas del progreso humano en lo tocante á sus manifestaciones teóricas, que sin duda alguna preparan y constantemente condicionan la formación de la moderna *Sociología*.

No puede desconocerse que de toda esta preparación científica, á la que con más cariño atienden algunos de los más eminentes sociólogos, es á la que suponen los adelantos y progresos de la biología y de la psicología. De ahí

(1) Los trabajos más importantes de estos escritores, cuyo estudio conviene para penetrar el espíritu de la sociología moderna, son los siguientes: Tylor, *La civilisation primitive*; Lubbock, *Les origines de la civilisation*; Mac-Lennan, *Primitive Marriage*; Morgan, *System of consanguinity*; Sumner Maine, *Ancient Law*; Bachofen, *Das Muttersecht*; Giraud-Teulon, *Les origines de la famille et du mariage*; Fustel de Coulanges, *La Cité Antique*; Azcárate, *Historia de la propiedad*. Puede consultarse el *Tratado de Sociología* del Sr. Sales y Ferré.



esa tendencia parcial y limitada á constituir la sociología con métodos tomados de las ciencias preparatorias, ó todo lo más de las mismas, y también la confusión en que caen algunos, y por virtud de la cual la sociología es un capítulo de la biología. Pero, fuera de esto, es indudable que no se podría llegar á concebir el problema sociológico con la complejidad con que hoy se le concibe, sin las investigaciones verificadas en esas mismas ciencias.

ADOLFO POSADA,

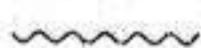
*Catedrático de Derecho político.*







## REVISTA LITERARIA



REALIDAD, novela en cinco jornadas, por D. Benito Pérez Galdós.

### I.

No hace muchos días recibía quien esto escribe una muy discreta confidencia literaria de un notable crítico de Barcelona, acerca de cuyos méritos ya he tenido ocasión de hablar en esta Revista. Varios oportunos consejos venían en aquella carta, y de uno de ellos me acuerdo ahora al comenzar este examen de la última novela de Pérez Galdós, la cual, en mi sentir, representa, en cierto modo, una fase nueva de tan peregrino, fecundo y variado ingenio. Me decía el inteligente corresponsal á quien aludo, que en mis recientes artículos de crítica notaba una tendencia á abrir camino en el gusto español á las novísimas aspiraciones literarias que, sin renegar del *pasado* inmediato, mostraban francamente no satisfacerse ya con la *fórmula* naturalista, y propendían á una especie de neo-idealismo. El crítico catalán no reprobaba este movimiento en general, pero sí lo estimaba prematuro tratándose de España, en donde los vicios tradicionales de otros idealismos, que nada tie-



nen de nuevos, todavía florecen con lozanía, sin que amenace ahogarlos la vegetación realista, que está muy lejos, entre nosotros, de ser tropical ni cosa parecida. Confieso que la advertencia del discreto amigo me dió que pensar, y volví á tener ocasión de meditar sobre el peligro que me anunciaba, cuando, poco después, leía en una nota bibliográfica de Doña Emilia Pardo Bazán, y en un libro de esta señora titulado *Al pie de la torre Eiffel*, ciertas bienvenidas alarmantes y ciertos pronósticos de reacción cristiana, entendiendo el cristianismo y sus consecuencias filosóficas, y particularmente estéticas, como los puede entender la ilustre autora de *San Francisco de Asís*. No cabe duda, por un lado, que es peligroso en España predicar ciertas doctrinas que pueden recordar á muchos que ellos son Júpiter, según el loco de Cervantes; mas, por otra parte, la sinceridad, esa décima musa de la crítica, obliga á no ocultar nada de lo que representa una modificación del propio espíritu, digna de ser tomada en cuenta para juzgar bien el *punto de vista* en que cada día el crítico se coloca; y obliga, asimismo, á reconocer las variaciones del medio espiritual en que se vive.

Pocos días hace, un escritor de los reformistas, Desjardins, examinando el carácter de la poesía de Eugenio de Manuel, hablaba del lirismo judaico que en la inspiración del autor de *Les Ouvriers* resplandecía, y notaba que las corrientes actuales de la juventud literaria coincidían con esa tendencia *anti-ariánica*, con esa tendencia á desprenderse de la retórica del *romanismo*, y á buscar, fuera de la tradición erudita artística, nuevas fuentes de poesía, que nos vuelvan á la naturaleza, en las cuales sea la obra escrita inmediata, directa expresión del alma propia, y no artificio de autor que se observa y se distingue de su asunto en el cual no se entrega,



sino que, superior y extraño á él, se reserva el fondo de su personalidad, ajena en rigor al producto de sus habilidades. ¿Cómo ocultar que esta propensión artística de que habla Desjardins existe, y está generalizada en los poetas, novelistas y críticos de la generación que sigue á la de los llamados naturalistas como Zola, Goncourt, Daudet, etc.?—En el mundo literario domina hoy, y debe dominar por algún tiempo, el arte realista, que, con tantos esfuerzos y entre combates de toda especie, conquistó su primacía; más aún, en cierto modo, la novela social y de *masas*, de instituciones y *personas mayores*, que tiene en Occidente su principal representante en Zola, es algo definitivo, algo que viene á cerrar un ciclo de la evolución literaria desde el Renacimiento á nuestros días; en este punto, es pueril antojo y superficial coquetería de la moda pretender *dejar atrás*, como cosa agotada y que ya hastía, la novela de Zola y otras semejantes. Por lo que toca á las facultades del famoso reformador, los críticos más dignos de estudio, más serios y flexibles entre los que buscan nuevos horizontes, reconocen el mérito excepcional del audaz y poderoso maestro, colocan su nombre entre los pocos de primer orden que señalan nuevas etapas de la historia literaria. Mas, á pesar de esto, y á pesar de no ser, ni con mucho, la novela *épica* de Zola mina agotada, no cabe negar que, en parte por lo que tiene de limitado y exclusivo el naturalismo, en parte porque, no contra sino fuera de esa tendencia, aparecen nuevas aspiraciones, ello es que la escuela de la *experimentación* sociológica, del documento fisiológico, etc., etc., no significa hoy ya una revolución que se prepara ó que ahora vence, sino una revolución pasada, que ya da sus frutos y deja que otras pretensiones, nacidas de otras necesitadas del espíritu libre, tomen po-



sesión de la parte que les pertenece en la vida del arte.

En pocas palabras, las nuevas corrientes no van contra lo que el naturalismo afirmó y reformó, sino contra sus negaciones, contra sus límites arbitrarios. Quedará la novela que un crítico francés llama de costumbres, con nombre nada exacto, pero el arte del alma, que vuelve á reivindicar sus derechos, permanece en la poesía y se restaura en la novela psicológica, que, al revivir, trae nuevas fuerzas, nueva intensidad y trascendencia, porque es claro que no puede ser hoy la literatura *espiritual*, dadas las ideas actuales acerca de la naturaleza del alma, lo que fué en días de puro intelectualismo; como, en general, la metafísica, por cuya aparición hoy se suspira, no podrá ser la tradicional y con tantas fuerzas atacada. El mismo Zola parece reconocer algo de lo que se prepara, y en cierto modo comienza, cuando al contestar á M. Renard, autor de unos notables estudios sobre la Francia contemporánea, le dice: «Ciertamente, yo espero la reacción fatal, pero creo que vendrá más bien contra nuestra retórica que contra nuestra fórmula. El romanticismo será quien acabe de ser vencido en nosotros, mientras el naturalismo se *simplificará* y se *apaciguará*; será menos una reacción que un apaciguamiento, una expansión. Siempre lo he anunciado».

Tal vez con estas palabras de Zola, más ó menos comentadas y con algunas variantes, se pudiera satisfacer á mi buen consejero de Barcelona. Combatir en España el naturalismo, darle por gastado y vencido, no sólo sería prematuro, inoportuno, sino injusto, falso: pero otra cosa es decir de él....lo que, después de todo, este humilde revisitero siempre ha dicho, que era una *fórmula* legítima, á la que había que hacer sitio en el arte, pero que no era única, ni acertada en sus exclusivismos así técnicos como filosófi-



cos, ni otra cosa que la manifestación literaria *más oportuna* en su tiempo. ¿Pasó esta *oportunidad*? Esta es la principal cuestión y la que admite más variedad de conclusiones, según los países. ¿Asoman otras tendencias, más bien que fórmulas, legítimas en sí y oportunas también por el momento? Yo creo que sí. Y por lo que toca á España, donde el naturalismo, lejos de estar agotado, apenas ha hecho más que aparecer é influir muy poco en la *cura* de nuestros idealismos falsos y formulismos inarmónicos, lo más *oportuno* me parece seguir alentando esa tendencia con las atenuaciones que imponga el genio invariable de nuestro pueblo.... y con las que vayan indicando esas últimas corrientes que han de ser, según el mismo Zola, una expansión y un apaciguamiento. Véase por qué talvez no hay tan gran peligro en ir advirtiendo el camino de las nuevas tentativas del espíritu literario fuera de España, y cómo esto es compatible con la obra en buen hora emprendida por muchos, y todavía muy poco adelantada, de ir sacando el arte nacional de las pintadas cascarillas vacías donde muchos insisten en buscar el espíritu, el gran espíritu desaparecido, y que piensan poseer porque tienen, y ya corrompidas, las formas muertas de su cadáver. Lo que hace falta en tan meritoria empresa es, primeramente, no dar por agotado y *gastado* lo que no lo está, y después no confundir vulgares reacciones, bien ó mal intencionadas, obra de la medianía ó de espíritus libres que van y vienen de todo á todo porque ni su corazón ni su cerebro echan en nada raíces, con ese movimiento, simpático en los sinceros y profundos, en busca de nueva vida filosófica, sentimental, y, por complemento, artística.

Por todo lo dicho, y harto más que callo, y de que hablaré en otras varias ocasiones, no veo inconveniente

:



en decir que *Realidad* de Pérez Galdós me ha parecido un reflejo español de esa nueva etapa, á lo menos de su anuncio, á que parece que llega el arte contemporáneo. Es, si no más, un cambio de postura, y en cierto modo un cambio de procedimiento.

\* \* \*

Fuera no conocer á Galdós pensar que puede obedecer este ingenio tan independiente de todo compromiso de escuela, tan espontáneo y original, á ninguna consigna ni á tendencia sugerida por el estudio del movimiento literario extranjero. Galdós, como la mayor parte de nuestros buenos escritores, en algo para bien, en algo para mal, prescinde, al producir, de todo propósito sistemático, y del enlace que el arte nacional puede y debe tener con el de las naciones más adelantadas y dignas de atención en este punto. Tal vez no lee mucho de lo que día por día se produce en Europa; casi es seguro que de crítica y de estética de actualidad lee poco, y se puede afirmar que no hace caso de lo que lea, cuando él produce á su manera, según su plan y propósito. Mas no por esto deja de vivir en el ambiente del arte, ni deja de ser poeta, y poeta de su tiempo, y así se explica que más de una vez él, espontáneamente, sin relación con nadie, haya llevado su novela por los caminos que empezaban á pisar autores extranjeros, de los que Galdós poco ó nada sabía.

Un crítico francés acaba de decir, y es probable que Galdós no lo haya leído: «Una novela es, más ó menos, un drama que va á dar á cierto número de escenas que son como los puntos culminantes de la obra. En la realidad, las grandes escenas de una vida humana vienen prepara-



das de muy atrás por esta misma vida.... Del mismo modo ha de suceder en la novela.... La novela psicológica tiene por rasgo característico lo que puede llamarse «la *catástrofe moral*».

El que haya leído *Realidad*, podrá recordar que las palabras copiadas parecen haber sugerido á Galdós la forma y el desenlace de su última obra. Y, sin embargo, casi me atrevería á asegurar que el insigne novelista no pensó ni en ese ni en otro estético al trazar el plan de su libro.—Él, sin necesitar que nadie se lo dijera, vió que la novela que otras veces escribía y mostraba al público podía ahora ahorrarla, pensarla para sí, y dejar ver tan sólo el *drama* con sus escenas *culminantes* y su *catástrofe moral*. Así, *Realidad*, sin dejar de ser novela, vino á ser un drama, no *teatral*, pero drama. Galdós prescindió de la descripción que no cupiera en las rapidísimas notas necesarias para el *escenario* y en los diálogos de sus personajes, como prescindió de la narración que no fuese indirectamente expuesta en las palabras de los *actores*. ¿Quiere esto decir que el autor de *Fortunata y Jacinta* reniegue de la pintura exacta y de pormenores significativos, ni de la narración que para tantas maneras del arte es indispensable? De ningún modo. Galdós volverá mañana á sus procedimientos inveterados, como Zola, después de *Le Rêve* vuelve á sus *Bestias humanas*, que no sirven más ni mejor á la *tesis* del novelista que *Le Rêve* mismo, como Brunetière, justo en esto, tuvo cuidado de advertir. En la forma que Galdós ha dado á *Realidad*, y que es lo que más ha llamado la atención, porque es cambio aparente que todos notan, no está la novedad, relativa, de su obra. La novedad está en que hay aquí como parte exotérica y parte esotérica; y mientras el drama exterior que se ve en la *Incógnita* y en el aparato dialo-



guístico y escénico de *Realidad* es lo notorio, lo que aprecian todos, el verdadero drama de la obra, el conflicto psicológico y la *catástrofe moral* están en aquellos elementos de *Realidad*, que acaso señalan, hasta ahora, el grado más alto á que ha llevado Galdós sus estudios de almas; en aquellos elementos que justamente menos sirven para el drama realista, aunque no sea de teatro, los puramente espirituales que el autor, por culpa de la inoportunidad con que escogió la forma cuasi-escénica, tienen que mostrarnos casi siempre por medio de soliloquios y discursos fingidos del alma consigo misma, que son en gran parte artificiales, puestos *retóricamente* en boca de los personajes.

Concretaré más el punto de lo que yo creo novedades en la novela de Galdós. Decía Turguenef que la novela necesitaba examinar tres capas sociales en los caracteres: la primera, la de los hombres superiores, de alma grande, excepcional, por un concepto ó por otro; la segunda, la de la gran multitud de los tipos medios que no se distinguen ni por su elevación ni por degradados y deformes; y la tercera, la capa ínfima, la de los pobres seres que están por debajo del nivel normal, los depravados, los menesterosos. Añádase á esta teoría, ó combínese con ella la de Bourget, según la cual, la novela de *costumbres*, la *social*, la que pinta los *medios*, una clase entera, una profesión, debe escoger los tipos normales, los de la segunda capa de Turguenef, porque sólo estas medianías representan bien lo que el autor se ha propuesto estudiar y expresar, mientras la novela psicológica, la que atiende al carácter, necesita siempre, según Bourget, referirse á los extremos, á una de las otras dos capas que indica el escritor ruso, á los seres excepcionales en los que no se estudia un término medio de su género,



sino una individualidad bien acentuada, original y aparte. Pues bien: Galdós casi siempre ha escrito la novela social, no la fisiológica, y en la novela de costumbres ó de *grandes medios* ha seguido, por propia inspiración, la doctrina que para casos tales huye de los tipos de excepción superiores ó inferiores al nivel general. Por esta cualidad, casi constante, el autor de *La Desheredada* ha ganado entre la gran masa de lectores sin prescripciones escolásticas la fama que tiene de *natural* y *verdadero*, y también á esa conducta debe que algunos, poco expertos en estas materias, aunque titulados críticos, le hayan tachado de prosaico y vulgar, y hayan hablado de cansancio de imaginación en el fecundo poeta de los *Episodios Nacionales*.

Mas deja ahora nuestro autor, por una vez á lo menos, la vía ordinaria, y aparece la verdadera novedad á que aludía. Galdós trata hoy asuntos de psicología principalmente, novela de carácter, y dentro del carácter novela principalmente *ética*; y, también por propio impulso, sigue la regla señalada atrás; es decir, escoge, no tipos medios, sino personajes de excepción, superiores, á su modo, como lo son, sin duda, Tomás Orozco y Federico Viera.

Pero esto es lo esotérico, lo que sabe el autor, y lo que llegan á saber los lectores que atienden á los soliloquios de Tomás, Federico y Augusta, no lo que sabía el *Corresponsal* que escribe *La Incógnita*, ni lo que dijeron los periódicos que iba á ser la novela, ni lo que pueda parecer al distraído que juzgue por el aparato, el *escenario* y los detalles que acompañan el *drama íntimo* de *Realidad*. En este punto, la originalidad de Galdós no tiene ejemplo, que yo recuerde. Ya veremos que, en parte, paga cara esa originalidad.—La cual no consiste en



*volverse* hacia la novela psicológica y á los personajes superiores, de elección, sino en hacerlo así.... y parecer que no lo hace. Galdós no sólo nos ha hecho ver que en el mundo no todo es vulgaridad, ni todo se explica, *como siempre*, por los móviles ordinarios; no sólo nos ha hecho ver la novela de *análisis excepcional*, como legítima esfera del estudio de la realidad, sino que nos ha demostrado que esa novela puede existir.... debajo de la otra; que muchas veces donde se ha presentado un estudio de medio social vulgar, puede encontrarse, cavando más, lo singular y escogido, lo raro y precioso.

En efecto: en la *Incógnita* y en la *superficie* de *Realidad*, parece que se trata de una novela realista más, del género de las que estudian materia social: aquí el asunto era la opinión pública apasionada por la crónica del crimen, erigiéndose en tribunal, y dando una en el clavo y ciento en la herradura. Todas las soluciones que el vulgo presenta en la *Incógnita* al crimen de que fué víctima Federico Viera son *verosímiles*; todas se basan en la idea corriente de que las cosas suceden como *suelen* suceder, tienen las causas que *suelen* tener. Inconscientemente la opinión acostumbra aplicar á los fenómenos sociales la ley de Quetelet, pero la aplica á deshora y se engaña muchas veces. La equivocación del vulgo es la parte de novela de costumbres que hay en esta obra; pero queda lo que había debajo, lo que no podía ver ni calcular la plebe, lo que nosotros vemos ahora en los soliloquios de Federico, de Tomás y de Augusta, y en los delirios de todos ellos.

El autor pensó, probablemente, que para mostrar este doble fondo de la acción en su sitio, sin digresiones ni contorsiones del asunto, sino de modo inmediato, que produjera el efecto estético del contraste de la aparien-



cia y la realidad, lo mejor era recurrir á la forma dialogada.... más el monólogo. En lo que Viera, Orozco y Augusta hablan con el mundo, y aun en mucho de lo que hablan entre sí, estará, pues, el drama exterior; pero en lo que piensan y sienten y se dicen á sus solas, cada cual á sí mismo, y algo á veces unos á otros, en todo esto quedará el drama interior, el que mueve *realmente* la fábula, el que se refiere á los grandes resortes del alma. Véase, pues, señalada la oposición de lo que parece y de lo que es, recordando los dos extremos de esta cadena de fenómenos. Un perdido aristócrata, un degenerado de la sangre azul, lleno de deudas y de infamia, aparece asesinado de noche en un barranco de las afueras. ¿Quién es el asesino? ¿Por qué lo ha sido? Federico Viera, un soldado fiel de los deberes en que cree, se mata porque no puede transigir con la vida cuando esta le pide transacciones á la conciencia. Mientras el populacho de calles y salones busca solución al problema del crimen en los motivos vulgares de estos actos, y mezclándose con la acción de esta especie de *coro* de la opinión pública, un drama puramente *ético* pasa ante los ojos del lector, abortido en aquellas escenas semi-fantásticas, en que hablan á solas las conciencias ó hablan con las sombras de otros personajes.

El resultado que, á mi parecer, el autor buscaba, se logra así; los dos *dramas* marchan juntos, rozándose en una especie de superfetación muy expresiva del propósito del novelista: sirva de ejemplo de esta transparencia estética del intento artístico, la escena en que Viera, ya casi loco por sus combates morales, entra en un teatro, y encuentra á Orozco, y habla con él de sus males y apuros. La trivialidad del paraje y de la ocasión son antítesis, así como todo el aparato vulgar del diálogo,



de la gravedad y excepcional importancia del *fondo moral* en que los personajes están interesados: tanto mejor se ve esto, la mezcla constante, y á veces indiscernible, de lo común, insignificante, vulgar y ordinario, con lo crítico, singular, culminante y escogido y extraordinario, cuanto más se atiende á la comparación de esa escena real, de ese diálogo positivo en el teatro, entre Viera y Orozco, con las escenas puramente fantásticas del cerebro de Federico nada más, en que la sombra de Tomás se le aparece y le habla. Para Federico, la realidad llegará á confundirse con la visión, y así, más adelante, llegará á creer que Tomás se le apareció.... en el teatro.— Todo eso está muy bien, y coadyuva al buen éxito del intrincado propósito del novelista; pero, á mi juicio, lo mismo que le sirvió para triunfar, le perjudicó en otro sentido.

Lo más interesante, lo principal, lo más hondo de *Realidad* está en los soliloquios, en lo que se dicen á sí mismos, á veces sin querer decírselo, los principales personajes. Pues bien: esto resulta un esfuerzo casi humorístico, una forma convencional excesiva, que quita ilusión al drama, y, por consiguiente, fuerza patética, y hasta algo de la *verosimilitud formal*, al claudicar la cual peligra también el fondo mismo del estudio psicológico. Por eso no me extrañará que alguien, que no se pare á considerar todo lo dicho, crea que hay falsedad, capricho puramente ideal, abstracción y frialdad consiguiente, en esos mismos caracteres que, *intrínsecamente*, están, sin embargo, bien observados y bien *experimentados* (1).—En mi sentir, á pesar del atractivo que ofrecía

(1) Sabido es que Zola lleva á la novela la observación y la experimentación. Esta última ha sido muy combatida; tal vez con más fuerza lógica que por nadie, por nuestro Valera y por Guyau. Los argumentos de uno y otro se estudiarán aquí otro día; pues yo, en cierto sentido, sigo creyendo en la *experimentación* artística.



para esta novela la forma dramática con el contraste significativo de lo que se dice y lo que se calla, debió haberse renunciado á tal ventaja para lograr otra más sólida y duradera.

La psicología en el drama, ó en cuanto afecta sus formas, tiene que ser *sumaria*, sintética (en el sentido poco exacto, pero corriente, que se da á lo sintético), y sólo algunas veces el genio de un Shakespeare logra mostrar detrás del velo transparente de un rasgo dramático toda una perspectiva psicológica, la historia de un alma. Es vulgar ya esto: para el teatro, y aun para el drama en general, no sirve el análisis, el estudio detenido, con su serie de *petits faits* que nos dan la vida de un espíritu humano. Cuando el teatro, el moderno principalmente, aspira á entrar en estos dominios de la novela,—ante todo suele salir mal librado,—y en lo que acierta, acierta mediante no muy legítimos expedientes, como v. gr., los monólogos excesivos, las escenas *casi iguales* repetidas, las trasmutaciones violentas, el tiempo atropellado, etc., etc.—Como la *forma* dramática no es una *creación* artificial, sino una verdadera creación, es decir, cosa de la naturaleza del arte literario, lo que vaya contra las leyes radicales de esa forma, nótese bien, irá, si dentro de ella se mueve el poeta, contra la *naturaleza misma del arte, contra la virtud artística del mismo fondo que se expresa* (1). No importa que, por prescindir de la preocupación escénica, del teatro, del espectáculo, se crea el poeta libre para hacer lo que quiera dentro de la forma dramática; los límites de esta subsisten, aunque ya en otra forma que dentro de las tablas; el

(1) Los dramas de Renan, que tanto suelen valer en cierto respecto, pierden de valor estético por lo mucho que pecan contra la naturaleza de la poesía dramática, á la cual llegan para profanarla.



drama, ó será una cosa híbrida, ó seguirá siendo siempre *imitación del teatro*, más ó menos fiel, porque el *teatro* se hizo para lo esencial en la forma del drama. La misma unidad de tiempo, no entendida groseramente, es natural en el drama por la índole *crítica y sintética* de éste.

Ahora bien: va contra el drama y *contra el fondo* artístico que con él se expresa, el arrebató de la ilusión de realidad mediante el *absurdo plástico* de presentarnos el anverso y el reverso de la realidad en un solo plano: el de la *escena*. El drama nace justamente de necesitar el espíritu comunicar con sus semejantes mediante el cuerpo, mediante la palabra, y en ésta siempre es cosa distinta el alma que la expresa, y guarda otras, y el verbo comunicado. Así como la *hipocresía* es un privilegio humano, así el silencio, que es un velo del alma, es otra *hipocresía* privilegiada, y con ella se cuenta en la vida; y por saber esto los hombres, que una cosa es hablar y otra pensar y sentir, son sus relaciones como son, y han dado la forma que tiene al *elemento real* que lo *dramático* imita.

De la negación de todo esto, aunque sea intencionada, maliciosa, resulta una falsedad, que si hay tal intención, da á lo producido aspecto de arabesco humorístico, y si no la hay, acusa falta de habilidad en el artista. Aquí, en *Realidad*, hay esa intención, y bien acentuada, y por eso el lector no acaba de tomar en serio el libro por lo que respecta á la forma, y por eso hay el peligro de que tampoco el fondo se tome con toda la seriedad que merece.

CLARÍN.



## EL ARTE EN ESPAÑA

---

**E**L eminente artista sir Federico Leighton, presidente de la Real Academia de Pintura de Londres, en sesión celebrada el día 10 de Diciembre próximo pasado para repartir los premios adjudicados á los discípulos más distinguidos en las distintas clases que tiene establecidas esa Institución, ha leído un discurso acerca del Arte en España, en mi entender de importancia suma para cuantos siguen con amor y atentamente la interesante y complicada evolución de los sentimientos estéticos de cada pueblo, encarnados en esas excelsas producciones de la actividad humana, que, por su intrínseco valor, ó por su origen y asociaciones, son el principal ornato y encanto de cada comarca, y con legítimo orgullo ofrecidas á la contemplación de cuantos se interesan por lo que se denomina Bellas Artes, pero de especialísimo y mayor interés aún para todos los españoles que se ocupan en estos estudios ó tengan aficiones artísticas, ó aprecien, cual es debido, las glorias de su patria.

El insigne pintor traza á grandes rasgos la agitadísima historia de España, diferenciando los distintos ele-



mentos étnicos que constituyen la familia española. Bosqueja las extrañas condiciones climatológicas y geográficas que caracterizan diversas regiones de la Península Ibérica ; aprecia las variadas y especiales cualidades del carácter español, y, por último, al analizar las manifestaciones de las Bellas Artes en España, relaciona su gradual desarrollo con los múltiples elementos que han contribuido á darles concretas formas.

Á mucho de lo que afirma el digno presidente de la Real Academia de Londres asentirán los más, sin género alguno de duda. De algunas apreciaciones suyas, acaso disienta alguno ; pero sus asertos dignos son todos de fijar la preferente atención de los entendidos y aficionados, y sus opiniones, severas á veces, pero siempre con cortesía expresadas, son tan originales en determinados casos, y están constantemente con tanta lucidez expuestas, que si por ventura no lograrse universal aquiescencia, serán, por lo menos, causa sugestiva en la mente del lector reflexivo, y acaso origen de nuevas y de más profundas apreciaciones del Arte español.

En la creencia de hacer un servicio á quienes no puedan leer este discurso en el original, y con la debida venia de su autor, ofrezco su traducción á los lectores de esta Revista.

GUILLERMO MACPHERSON.

\* \* \*

Señores :

En anteriores discursos hemos examinado de qué manera las condiciones materiales, morales é intelectuales de un pueblo influyen en el curso de sus producciones artísticas ; y, como recordaréis, Italia fué el país de que tratamos la última vez que nos reunimos.



Propóngome hoy ofreceros algunas reflexiones acerca del arte de un pueblo ligado en determinada época estrechamente con Italia, y que constituye, juntamente con otros, ese grupo que se ha dado en llamar «Raza Latina»; es decir, del pueblo español. Y digo que se ha dado en llamar «Raza Latina», porque considero que semejante denominación es, hasta cierto punto, impropia, y en este caso más que en ningún otro.

Es muy cierto que el país de los celtíberos, tras tenaz y prolongada resistencia, fué subyugado por Roma; que este país cedió á sus leyes, que asumió la lengua de sus conquistadores, y que absorbió, sin duda alguna, considerable sangre romana.

Aceptó su civilización, que, á su vez, enriqueció con recíprocos dones de su genio; con la sabiduría de Séneca, con la canción de Lucano, con la elocuencia de Quintiliano; y Bílbilis, que dió á los soldados de Roma las espadas de más cortante filo, dió también acerado temple al ingenio de Marcial.

La conquistada España, andando el tiempo, amos dió á sus amos. Hijos suyos fueron Trajano y Adriano, y sangre española corría por las venas de Marco Aurelio. Pero cualesquiera que fuesen los rasgos característicos de la raza que ocupaba el suelo de España antes de que el Imperio de Occidente cayera desmoronado, el pueblo que en el siglo xv apareció en el escenario de la historia como unidad política, bajo el reinado de Fernando é Isabel, conservaba, á juicio mío, sólo débiles vestigios de su parentesco latino, y presentaba, como veremos más adelante, marcado contraste con el pueblo italiano de aquella misma época.

Ni debe este hecho sorprendernos, que rara vez se ha constituido una raza, si es que se puede considerar como



raza única á la española, de elementos más heterogéneos. Veamos cuáles eran. Los más antiguos habitantes que reconoce la historia son los iberos. ¿Quienes eran estos iberos? Si son ó no son idénticos á la raza cuyos descendientes habitan hoy las Provincias Vascongadas, cuestión es de sumo interés indudablemente, pero que, á dicha, no nos incumbe dilucidar.

Baste á nuestro propósito saber que, en remotos tiempos, los que ocupaban la Península llevaban ese nombre, y que forzoso nos es considerar que el Ibero es elemento común subyacente á las diversas amalgamas que conjuntamente constituyeron la Nación española. Agregóse á esa base en época temprana y en toda la extensión de España, excepto en su parte oriental, mezcla abundante de sangre céltica, mientras que griegos, fenicios y cartagineses aportaron extraños elementos á las provincias orientales y meridionales; Roma, á su vez, dominó el país con fuerte mano, absorbiéndolo y conquistándolo para su Imperio, y mantuvo el impuesto yugo hasta el siglo v, época de la colosal emigración germánica que tan profundamente ha modificado la constitución étnica de Europa.

En este período los visigodos, raza guerrera, en su marcha al Sur, invadieron á España; y, arrollando gradualmente la paralizada influencia de Roma, se asentaron firmemente sobre el suelo español. Fundóse entonces poderoso Estado que comprendía la mayor parte de la Península y gran extensión del Sur de Francia; Estado que tenía por sitio real á Tolosa, y á Toledo por centro de la política española. Con el advenimiento de esta raza gótica comienza la moderna historia de España, y en su unión con los celtíberos hallamos la fuente de mucho de lo que es distintivo del carácter español, cual nos lo revelan las edades subsiguientes.



Bajo los reyes godos el fanatismo y la intolerancia surgieron y crecieron sin freno, y se echaron los anchos cimientos sobre los cuales pudo más tarde levantarse el edificio de la Inquisición. Bajo ellos desarrollóse también ese carácter altivo y suspicaz, que, convirtiendo á cada cual en enemigo de su prójimo, llegó á ser con el transcurso de los siglos maldición de ese pueblo heroico. Agregóse, además, otro elemento al rico compuesto de la raza española, suministrado por esas tribus árabes, que, invadiendo el territorio español cuatrocientos años después de los godos, se extendieron de una vez y sin resistencia, cual marea creciente, hasta que en breve cubrieron con sus olas todo el país desde el Mediterráneo hasta las montañas de Asturias. Conquista preñada de trascendentales resultados; pues mientras que el reino fundado por los moros vertió durante los primeros siglos de su prosperidad la luz de su cultura extraordinaria sobre el mundo, de quien era el asombro, y conservó viva para las modernas naciones la antorcha del saber antiguo, fué también, en el palenque de la feroz lucha promovida para sacudir el impuesto yugo, la fragua en donde se fundió y acrisoló el carácter español. Lucha que comenzó casi al siguiente día de fijarse el límite septentrional de la monarquía árabe, pues la marea, que, en una ocasión sola, arrastró consigo la dominación árabe desde el Guadalete al valle de Cangas, aunque por luengos siglos persistió con alternativos flujos y reflujos, fué de corta duración; y la guerra emancipadora, en la que el español jamás ni cedió ni se detuvo, duró más de setecientos años, y contempló la primera heroica hazaña el séptimo de la batalla dada en los llanos donde hoy crecen los viñedos de Jerez. Saliendo de la cueva de Covadonga, el godo Pelayo, en ese año y en memorable día, lanzóse con un puñado de



valientes sobre las huestes árabes, rompiendo el primer eslabón de la cadena que esclavizaba á España. Dada ya la señal para la lucha, á la sombra de su enseña, guerreros en tropel acudieron á las armas, y se formó con esto el núcleo de un Estado generador. Vióse el nieto de Pelayo señor de un reino que se extendía desde Galicia al Duero, Estado que en el transcurso de dos siglos se fué ensanchando hasta constituir el reino de León, engrandeciéndose aún más en el siglo XIII por su unión con Castilla bajo Fernando el Santo. De qué manera en el siglo XV Castilla y Aragón, los dos Estados más poderosos de la Península, se unieron por medio del casamiento de Fernando é Isabel, inútil es hablaros. Inútil también manifestaros que el primer fruto de esta unión fué la expulsión definitiva de los moros, remate de la trabajosa, larga y sangrienta empresa emprendida para la emancipación de la patria. Y aquí notaréis, sin duda, una de las primordiales causas de esa profunda y radical diferencia que separa el carácter de la civilización de Italia del de la España. Italia experimentó, en no menos grado que España por cierto, intestinos feudos; pero mientras que la historia de Italia, durante el período de su más excelsa vitalidad intelectual, es, á pesar del ínclito valor de sus hijos, triste historia de continuadas invitaciones al extranjero, y crónica, por lo tanto, fatal para la conciencia nacional, la de España, por el contrario, es, hasta fines del siglo XV, conjunto de gloriosos anales de una lucha prolongada, austera y por fin triunfante, sostenida por siglos para sacudir el yugo del extranjero. Historia en la que la conciencia y el orgullo nacionales van cada vez adquiriendo más grandeza y mayor intensidad.

Pero volviendo al dominio de los árabes. No era de esperar que pueblo de tanto brillo y tan caballeresco



hubiera dejado tras sí otras huellas de su dominio y permanencia que los carcomidos muros de sus mezquitas y palacios; y en verdad que las señales de su paso son múltiples é indelebles. Infinitas palabras árabes enriquecen la lengua española, y el nombre mismo del gran héroe nacional, Rui Díaz de Vivar (Cid), fuéle puesto por labios moros.

Dondequiera que en España el agua bienhechora cubre como red de plata la superficie de la tierra, dondequiera que los molinos aprovechan las corrientes de los arroyos, allí reconoceremos la laboriosidad y el ingenio del moro. En Andalucía, evidentes señales de sangre mora contemplamos en el pueblo, ya en sus flexibles y graciosos movimientos, ya en el brillo oriental que vivifica su poesía. En ese jardín de las Hespérides, el cante extraño y plañidero, el baile fascinador y serpentino, trascienden aún á espíritu oriental. El jazmín todavía adorna los aromados patios de Córdoba, y el clavel, que es en Oriente el alma del ornato, aparece en las estrofas de los cantadores andaluces cual típica flor de la belleza.

El musulmán trajo y legó al español el hábito de dar limosna y el trato cortés hacia el mendigo. Trajo también otros dones, la tolerancia religiosa y el amor al baño; pero, por desgracia, no consiguió echar raíces en España el primero de estos dones.

En el arte dejaron los árabes tras sí abundantes vestigios también. En arquitectura, numerosas formas y distintivos árabes quedaron en España. El ajimez, v. gr., que es tipo de maravillosa elegancia. Los profundos arquitrabes de sus puertas rematadas en circulares arcos; sus ensamblajes, su manera de emplear el yeso, el uso decorativo de los azulejos, y, en resumen, hasta ese nuevo estilo, el mudéjar, resultante es de la combinación de

:



formas árabes y cristianas. Hay que tener en cuenta, no obstante, el hecho extraño de que todo lo que fué absorbido por Andalucía de elegancia y de encanto oriental, halló escasa simpatía en el arte verdaderamente español. Ese espíritu de exquisita brillantez que informa toda obra árabe, jamás fué aceptado por el artista genuinamente español.

Ahora bien: siendo los elementos componentes de la raza española, cual ya he indicado, y los hechos cardinales de su historia evolutiva los que en breves palabras os he expuesto, veamos cuál fué el carácter nacional que estas circunstancias engendraron, y de qué manera influyó este carácter en el desarrollo general de la cultura española.

Al estudiar la España cristiana tenemos que diferenciar, á grandes rasgos, dejando á un lado á los andaluces, otras dos ramas de muy opuestos caracteres. Los castellanos, la raza dominante, y los catalanes, gente varonil y celosa (aun hoy) de la individualidad de su raza, en cuya formación se combinaron menos elementos célticos, y más púnicos y romanos con el tronco ibero, que en la formación de las demás ramas de la familia española. Estuvo el catalán por largo tiempo unido políticamente con sus vecinos al Norte de los Pirineos, con quienes poseía literatura y costumbres comunes, y de las que aún subsisten vestigios en los «Jocs Florals» de Valencia, lid poética que data de remota fecha, y en la que las flores son los trofeos del vencedor.

Una de las diferencias principales que separaban en espíritu á este pueblo, cual si fuera por ancho golfo, de sus vecinos los castellanos, no debe sorprendernos, considerando que se hallaba dotado de sangre cartaginesa.

La diferencia á que aludo es esta.



Mientras que para el castellano el comerciar era indeleble mancha de deshonor, para el catalán el negociar era la primordial ocupación.

Los catalanes compraban y vendían; y tan lejos estaban de imaginar ignominioso su comercio, como los negociantes italianos del otro lado del Mediterráneo, que, juntamente con ellos, explotaban los mercados de Alejandría, y ofrecían al mundo, sin ocurrírseles que cupiera en ello incongruencia, sedas y lanas al par de Dantes y Miguel Ángeles.

Heme referido ya á determinadas circunstancias históricas, que contribuyeron á forjar el severo carácter castellano; pero no es allí sólo donde hallaremos sus únicas fuentes; pues si bien es verdad que en pueblo ninguno ejercieron mayor influjo las corrientes de su historia durante el curso de los siglos, también lo es que raza ninguna desde sus comienzos fué más determinadamente moldeada por ambientes circunstancias materiales que lo fueron los habitantes del centro de España.

Fijémonos en estas condiciones. Contemplad enorme meseta levantada en hombros de grandes sierras que se extienden á través de la Península, desde las Provincias Vascongadas hasta los vergeles de Andalucía. Imaginad esta región alternativamente tostada por un sol abrasador y castigada por el helado cierzo, seca y sin árboles, careciendo del canto de las aves, donde rara vez una nube sombrea el cálido suelo, que aquí y allí visten rastrojos matojos juntamente con rodados cantos esparcidos por esas llanuras cual si montañas gigantescas se hubiesen derrumbado hechas pedazos. Espectáculo triste en verdad, pero no por eso exento de melancólica grandeza. Contemplad este paisaje, y tendréis ante vuestros ojos la imagen de lo que fué cuna de la raza española.



Frugales, ásperos, decididos, discretamente prácticos, debían necesariamente llegar á ser gentes cuya vida se pasaba en lucha incesante con condiciones tales de clima y de suelo, y así fué, con efecto, la raza que en el siglo v hallaron los guerreros germánicos al establecerse en las altas mesetas españolas y al amalgamarse, acaso sólo parcialmente, con ella.

¡En región cuán diferente mecióse la cuna del andaluz! Por todos lados ameno paraíso se extendía ante su vista, agradecido y fértil suelo, alimentado desde luego por la naturaleza con caudalosos ríos y más tarde cuidadosamente regado por la ciencia del árabe, ofrecía con profusión todos los ricos frutos de la tierra. Los viñedos entretejían sus ramajes sobre la caliente tierra y los oscuros olivares en cerradas filas vestían los collados undulantes. Allí la áurea naranja competía con la granada regia, la palmera ostentaba sus elegantes ramas destacándose sobre el azul del cielo, y las rosáceas adelfas coloreaban los labios de cada arroyo. Tal era el contraste de ambas regiones. La una, tierra de amores y de poesía; la otra, tierra propia de conquistadores y ascetas. Ahora bien: fijemos la vista en esta última región que se extiende al Norte de la Sierra Morena. Consideremos más estrechamente los distintivos del carácter español, desarrollándose dentro de las condiciones bosquejadas, y, en primer lugar, tenemos que asentar este hecho capital: que durante siete siglos, el español fué verdadero cruzado en su país natal. Hay que imaginarlo con la mano constantemente puesta en la empuñadura de la espada, siempre la cruz ante sus ojos, y en el pecho perenne sed de lavar con sangre pagana el oprobio impuesto á su patria subyugada, al par que la odiosa mancha que ultrajaba su fe. Su espada era espada bendecida. Sus ideales



de soldado consagrados estaban por la religión. Hería en nombre de Cristo, y el patriota y el católico en él se aunaban. Patria y fe eran en su mente conceptos gemelos, y primordiales y exclusivos. Sólo á la luz de este hecho podemos entender la historia de esta raza extraordinaria. Sólo así podemos comprender el por qué de la protección concedida á la Inquisición por Isabel la Católica, á quien soberano alguno ha excedido jamás en nobleza. Y sólo así podemos comprender la Inquisición misma y á Torquemada y á Felipe II y al duque de Alba: que el objetivo que al español santificaba todo, era la exaltación y el engrandecimiento de su fe en toda su inmaculada pureza. La importancia que ante los ojos de la reina Isabel tuvo el descubrimiento del Nuevo Mundo, fué principalmente el que se extendiera á otro hemisferio la influencia y el predominio de la cruz. El fervor de la ortodoxia inspiró en España los más elevados vuelos del genio poético, y halla sus más excelsas y características manifestaciones en obras tales como *La vida es sueño*, *El Príncipe constante* y *La devoción de la Cruz*, de Calderón, mientras que en la región del Arte español, hasta los días de Velázquez, fué exclusiva su inspiración. Por este sentimiento impulsados, literatos y artistas vistieron el sagrado hábito, como, por ejemplo, Lope de Vega, eclesiástico á los cuarenta y siete años; Calderón, capellán en Toledo; Tirso de Molina, Mercenario; Juanes, Franciscano, y Alonso Cano, con su sitial en la catedral de Granada. Además, teniendo en cuenta cuán honroso era luchar entre los españoles, no debe sorprendernos ver la espada en manos de quien inmortalizó la pluma. Al amable Lope acompañando á la Armada, que en aguas británicas había de anonadar á los enemigos de su fe. Al gran Cervantes guerrear en Lepanto, y al me-



lodoso Garcilaso sucumbir en la flor de su edad, en memorable asalto. Activos en alto grado, y vigorosos, y hombres muy de carne y hueso, eran estos poetas españoles: luchando, rezando, amando y escribiendo versos inmortales. Muy de carne y hueso, digo, y aquí damos en otro rasgo distintivo del carácter español. Como caballero y como cristiano, el español era idealista, pero solamente como caballero y como cristiano. Al lado del godo, si no me engaño, iba con él el ibero. Al lado de sus ideales aristocráticos, iba la agudeza práctica y la perspicacia del sentido común. Al lado de Don Quijote el inmortal Sancho Panza, el realista, con sus sentenciosos refranes y con sus dichos picarescos. Una cualidad, no obstante, era común á toda la raza, y en ella cosecharon los españoles sus triunfos pacíficos más importantes. El goce en las aventuras, en las que la necesidad, las condiciones de su suelo y la disciplina austera de su temprana historia los crió, dió por fruto amor intenso hacia la realidad de las cosas, profundo interés en las acciones humanas, sentimiento dramático manifiesto en toda la serie de sus producciones intelectuales, vívido afán, en una palabra, por ver representadas ante sus ojos ó ante su mente las hazañas y empresas de sus antepasados y paisanos.

El resultado primordial de este apetito fué ese magnífico desarrollo de baladas, en las que el Cid es la figura central; el *Romancero*, y luego una literatura dramática del orden más elevado, intensamente nacional, independiente, y de prodigiosa fertilidad; literatura dramática en la cual, al lado de la piedad más ferviente y trascendental, y de ideales caballerescos como ninguna otra nos ofrece, hallamos los retratos más fieles de la vida española, trazados con vigor asombroso y exquisita propiedad,



y toda ella tan exenta de escrúpulos aristotélicos, con respecto á las unidades, como lo está el drama shakespeareano ; y no por ignorancia de los preceptos clásicos, pues acerca de ellos Lope de Vega discurre con tanto conocimiento como gracia en su poema titulado *El arte nuevo de hacer comedias*. España, como veis, posee un verdadero teatro nacional, y este es también otro marcado contraste que presenta con Italia, y que conviene hacer notar. Con este intenso aprecio hacia el espectáculo de las humanas acciones, engendröse naturalmente viva y absoluta tendencia realista, y á la par de los dramas heroicos y de los autos sacramentales, que daban ancho campo para el desarrollo de los idealistas y místicos impulsos del español, vemos comedias de capa y espada, en las que, no ya reyes y personajes, sino meramente caballeros, corren sus aventuras, é intrigan y se baten en la escena ; y en prosa, una completa serie de cuentos conocidos con el nombre de novelas picarescas, como, por ejemplo, *El Lazarillo de Tormes* y *El gran Tacaño*, en donde la descripción de la gente más ruin y truhanesca, con cuanto la rodea de más pintorescamente tosco é inmundo, penetra hasta los últimos confines del realismo. Permea todas estas narraciones fantásticas encantador gracejo, que es otra cualidad española, que da sabor, juntamente con otras excelencias, á esa poesía popular tan rica en España, y en la que, como ocurre con todos los cantos populares, parece como que auscultamos los latidos del corazón de la humilde gente cuya voz oímos. Ternura y pasión respiran estas coplas, ya que no la delicadeza de los *Rispetti* y *Stornelli* de Italia. Á veces campea la amena chanza, y otras domina la tragedia y la desesperación. Á menudo brillantes imágenes orientales; frecuentemente intensa fe religiosa. Mucho gracejo,



y en determinadas ocasiones chispeante incongruencia de sentimientos, cuya afinidad no es obvia, y aquí no puedo menos de citaros un ejemplo que considero tan característico como extravagante. Invoca un joven á San Sebastián, y exclama :

« Glorioso San Sebastián,  
Traspasado de saetas :  
Que no fuera tu alma mía,  
Y tu cuerpo.... de mi suegra ».

Ahora bien : lo característico de la literatura de España aparecerá también en su Arte, y tiempo es ya de abordar esta materia.

Asunto es este acerca del cual, en lo que respecta á la pintura por lo menos, no es fácil tarea disertar ; en parte porque importante y vasta sección del arte español se halla , como ya veremos, envuelta en casi absolutas tinieblas, y en parte por causa de la exagerada estimada á pintores españoles de determinada época, y aceptada por la generalidad como moneda corriente. Por lo que respecta á Inglaterra, dos obras son particularmente responsables de este hecho. La una, un libro de superior encanto y brillantez, que ha pasado ya de las manos del viajero á la librería del literato. Hablo, por supuesto, del *Manual de Ford*; y la otra, una obra elegantemente escrita y de gran erudición, pero que por causa de su desmedido entusiasmo, es poco seguro guía, *Los anales de los artistas españoles*, de Stirling. Eficaz correctivo á las opiniones emitidas en estas dos obras es el precioso libro publicado el año próximo pasado en Alemania, con el título de *Velázquez y su siglo*, y escrito por Carl Justi, obra de sana doctrina, digna de toda fe, y en la cual se aprecia con mejor criterio esa escuela que en las obras inglesas que acabo de citar.



Ahora bien : contemplando el arte español en su totalidad, y tal como lo conocemos, ¿cuál es la impresión culminante que recibimos respecto á la organización estética del pueblo que lo produjo? Á mi entender, es esta. Que es la expresión de una raza noble y varonil, de temple más fervoroso, acaso, que otra alguna; pero de escasa iniciativa y de fibra artística poco sensible. Raza dotada de generosos instintos y de elevados ideales, pero de ideales éticos únicamente. Ideales estéticos faltan entre los españoles en absoluto, y con más detenido examen veremos comprobada esta apreciación. Veremos, por ejemplo, que en sus comienzos, el arte en España fué en completo copiado é importado de distintos orígenes. Veremos elementos heterogéneos aceptados y asimilados más ó menos, confusamente á veces, á menudo aglomerados en ilógica confusión, y rara vez fundidos formando armónico conjunto en el candente crisol del genio.

Y veremos en el siglo xvi, admitida y soportada cual yugo, la influencia extranjera, produciendo frecuentemente lamentables resultados por no existir á la mano generadora fuerza para contrarrestarla.

Y, por último, nos encontraremos con este extraordinario capricho de la naturaleza : que un país de escasa iniciativa artística engendra al iniciador más notable ; y observad que no digo al más notable artista, al más notable iniciador, quizá, que ha existido en el arte moderno desde Leonardo, exceptuando acaso á su contemporáneo Rembrandt : á Diego Velázquez. Volvamos ahora por un instante la vista ordenadamente al camino que han recorrido las distintas artes en España, y en primer lugar fijémonos en su arquitectura.

Los límites de que dispongo me obligan á presentaros sólo mero bosquejo de este asunto. Nuestro objeto, sin



embargo, no es tanto ofrecer ejemplos particulares como el de patentizar el fenómeno general de la evolución artística, que presumo quedará bastante determinada sin necesidad de excesivos pormenores. Por fortuna también, quienes deseen más íntimo conocimiento de esta arquitectura, á lo menos de la arquitectura gótica de España, pueden lograr su objeto consultando la obra de un artista de genio y de conocimientos, miembro distinguido de esta Academia, de Mr. Street, cuya pérdida lamentamos desde hace corto tiempo.

Al consultar su obra, hay, sin embargo, que tener en cuenta su vehemente impaciencia contra todo cuanto no cuadra con determinadas formas artísticas, y no debe maravillaros por demás la palabra *pagano* que suele emplear.

Allí veréis cómo desde los tiempos más remotos la influencia extranjera estampó su sello en las obras de esa raza constructora de iglesias. Inspiración á veces románica y á veces bizantina, á veces aquitánica y á veces borgoñona y aun lombarda, que también contribuyó con algún que otro elemento.

En León vemos más tarde una catedral tan francesa en su diseño y carácter cual ninguna otra en España. Más tarde aún, hallamos en todas partes elementos germánicos, especialmente en los adornos.

Finalmente: el impulso del Renacimiento, fuente en Italia de sus más soberanas producciones, pero de funesta influencia para España, se enseñoreó de éste como de otros países. Ahora bien: ya habéis oído por este conciso relato, que hasta el siglo xvi la influencia dominante en la arquitectura española fué francesa, y esta temprana supremacía no debe sorprenderos cuando consideréis que los límites de España no eran entonces, como lo



son ahora, la cordillera pirenaica, y cuando recordéis que el clero español se reclutaba con frecuencia en Francia. Llamo vuestra atención hacia este hecho, que contrasta con la preponderante influencia del arte flamenco que observaréis cuando tratemos de la pintura española, cual prueba de la ausencia de definitivo impulso indígena.

Y veréis más claramente esta deficiencia cuando, al examinar detenidamente la cronología de la arquitectura española, veáis la simultánea construcción de edificios que indican, por medio de sus especiales caracteres, distintas épocas, y cuando observéis pormenores de diferentes y opuestos estilos codeándose, pintoresca pero incongruentemente, en el mismo edificio, y notéis la carencia de ese continuo y orgánico desarrollo de determinado estilo, cual, por ejemplo, veréis en el desarrollo del arte gótico en Inglaterra. Sin embargo, aunque en España falta iniciador impulso en el arte, su arquitectura eclesiástica fué, aun en época temprana, frecuentemente muy bella y siempre notable. El piadosísimo Palomino, en su *Museo Pictórico*, aduce una proposición referente al origen del arte en España, que puede aquí citarse; pero proposición que acaso os detengáis en aceptar como concluyente hasta obtener más fehacientes testimonios.

«El Apóstol Santiago, nos dice, cuando vino á predicar el Evangelio en España, trajo á estos reinos algunas (imágenes) del glorioso Evangelista San Lucas, aunque las que son de talla ó bulto, se dice ser de mano de Nicodemus, coloridas por el Evangelista, quien sólo afirman que fué pintor»; y aquí agrega extensa lista de autoridades *Patrísticas*, para probar este aserto; pero Palomino afirma que «no halla repugnancia en que fuese también escultor».



Sea cual fuere la gratitud que directamente debemos á Santiago, á él debemos indirectamente la primera de las grandes catedrales construidas en el país, y legítimo orgullo de España. Santiago de Compostela, obra de arquitecto francés, edificio, en realidad, gemelo de San Serenin de Tolosa, y sin duda conocéis, al menos por reproducciones, el famoso *Pórtico de la Gloria* de esta célebre catedral española.

He llamado vuestra atención hacia el hecho de no existir en España proceso definido de evolución en su arquitectura; pero hasta cierto punto debe exceptuarse Cataluña, donde se desarrolla un estilo gótico apuntado de marcado carácter. También en Castilla hay iglesias con abiertas arcadas exteriores, á veces en uno de sus flancos, como San Vicente en Ávila, y otras en dos, como ciertas iglesias de Segovia, que hasta cierto punto constituyen también tipo especial de arquitectura en esa región. Debe añadirse que los españoles, sea cual fuere su limitación estética, se apoderaron con infinitamente más vigor de la idea gótica que el que en ocasión alguna demostraron los arquitectos de Italia.

Es para mí verdaderamente sorprendente la absoluta incapacidad que demostró la gente más aguda, de más delicada fibra y más saturada de sentido artístico de su época, para hacerse cargo de la arquitectura gótica. Es verdad que adoptaron algunas formas góticas; que apuntaron los huecos, que escasearon, obedeciendo á sus ingénitos instintos, en los extensos muros de sus edificios; que usaron con profusión florones é inmotivados pináculos; que aceptaron la bóveda, principio generador, según se le llama, del edificio gótico, pero jamás lograron apreciar el elemento vital que le informa.

Organismos sustentados por el equilibrio de fuerzas



vivas, vestidos de formas emanadas de sus principios constituyentes, y enriquecidos con adornos que debidamente los acentúen, no hay que pedir á Italia. Es más: en el uso del decorado exterior ocurre cual si el empleo de este estilo paralizase su ingenio, porque ni el esplendor ni la suavidad de preciosos mármoles, ni el hechizo de la edad, ni el perfume de gratas asociaciones, ha de embotar vuestra inteligencia, hasta el punto de no ver la profundísima estultez que revelan muchas de las fachadas de sus iglesias, entre ellas, v. gr., la de San Michele en Lucca, que, elevándose un tercio más que el edificio que enmascara, expresa sus divisiones verticales por medio de innumerables hileras de columnitas apiladas en horizontal profusión las unas sobre las otras. Ahora bien: aunque en España no hallaréis de este estilo franco ese superior desarrollo lógico característico de su país natal, veréis, sin embargo, que el español comprende cuáles son sus condiciones vitales; que de él trata cual de cosa plástica, y además notaréis que le imprimió, sea para mejorarlo ó para empeorarlo, profundo sello de su propia idiosincrasia. Las iglesias que caracterizan los primeros siglos de la independencia, parcialmente rescatada de su patria, respiran el sombrío fervor y la viril sobriedad de la raza española. No conozco iglesia alguna en ningún país, en la que esta cualidad de varonil sobriedad esté más marcadamente caracterizada que en las catedrales de Tarragona y de Ávila. La primera es, artísticamente considerada, obra más completa; por razón del perfecto equilibrio existente entre su vigor y su elegancia, y por la sencillez de sus muros sin ornato, contrastando con su riqueza; pero es acaso más imponente aún la catedral de Ávila, con su bello ábside tallado en el propio muro de la vetusta ciudad. La sencillez de estas primitivas iglesias



falta, por supuesto, en las que se construyeron ó concluyeron durante el período de mayor sobreexcitación en la conciencia nacional y de mayor prosperidad, que á veces ostentan exuberancia inmoderada de ornamentación, por exagerado afán de excederse en la obra emprendida; afán que, no dominado por el buen gusto, se fué desarrollando y convirtiendo rápidamente en distintivo atributo del carácter nacional.

Reconozcamos, no obstante, que si los españoles cayeron en la incontinencia decorativa, fueron impulsados á ello, en parte al menos, por su vehemente deseo de dar sin tasa cuanto creían mejor para la exaltación de su fe, y que si esa tendencia hacia los exagerados adornos los condujo á lamentables excesos, como, por ejemplo, al abuso del oro, y esa completa orgía de gigantescas protuberancias, de flamantes remates y de colosales escudos de armas; á ella debemos, en cambio, cierto género de decorado único en su especie, siempre digno de nota, y á veces de inusitado esplendor. Refiérome á sus retablos, obras que se elevan piso sobre piso desde los espaldares y flancos del consagrado altar, y ostentan con su especial arquitectura, combinada con la escultura y la pintura, decorado, á veces sin duda bárbaro, pero con frecuencia suma, sobremanera imponente.

Á esta tendencia debemos también el desarrollo de las rejas, notabilísimos trabajos en metal, que en las iglesias españolas se usan, no sólo para cerrar el coro y la capilla mayor, sino también las principales capillas laterales. Estas rejas, frecuentemente de admirable diseño, de ricas y elegantes formas y primorosamente embellecidas con el color y con preciosos metales, son en absoluto originalísima creación española, y en unión de sus espléndidos retablos, imprimen á las catedrales españo-



las esa magnificencia de aspecto que no poseen ni con mucho las catedrales de otros países.

Pero si bien las catedrales españolas ostentan magnífico aspecto, su esplendor se halla atemperado de solemne tristeza. La exclusión de la luz paréceme haber sido objeto del especial estudio de la arquitectura eclesiástica española. Se engaña, en mi juicio, y ve superficialmente, quien crea que esa oscuridad tiene por exclusivo objeto conseguir frescor en el edificio, é insisto en pensar, aunque corra el riesgo de que me tachen de que fantaseo, que la oscuridad, con instinto característico y poético, se producía y atesoraba con el marcado intento de enaltecer el misterio del sacrificio en el altar mayor. En la catedral de Barcelona, iglesia en la cual, según costumbre catalana, las luces están en extremo restringidas, vese una linterna en la parte occidental de la nave, que, siendo cuadrada para contener el octógono, es, por tanto, mayor que las otras. Resulta de esto que el devoto, al penetrar por la parte de Occidente en el templo, se encuentra en sitio espacioso é iluminado, y al dirigir más allá la vista hacia la capilla mayor, ve múltiples sombras aparentemente reunirse y espesarse, prestando aún más intensa soledad á su oscuridad misteriosa, y dando á ese templo especial carácter, aun entre los demás imponentes de España. Ni es este el sólo ejemplo que pudiera aducir de efecto semejante, producido, á mi entender, expresamente.

Pero no debo extender demasiado esta parte de mi discurso, y con breves palabras acerca del efecto producido por el Renacimiento en España, pasaré á otro asunto. De este movimiento resultó el estilo conocido con el nombre de Plateresco, origen de pintorescos, ya que no de monumentos arquitectónicos muy puros, que, sin em-



bargo, no eclipsaron en completo á ese estilo intrincado, semi-germánico, semi-gótico, en boga entonces. Ambos estilos caminaron conjuntamente, ostentándose en amistoso consorcio y en confusión admirable, no ya en la superficie, sino en la íntima estructura del edificio. Más tarde fuéle sustituyendo estilo clásico más severo, pero nunca con resultados completamente satisfactorios.

Fueron sus esfuerzos á menudo débiles, y generalmente indoctos. Un artista llamado Diego Siloe procuró en una gran Catedral combinar las formas clásicas con la construcción gótica, y quienes quieran conocer á cuán desastrosos resultados conduce tentativa semejante, aun en hábiles manos, pueden ver la catedral de Granada. Por otra parte, si deseáis conocer lo que logra alcanzar un hombre de medianas dotes cuando obedece, acaso inconscientemente, al espíritu de su época, dando, por decirlo así, forma corpórea á ese espíritu en un monumento de piedra, contemplad con más profundo interés del que generalmente le conceden los artistas, el convento-palacio del Escorial. Enorme y tétrico conjunto de edificios dando indiferentes la espalda al mundo, que parece dilatarse indefinidamente á sus pies; elevados sobre una loma oprimida en tres de sus costados por sombrío anfiteatro de rocas; penetrando en ellos la luz por menos y más pequeñas ventanas que perforaron jamás superficie tan grande; privado de toda especie de adorno, el Escorial, á mi parecer, con su severísimo aspecto, expresa la esencia misma de avasalladora, silenciosa é inexorable tiranía. Cuando, andando el tiempo, dominó el estilo Rococó, la comezón española hacia la exageración se pronunció marcadamente; y en el palacio del marqués de Dos Aguas, en Valencia, veréis un supremo esfuerzo de demente extravagancia.



Y ahora bien: habiendo ya echado una ojeada á la arquitectura de los españoles, volvamos la vista hacia su escultura, arte en el que, como era de esperar de quienes carecían de ideales estéticos, y no sentían delicadamente la forma, nunca alcanzaron triunfos de primer orden, y en el cual el decidido impulso realista, cuya potencia ya hemos visto, ejerció fatal influjo.

Esta tendencia se manifiesta á veces vigorosísimamente en los adornos tallados de sus edificios. He visto sobre un pórtico del siglo XIV una guirnalda de rosas copiada de la Naturaleza misma con escrupuloso realismo, y que, cual si fuera al azar, se extiende sobre el vaciado mismo de la cornisa. La maldición del realismo, sin embargo, no subyugó en completo, hasta más tarde, las más elevadas manifestaciones de la escultura española; y si bien es verdad que en los primitivos trabajos de esta índole aparece escaso refinamiento en la mano de obra, y ni tampoco hay gran dignidad en el estilo, se desarrolla en ellos, no obstante, esa vitalidad y ese sentimiento dramático que distingue á los españoles. Cualquiera que sea el carácter de su artística inspiración, ya sea francés, flamenco ó acaso italiano, siempre encontraremos extremada originalidad en la manera de tratar un asunto dado, y muy á menudo sentimientos apasionados y humanos caracterizados por medio de rasgos fervorosos. Recuerdo ahora un monumento sepulcral de Zaragoza del siglo XIV, notabilísimo, y en el cual una fila de figurillas rechonchas y mal fraguadas, parecen vivificadas por el expresivo espíritu de patética ternura que las ilumina. Como ejemplo también de sentimiento poético, podría citar igualmente unos ángeles tallados en los tímpanos del pórtico del lado Norte de la catedral de Barcelona, y colocados torpemente en trifoliado marco. Su



mano de obra es completamente bárbara, y cero su valor artístico; pero saliéndose casi del muro, echando sus cabezas hacia atrás y hacia arriba, vueltas sus caras llenas de fervoroso éxtasis al cielo, mientras que cantan y pulsan los laúdes, parecen llenar el aire con sus sonoros y piadosos cantos. Bien se ve que no era hábil la mano que los talló; pero el alma que los concibió, alma era de verdadero poeta.

Los ejemplos más maravillosos que conozco de la escultura de la España del siglo xv son los retablos y las tumbas que embellecen la Cartuja de Burgos. Estas obras, obras maestras de Gil de Siloe, milagros son, en su conjunto, de ingenio, de complejidad, de delicadeza y de bellísimo diseño. Su carácter, sin embargo, es completamente germánico, y, por lo tanto, deben considerarse como modelos y no como espontáneos frutos del arte español. Se ha procurado establecer para Siloe, el viejo, derecho á la nacionalidad española; pero estas obras, aun fuera aparte de su carácter germánico, indican, en mi juicio, una educación y una herencia artística tales, que no pueden referirse á la España de ese período. En otra rama de la escultura, á saber, en sus gárgolas y mascarones, los españoles dieron rienda suelta á la vena humorística.

Describiendo Quevedo, en su *Gran Tacaño*, un grupo de truhanes, como podría haber dado envidia á Víctor Hugo, y relatando sus caprichosas contorsiones, dice: «No pintó tan extrañas posturas Bosco» (el artista flamenco Bosch). El satírico autor hace, por cierto, escasa justicia á sus compatriotas, pues en extravagancia y en genuina gracia para la concepción de lo grotesco (y por esta palabra no entiendo yo la combinación, v. gr., de un huevo de avestruz, una cafetera, unos anteojos y la pata



de una gallina, como acontece entre los pintores flamencos, sino un verdadero y concebible monstruo organizado), el español excede á la generalidad de las gentes.

Hablé ha poco de los magníficos retablos que prestan tan marcado carácter á las iglesias españolas, y en ellos es, en mi entender, en donde debemos buscar principalmente el desarrollo especial de la escultura española durante los siglos xv y xvi. Empléase en ellos como material, generalmente, la madera, pues si bien es verdad que algunos escultores españoles trabajaron el mármol en estas obras, nunca alcanzaron gran excelencia. Alonso Berruguete, discípulo de Miguel Ángel, tiene grande reputación, que no justifican por cierto sus trabajos informes y amanerados. Los dos monumentos más famosos que produjo España en el período del Renacimiento, son acaso los sepulcros reales de Granada y el sepulcro del príncipe Juan de Ávila; pero ambos son obras de extranjeros.

Mas volvamos á nuestros retablos. Estas obras en pisos, cuidadosamente elaboradas, y de las que el Museo de Kensington tiene la fortuna de poseer un interesante ejemplar de la temprana época, eran, cual lo es el ejemplar que cito, meros tableros para cuadros, pero más comúnmente estaban repletos de talla en alto y bajo relieve.

Con estas obras de escultura se procuraba conmover á los devotos como con las escenas pintadas; pero, por razón de su relieve, impresionaban con más viveza, y, además, las caras y cabellos de estas esculturas se pintaban invariablemente con realismo absoluto, al par que los ropajes resplandecían con elaborados dibujos, en los que se empleaba con profusión el oro. Ahora bien: relieves tratados de esta manera, necesariamente impresio-



naban más eficazmente como objeto de devoción á los creyentes, que superficies planas pintadas, á las que en gran manera sustituyeron. Asuntos sacados de las Sagradas Escrituras ; episodios de la vida de un Santo tutelar, tomaban ante los ojos del devoto realidad corpórea, que cautivaba su vista y conmovía su corazón ; y así, pues, vemos acentuarse cada vez más el relieve y el tamaño de semejantes representaciones, hasta que las figuras se destacan completamente del fondo, tomando, y á veces excediendo, el tamaño natural. Por último: aparecen escenas completas del Nuevo Testamento, como, por ejemplo, el Descendimiento de la Cruz, en las que se destaca en completo todo el grupo que se eleva sobre el altar, pero combinado, por decirlo así, con el retablo por medio de figuras intermedias de menor relieve, que á su vez se van adaptando al moldeado paisaje.

No puede negarse cierta dignidad á estos grupos, atemperados y entonados, como lo están ahora, con el humo y el polvo de varios siglos. Ostentan algunas de estas obras, las de Roldán, v. gr., gran vigor y mucho ingenio, si bien, á veces, la perjudican formas toscas y teatrales gestos. El realismo, tan caro para los españoles, llegó á ser considerado cada vez más como la principal excelencia del arte ; y, como vemos, se desarrolló cierto género de escultura que, aunque redimida á veces por el refinamiento de un Montañés y la dignidad de un Hernández, no podía, por su esencia misma, alcanzar jamás el más alto nivel.

Otro nombre aún debe mencionarse antes de separarnos de esta parte de nuestro asunto, principalmente porque quien lo lleva ha sido considerado como el Fidias Español. Este nombre es el de Juan Juni, de quien sospecha Ceán Bermúdez fuese italiano, mientras que Palomino



cree, con visos de mayor probabilidad, que fuese flamenco, y de quien, sin negarle cierto vigor, diré en breves palabras qué obras nos presenta este Fidias, que para exageraciones y contorsiones son las más extraordinarias que he visto en mi vida. Expositor, como es él constantemente, de lo que hay más ofensivo en el realismo, se excede á sí propio en la figura de su Cristo que hay en Valladolid; horrendo espectáculo de carnicería y de descomposición que me abstengo de describir. Es forzoso, sin embargo, advertir, que esta grosera exageración de la tragedia de la redención por medio de llagas y de sangre, fué admitida también por naturalezas más privilegiadas que la de Juni, y que una imagen del Salvador en la cruz, de Gregorio Hernández, piadosísimo asceta, dado á la flagelación y á la penitencia, parece verdaderamente una víctima de la Inquisición después de haber sufrido los tormentos del potro.

Hasta aquí hemos visto el carácter nativo de una raza discreta y fuerte, manifestándose distintamente en su arte plástico y arquitectónico. Veamos ahora, en conclusión, hasta qué punto su pintura narra la misma historia. Y aquí tropezamos con una inmensa dificultad que nos sale al paso, pues impenetrable es el misterio que envuelve la historia de la pintura española hasta fines del siglo xv. Catálogo no escaso de nombres ha llegado hasta nosotros, y, en determinadas ocasiones, una firma ó un nombre nos permiten ligar á la una ó al otro, alguna obra especial, pero, por lo demás, cuanto se ha discurrecido sobre el particular es mas ó menos vaga conjetura. La invasión del italianismo en el siglo xvi borró, por decirlo así, cuanto hasta entonces se había hecho. Antes de terminar ese siglo, cuanto existía en pintura que no fuera de inspiración italiana, ó que no llevara el sello de



antigua alcurnia septentrional, fué repudiado como bárbaro. Sinrazón que dió por fruto el que, aun hoy día, la mayor parte de los cuadros del siglo xv que enriquecen las iglesias y los conventos de España, sin consideración alguna se colocan con indiferencia y casi con desdén en la categoría conocida como *Escuela flamenca*.

Es de esperar, y ardientemente confío en ello, que, considerando el inmenso interés que despiertan y el notable mérito que entrañan estas producciones innominadas ó mal denominadas, algún español inteligente se dedique á la tarea de descifrar, en cuanto posible fuere, tan difícil enigma, dando publicidad á riquezas atesoradas que, en gran parte al menos, deben ser obras indígenas; y si todas no lo son, todas están más ó menos españolizadas, sacando así de la oscuridad, y rescatando así del olvido en que yacen, nombres de artistas cuyas obras dan más legítima honra á España que las de otros á quienes la ciega tradición ó viciado gusto ensalzaron, imponiendo tiránicamente su opinión á la harto dócil aquiescencia del mundo. He dicho españolizadas, porque es peculiaridad de esta potente raza española teñir con el indeleble color de su propia idiosincrasia todo cuanto en su centro se produce; de manera tal, que frecuentemente es casi imposible distinguir si determinada obra es producto de mano española ó de la de un extranjero que la estampó con el sello nacional. De todo cuanto en el arte pictórico pueda haberse producido en España antes del siglo xv, poquísimo es lo que resta, y este poco, hasta donde yo he visto, se encuentra en Cataluña especialmente. En los ejemplares que de las obras de este período he examinado, hame chocado ver notable tendencia, ya á intensidad de tono, ya vehemencia de color, cualidades distintivas del Arte español hasta el siglo xvi. Con res-



pecto á la influencia extranjera que pueda revelarse en ellos, difícil sería generalizar con absoluta confianza; pero cuando llegamos á fines del siglo xv, nuestra tarea, aunque delicada, tórnase más fácil. Generalizando, se puede afirmar que la influencia francesa, aparte de Cataluña, se nota principalmente en el Norte de la Península, como, por ejemplo, en ciertos frescos muy notables, ó, por mejor decir, en los fantasmas de frescos de los claustros de la catedral de León, y en una pintura de la propia mano de la sala Capitular junto á la iglesia, que indican, en mi juicio, evidente inspiración francesa. Por otra parte, me atrevería á asegurar, sin riesgo de equivocarme, que su autor era español, pues su rudo vigor y originalidad, y su carencia de toda belleza, por no decir otra cosa, que son los distintivos que los caracterizan, no me dejan duda alguna acerca del particular. Además, en las obras de ese admirable artista catalán, Luis Dalmau, se nota igual inspiración, combinada, acaso, con la flamenca.

De la influencia de Italia hallo escasos vestigios, con excepción de algunos frescos de Toledo, aunque sabemos que Starnina, y más adelante Dello y otros artistas italianos, vinieron á España. Modelos flamencos, por otra parte, predominan en el país.

En Castilla, durante este período, era, hasta cierto punto, el flamenco el arte oficial. Según Justi, tres artistas flamencos tenían empleo en la corte de Isabel la Católica, donde el cardenal Mendoza, y más adelante su sucesor el cardenal Jiménez de Cisneros, protegían también calurosamente el Arte.

Y no sólo se protegía en elevadas regiones á los pintores flamencos, sino que, en gran copia, las obras de arte flamenco se importaban en España, imprimiéndose



así marcado carácter boreal y gótico á la escuela española, y cediendo hombres de vigorosa personalidad humildemente al impuesto yugo. Pedro de Córdoba, Sánchez de Castro, Fernán Gallegos (si es que son suyas las obras que á este autor se atribuyen), el mismo Alejo Fernández, proclaman en cada pincelada suya lo que deben á los Países Bajos.

No obstante: aquí también la característica de la raza fué en cada caso añadida á la base flamenca, y obligados nos vemos á cavilar, casi con pena, acerca de cuál hubiera sido el nuevo desarrollo del arte pictórico en España, si los españoles hubieran sabido resistir influencia tan contraria á sus instintos como la del Renacimiento italiano. En mi juicio, el más conspicuo de entre todos estos pintores góticos, y no me olvido del catalán Dalmau, es el artista á quien acabo de aludir, Alejo Fernández.

En la iglesia de Santa Ana de Triana, en Sevilla, se ve la imagen de una Virgen con el niño, pintada por su mano, que, por el esplendor de su tono y por su majestuoso aspecto, se revela como obra de mérito extraordinario.

Excepción quizá á la regla general de filiación flamenca, se observa en una notable serie de cuadros del Museo de Madrid, atribuidos á Pedro Berruguete, el padre del escultor, que, aunque muy españoles de espíritu, son más bien venecianos que flamencos, y, hasta cierto punto, recuerdan las producciones de Carpaccio.

Antes de separarnos de esta fase del Arte español, comparémoslo con el Arte de igual época de Italia. En primer lugar, veremos que, siendo el de Italia completamente nacional, ostenta infinitamente más flexibilidad y más variada expresión que el de España. Contrastes tales



cual los que sugieran los nombres de Fiesole y Verrochio ; de Lippino y Carpaccio ; de Mantegna y Leonardo, para no citar más que artistas que florecieron en el mismo medio siglo, no tienen allí paralelo. Sin embargo, en determinadas cualidades, y que son comunes á todas las obras de todos los países, tenemos materia de comparación.

En el arte español, pues, lo que principalmente nos llama la atención, es que en él se ve la manifestación de una raza más ardorosa, de una raza dotada de más instinto dramático, de más sombría fe, y vemos el fervor de su temple traduciéndose constantemente en cierta especie de brillantez y gravedad de tono, y en cierta pompa de color que en Italia hallamos únicamente entre los antiguos venecianos. Por otra parte, en vano trataremos de buscar en España ni vestigios de ideales de forma ni de delicadeza artística. Los españoles no poseían ni la suave serenidad ni la majestuosa grandeza de los *quattrocentisti* italianos, pero tampoco cayeron en esa especie de languidez elegante en que cayeron, por lo menos, los toscanos. Pero el más marcado contraste entre el Arte español y el italiano, se observa en el efecto que produjo en ellos respectivamente el espíritu del siglo xvi. Bajo su influjo tomó el arte italiano más potente vuelo, elevándose á más majestuosa altura. Signorelli tornóse en Miguel Ángel. Perugino convirtióse en Rafael; pues el Renacimiento surgió en Italia como evolución orgánica, pero para España vino ese espíritu como exterior contagio y como plaga. Bajo su influjo la expresiva sencillez de los primeros tiempos quedó oscurecida, y lamentable cúmulo de obras fué lanzado al mundo, insípidas, frecuentemente sin dignidad, y académicas sin ser doctas. Conviene, sin embargo, observar que, aun durante este



período, lo que pudiera llamarse el acento nacional, jamás dejó de percibirse. La influencia extranjera produjo en diferentes artistas resultados diversos; pero constantemente la personalidad de cada pintor se nota de manera marcada é inequívoca.

Cualquiera que sea la estima en que tengamos á artistas tales como Pablo de Céspedes, Juanes, Morales, Vargas, Roelas, ó el Mudo, no podemos menos de reconocer cuán marcada está su personalidad en sus obras. Á un pintor español únicamente aportó Italia indubitada ganancia, á saber, á Ribera, artista casi completamente desconocido al Norte de los Pirineos.

Mientras tanto, aun en los días de la máxima influencia italiana, el robusto y áspero espíritu español no estaba muerto en todos los pechos. Es más: ardía, hasta cierto punto con inusitada violencia, en el corazón de un hombre iracundo y turbulento; en Herrera el Viejo, ser poco recomendable como hombre, pero digno de toda atención como pintor, no ya porque fuese, según sostienen algunos, el creador de la moderna escuela española, sino porque fué el que más vigorosamente, de entre todos los artistas españoles de su época, resistió al influjo extranjero, y mantuvo incólume el carácter, el vigor y el temple nacionales. ¡Verdadera ironía de las circunstancias fué el que su hijo llegara á ostentar en sus obras las formas más extravagantes y más rebajadas del amaneramiento pseudo-italiano! Dícese que el viejo Herrera fué padre áspero y aun brutal; pero no olvidemos que vió los cuadros que pintó su hijo. Su legítimo sucesor espiritual (aunque en realidad no fué nunca discípulo suyo), pues en él siguió viviendo el genuino espíritu español, fué Zurbarán, artista poco conocido fuera de España, pintor de marcadísima y vigorosa personalidad, y en quien, más



que en ningún otro de sus contemporáneos, se aunan los múltiples caracteres distintivos de su raza ; su atrevido temple, su tendencia dramática, su indiferencia á lo bello, su amor á la realidad, su fuerza imaginativa, su sombrío fervor, su poesía y hasta su prosa. Ribera, como artista, era italiano. Alonso Cano, ecléctico con acento español. El sin par Murillo, que nos hechiza á veces con la gloriosa combinación de sus tonos, y otras nos repele con asperezas y lugares comunes, era verdaderamente español sin duda alguna, pero no poseía ni la imaginación ni la sostenida virilidad de estilo del hijo del labriego extremeño, el más perfecto representante, en mi juicio, del genio de su raza.

Por largo tiempo la pintura italiana gozó de los favores de la corte; pero hacia los comienzos del siglo xvii dejó ya de ejercer en el arte esa influencia paralizadora con que lo dominó en un principio, y despejado quedó el campo del Arte en España para recibir impulsos de su propio centro. En esta coyuntura, un hombre de genio avasallador y de audaz iniciativa fué concedido á España en la persona de Diego Velázquez.

Acaso os haya sorprendido que, con nombre tal ante mi mente, haya dicho de Zurbarán, tan inferior suyo como pintor, que es, quizá, el más legítimo representante de los artistas españoles. Helo afirmado así, porque más que ningún otro artista en sí reúne, como ya os he dicho, todos los complexos elementos del genio español. En Velázquez, por otra parte, español cual lo es hasta la punta de los cabellos, no se observa este conjunto de dotes. Todo lo de Velázquez es español, pero Zurbarán es toda España.

Considerado como pintor únicamente el gran sevillano, era, cual ya he dicho, superiorísimo al extremeño:



se hallaba en más inmediato contacto con la naturaleza, y acaso artista alguno ha igualado la mágica ligereza de su pincel; pero, no obstante, carecía de profundidad de sentimiento, de poesía y de imaginación. El pintor de *Las Lanzas*, de *Las Hilanderas* y de *Las Meninas*, obras sin rival en el arte, pintó también *La Coronación de la Virgen* y *El Marte* del Museo de Madrid, modelos ambos de prosaico tratamiento. En una de sus obras, parece como si la religión hubiera prestado alas á su pincel; pero por muy notable y patético que sea su *Crucifijo*, como sin duda alguna lo es, no iguala en energía y en grandeza de concepción al cuadro de Zurbarán, sobre el propio asunto, que hay en Sevilla.

Pero si echamos de menos en Velázquez las mas altas dotes de la imaginación, lo hallamos al par exento de todas las extravagancias que hemos notado en los artistas de este país, de poderosos impulsos no restringidos por prudente moderación. Sean cuales fueren las dotes no concedidas á Velázquez, en su grave sencillez no tiene rival. Si la fantasía no lo levanta sobre el nivel de lo cotidiano, tampoco con sus purpúreas alas le obstruye la blanca luz de la sobria realidad.

En una época en la cual Herrera el mozo gozaba de gran favor, en un país en el que fué posible Churriguera, y en donde el culteranismo obtuvo aplausos, jamás él traspasó los límites de «la sencillez de la naturaleza», ni se olvidó nunca del valor que tiene en el arte restringida moderación. No debo aquí seguir su carrera y la evolución de su genio deslumbrador y único. Ni menos debo ante jóvenes artistas detenerme en la hechicera y deleitable fascinación de éste, el más moderno de entre todos los maestros antiguos. Antes de concluir, me detendré, sin embargo, un instante en uno ó dos puntos que



tienen interés, y en otro que quizá sea de advertencia. En primer lugar, debo llamaros la atención hacia la pureza y el decoro que respira su arte, decoro que, en mi juicio, no debe achacarse á esas leyes españolas, con arreglo á las cuales la Inquisición imponía severísimas penas al más leve asomo de impureza en las obras de arte, sino al espíritu ingénito en el pueblo mismo, y del cual esas leyes eran meramente expresión, acaso exagerada.

Hay que advertir también, por lo que valga, que en una de sus obras se refleja de una manera inesperada aún otra virtud de los españoles: su sobriedad. Extraordinario es observar con qué especial satisfacción cierta clase de literatura española patentiza las inmundicias morales y la abyecta criminalidad de los desheredados de la sociedad. La pintura española, por otra parte, sólo ha procurado manifestar lo pintoresco de las clases inferiores. Ya conocéis lo que logró hacer el gentil Murillo con sus *Mendigos*. También conocéis al *Aguador sevillano*, y cómo al comienzo de su carrera Velázquez se dedicó á trasladar al lienzo asuntos que la vida humilde le ofrecía, y sabéis cómo hasta el final de su vida se ocupó con especial deleite en pintar fantásticas fisonomías de privilegiados bufones, de enanos y *hombres de placer* que recorrían en aquella sazón el Palacio real. Recordaréis igualmente que una de las más poderosas obras que pintó antes de que el trasladar el efecto atmosférico hubiese sido su principal preocupación, y cuando iba exclusivamente en pos de la verdad de caracteres, fué el cuadro conocido como *Los Borrachos*, que representa un grupo de beodos rindiendo culto á Baco. Obra es esta del más absoluto realismo.

Baco (Dionisio), patentizando con su repulsiva vulga-



ridad que Velázquez desconocía en completo cuanto de poético entrañan los mitos clásicos, está rodeado de un círculo de truhanes arrodillados, por demás rudos y toscos, y aparentemente de crápula. Pero ved ahora la extraña peculiaridad de esta obra. Á pesar de todos los accesorios de una bacanal y de las extravagantes muecas de esos personajes, no podemos persuadirnos de que ninguno de los que componen esa turba de gente maleante se haya emborrachado en su vida.

Figuraos este mismo asunto tratado por un flamenco.

Y ahora, aunque me pesa tocar siquiera una hoja de los laureles de tan brillante y eminente artista, no puedo callar una circunstancia que debe pesarse al apreciar á Velázquez como hombre, y que no deja de relacionarse con su arte.

Las virtudes de su raza, dándole dignidad, purificaron su arte. Una flaqueza española, sin embargo, que no pudo empañar su genio, comprimió y limitó su producción, y esta fué la tendencia á subordinarlo todo al favor real. Y he dicho flaqueza española, porque el supersticioso abandono de la voluntad propia y de la conciencia al soberano era, desde largo tiempo, sentimiento avasallador y especial distintivo del carácter español.

En ocasión memorable, Gonzalo de Córdoba, una de las figuras más nobles que nos presenta la historia de España, y hombre de ánimo tan audaz, que tuvo el atrevimiento de increpar cara á cara, y en el Vaticano, al mismo Papa Borgia por los escándalos de su vida, no titubeó en faltar al solemne juramento que prestó al infeliz joven duque de Calabria, por cumplir un mandato real, que consideraba mayor obligación.

Tan casi divina parecía la majestad á los españoles, que divinidad y majestad fueron cosas idénticas á sus



ojos, y dieron el nombre de «Su Majestad», no sólo á la divina persona de la Trinidad, sino también á la Sagrada Forma.

La universalidad de este sentimiento debe aducirse para excusar la tenacidad de Velázquez al pretender, con fortuna por desgracia, un cargo cortesano, oneroso y completamente prosaico: el de «Aposentador mayor», especie de abastecedor ó mayordomo que, cuando Su Majestad se movía de un sitio á otro, tenía que cuidar de la conducción, del alojamiento y de la alimentación, no sólo del soberano, sino también de todo su séquito. Puesto que exigía toda su atención, según Palomino, quien deplora que ese elevado cargo (que cualquiera, como añade, podía cumplir) privara al mundo de tantas brillantes manifestaciones del genio del pintor. Coincidimos con lo que dice nuestro sentencioso amigo sobre el particular, ya que no precisamente con lo de la satisfacción que le cabe por el honor que imagina se le hacía al Arte, sino con lo de la pena que expresa por las pérdidas que, por causa de esas ocupaciones, hemos experimentado; pues ante esos lienzos con dibujos de tamaño natural, y al humillarnos ante el esplendor del genio que los iluminó, lamentamos el apresuramiento que, á veces, revelan estas maravillosas producciones de los escasos ocios de ese gigante. ¡Cuán cierto es lo que ya se ha dicho que «el Arte necesita al hombre por completo»!

Y aquí debo concluir, y lo hago, abrigando en mi conciencia aún más temores que otras veces, de no haber cumplido adecuadamente mi tarea.

El cuadro que os he dibujado contiene forzosamente más de lo que en él buenamente cabe, y me temo que aparezca confuso. He omitido, no obstante, mucho de lo que acaso hubiera servido para su mejor inteligencia, si



lienzo mayor me hubiera concedido el tiempo; pero debe bastar, si por ventura os he estimulado para que ocupe vuestra atención más detenidamente, este interesante capítulo de la historia del Arte; capítulo que, leído atentamente, enseña que las naciones, como los individuos, pueden, al aceptar sin sinceridad lo que es ajeno á su carácter, desviarse del verdadero camino de su desarrollo artístico, y pueden también, siendo sinceros, hallar nuevamente la perdida senda.

FEDERICO LEIGHTON.



## LA DEFENSA DE TARASCÓN



**D**ios sea loado! Por fin tengo noticias de Tarascón. ¡Desde hace unos cinco meses yo no vivía! ¡Estaba constantemente inquieto!.... Conociendo bien, como la conozco, la exaltación de esta buena ciudad y el temperamento belicoso de sus habitantes, me decía yo: «¿Quién sabe lo que Tarascón habrá hecho? ¿Habrá caído en masa sobre los bárbaros? ¿Se ha dejado bombardear como Estrasburgo, morir de hambre como París, abrasar viva como Chateaudun? ¿Ó bien, en un arranque de feroz patriotismo, se ha hecho volar como Laón y su intrépida ciudadela? Nada de esto, mis queridos amigos: Tarascón no ha sido incendiada; Tarascón no ha sido volada; Tarascón se halla siempre en su mismo sitio, asentada tranquilamente en medio de las viñas; un sol hermoso inunda sus calles; un moscatel exquisitollena sus bodegas, y el Ródano, que baña esta adorable población, lleva al mar, como antes la llevaba, la imagen de una ciudad dichosa: reflejos de persianas verdes, de jardines bien cultivados y de milicianos con uniformes nuevos, haciendo el ejercicio á lo largo del muelle.

:



No vayáis á creer, sin embargo, que Tarascón no ha hecho nada durante la guerra. Antes, por el contrario, se ha conducido admirablemente, y su resistencia heroica, que intento referiros ahora, tendrá una página en la historia como ejemplo de resistencia local, símbolo viviente de la defensa del Mediodía.

#### LOS ORFEONES.

Os diré, pues, que hasta la rota de Sedán, nuestros bravos tarasconenses habían permanecido muy tranquilos en sus hogares. Para estos valerosos hijos de los Alpecillos no era la patria la que moría por allá, lejos; eran los soldados del Emperador; era el Imperio. Pero llegado el 4 de Septiembre, la República, Atila sitiando á París...., ¡entonces, sí!, Tarascón despertó, y pudo verse lo que es una guerra nacional.... Esto principió naturalmente por una manifestación de *orfeonistas* (1).

Ya sabéis el furor musical de que están poseídos en el Mediodía. En Tarascón, sobre todo, es ya el delirio.

Cuando pasáis por una calle oís cantar en todas las ventanas, y desde los balcones caen romanzas sobre vuestra cabeza.

Entráis en una tienda, sea la que fuere, y halláis siempre en el mostrador una guitarra que alguien tañe; hasta los practicantes de la botica os sirven tarareando: *Elruiseñor* y *El laúd español*, *Tralala, lalalala*. Á más de

(1) Ni este vocablo, ni el de *orfeón*, tienen aún carta de naturaleza, legalmente otorgada, en nuestro idioma. Pero como el uso los admite, y como no hallamos voces con que sustituirlos, no hemos vacilado en usarlos. (N. del T.)



estos conciertos caseros, los tarasconenses tienen la charanga municipal, y no sé cuántas sociedades corales.

El orfeón de San Cristóbal y su admirable coro á tres voces, *Salvemos á Francia*, fueron los que dieron el primer impulso al movimiento nacional. «Sí, sí, salvemos á Francia», gritaba la heroica Tarascón, agitando pañuelos en las ventanas; aplaudían los hombres, y las mujeres enviaban besos á la filarmónica falange que atravesaba la carrera formada en filas, á cuatro en fondo, con una bandera al frente, y marcando con gran marcialidad el paso.

El impulso estaba dado. Á contar de este día, la ciudad cambió completamente de aspecto; cesó la guitarra; cesaron las barcarolas. *El laúd español* cedió su puesto á *La Marsellesa*, y dos veces á la semana se estrujaban los vecinos en la explanada para oír á la charanga del colegio tocar *El canto de la partida*. Las sillas alcanzaban precios fabulosos.

Pero no se detuvieron aquí los tarasconenses.

#### LAS CABALGATAS.

Después de la manifestación de los orfeones vinieron las cabalgatas históricas á beneficio de los heridos. Nada más gracioso que ver, en un domingo de espléndido sol, á toda aquella animosa juventud tarasconense, con botas arrugadas y pantalones de colores suaves, pedir de puerta en puerta, y caracolear bajo los balcones con sus grandes alabardas y sus redes de cazar mariposas; pero lo más lindo de todo fué una fiesta patriótica—Francisco I en la batalla de Pavía—que los socios del Círculo dieron



tres días arreo en la explanada. El que no ha visto esto, puede decir que no ha visto nada en su vida. El teatro de Marsella había prestado los trajes; el oro, la seda, el terciopelo, los estandartes bordados, los escudos de armas, las cimeras, los caparazones, los lazos, los nudos, las borlas, las lanzas, las corazas, hacían relucir y centellear la explanada como un espejo de cazar cogujadas. Sobre aquellas cosas, el *mistral* que agitaba todos estos resplandores. Había allí algo de magnífico. Desgraciadamente, cuando, después de una lucha encarnizada, Francisco I—el señor Bompard, gerente del Círculo—se veía rodeado por una multitud de jinetes alemanes, hacía, para entregar su espada, un movimiento de hombros tan enigmático, que en vez de «todo se ha perdido, menos el honor», parecía que decía: «*Digo-li que vengue, mona bon*», pero los tarasconenses no reparaban en esos pelillos, y en todos los ojos brillaban lágrimas del más puro patriotismo.

#### LA BRECHA.

Estos espectáculos, estos cantos, el sol, el aire libre del Ródano, no era menester tanto para que las cabezas se exaltasen. Los bandos del Gobierno pusieron el colmo al ardimiento. En la explanada, los transeuntes se acercaban unos á otros con aire amenazador, con los dientes apretados, mascando las palabras como balas. Las conversaciones olían á pólvora. En la atmósfera flotaba salitre. En el café de la Comedia, y á la hora de almorzar, era cuando principalmente había que oír á los tarasconenses: «¡Bah! ¿Qué mil diablos están haciendo los



parisienses con su bienaventurado general Trochu?.... ¡No acabarán nunca de salir! ¡Si fuera Tarascón!.... ¡Brrr!....Hace ya mucho tiempo que estaría roto el cerco».

Y en tanto que en París se ahogaban con su pan de avena, esos caballeros engullían succulentas perdices rociadas con exquisito vino de Italia, y lucios, bien ahitos y repletos, gritaban como sordos, golpeando en las mesas: «Pero corten Vds. el cerco; hagan Vds. una salida....» ¡Y á fe mía que llevaban mucha razón!

#### LA DEFENSA DEL CÍRCULO.

La invasión de los bárbaros adelantaba, sin embargo, hacia el Sur cada día. Rendida Dijon, Lyon amenazada, ya los pastos aromosos del valle del Ródano hacían relinchar de hambre á las cabalgaduras de los hulanos. «Organicemos nuestra defensa», dijeron los tarasconenses; y todos pusieron manos á la obra. En un momento quedó la ciudad blindada, erizada de barricadas y fortificada. Cada casa se convertía en una fortaleza. En casa del armero Cortecalde había delante del almacén una cortadura, á modo de foso, lo menos de dos metros, con su puente levadizo, y todo....: era una cosa muy bonita. En el Círculo, los trabajos de defensa eran de tal consideración, que se iba á verlos por curiosidad. El Sr. Bompard, el gerente, estaba en lo alto de la escalera con su chassepot en la mano, y daba explicaciones á las señoras. «Si llegan por aquí, ¡pum! ¡pum!.... Si, al contrario, suben por allí.... ¡pum! ¡pum!» Después, en todas las esquinas se encontraba el transeunte alguien que le paraba y le decía con cierto aire misterioso: «El café de la Comedia



es inexpugnable»; ó bien: «Acaban de artillar la explanada». Había más que sobrado motivo para dar en qué pensar á los bárbaros.

#### LOS FRANCO-TIRADORES.

Simultáneamente se organizaban con frenesí compañías de franco-tiradores: *Los hermanos de la muerte, Chacales de Narbona, Fusileros del Ródano*. Allí había de todos los nombres y de todos los colores, como las centaúreas en un campo de avena, y penachos, plumas de gallo, morriones gigantescos, ¡¡cinturones de una anchura....!! Para tener cara más terrible, cada franco-tirador se dejaba crecer la barba y el bigote, de tal suerte, que en paseo no se conocían las gentes. Veíais desde lejos que venía hacia vosotros un bandido de los Abruzzos, con el bigote erizado, inflamados los ojos, y con un retemblar de sable, de revólver, de yataganes, y después, cuando se aproximaba, os encontrabais con el recaudador Pegoulade. Otras veces hallabais en la escalera al propio Robinsón Crusocé en persona, con su sombrero puntiagudo, su machete con dientes de sierra, y sendos fusiles á los hombros, y, en resumidas cuentas, era el armero Cortecalde, que volvía de comer fuera de casa. Lo endemoniado fué, que á fuerza de fingir ferocidad, acabaron los tarasconenses por asustarse unos á otros, y al poco tiempo nadie se atrevió á salir á la calle.



## CONEJOS DE CAMPO Y CONEJOS CASEROS.

El decreto de Burdeos sobre organización de los guardias nacionales, puso acabamiento á esta situación intolerable. Al soplo poderoso de los triunviros.... ¡crac!, las plumas de gallo volaron, y todos los franco-tiradores de Tarascón —chacales, fusileros y otros— vinieron á fundirse en un batallón de milicianos honrados, á las órdenes del bizarro general Bravida, antiguo capitán de reemplazo. Con este motivo surgen nuevas complicaciones.

El decreto de Burdeos, según sabemos todos, formaba dos clases en la milicia nacional: los guardias nacionales movilizados, y la guardia nacional sedentaria. «Conejos de campo y conejos caseros», decía en son de broma el recaudador Pegoulade. Al comenzar la formación, la guardia nacional de campo tenía actualmente el mejor papel; todas las mañanas el bizarro general Bravida los conducía á la explanada para hacer ejercicios de fuego; la escuela de los malos tiradores: ¡Echarse! ¡levantarse!, y así sucesivamente. Estos simulacros de batallas atraían siempre mucho público. De las señoras de Tarascón no faltaba una, y aun las señoras de Beaucaire pasaban algunas veces el puente para venir á admirar á nuestros conejos. Durante este tiempo, los pobres guardias nacionales caseros hacían modestamente el servicio de la ciudad, y cubrían la guardia del Museo, donde no había nada que guardar más que un lagarto muy grande relleno de hierba y dos culebrinas del tiempo del buen rey René. Ya comprenderéis que las señoras de Beaucaire no



pasaban el puente por tan poco.... Sin embargo, después de tres meses de ejercicio de fuego, cuando se echó de ver que los guardias nacionales de campo no se movían de la explanada, el entusiasmo comenzó á enfriarse.

En vano el bizarro general Bravida gritaba á sus conejos: ¡echarse! ¡levantarse!; nadie los miraba. Muy pronto aquellos simulacros de batalla fueron la fábula de la ciudad. Bien sabe Dios, no obstante, que si no hacían partir á estos infelices conejos, no tenían ellos la culpa. Ellos, por el contrario, estaban furiosos por esa causa. Hasta llegó día en el que se negaron á hacer el ejercicio.

—¡Nada de paradas! (gritaron en su celo patriótico); somos movilizados; que se nos haga movernos.

—Os moveréis, ó perderé el nombre que tengo (les dijo el bizarro general Bravida), y bufando de coraje, fué á pedir explicaciones á la alcaldía.

La alcaldía contestó que ella no tenía orden alguna, y que aquel asunto correspondía al Gobierno.

—Vaya por el Gobierno, — dijo Bravida. Y cátao tomando el expreso de Marsella para buscar al Gobernador, lo cual no era tarea sencilla, porque en Marsella había siempre cinco ó seis Gobernadores permanentes, y no había nadie para decir cuál era el bueno. Por singular fortuna suya, Bravida tropezó con el legítimo Gobernador inmediatamente, y en plena sesión de Consejo provincial el bizarro General habló en nombre de sus valientes con la autoridad de un antiguo capitán de reemplazo.

Á las primeras palabras, el Gobernador le interrumpió:

—Dispéñeme V., General, (le dijo). ¿Cómose explica el que esos soldados que V. manda le digan á V. que quieren moverse, y á mí me digan que quieren estar quietos? Lea V.



Y, con la sonrisa en los labios, le tendió una solicitud lacrimosa que dos conejos de campo—los dos que más entusiasmados se manifestaban para partir—acababan de dirigir al Gobernador, con notas marginales, apostillas é informes del médico, del cura, del notario, y en la que pedían pasar á la clase de conejos caseros por causa de enfermedad.

—Tengo más de trescientas como esta (continuó diciendo el Gobernador, sin dejar de sonreir). Ahora comprenda V., General, por qué no nos hemos dado prisa en hacer que partiesen los soldados de V. Por desgracia, ya hemos hecho partir á muchos de los que deseaban quedarse. No hacen falta más.... Después de esto, que Dios salve á la República.... y salude V. á sus conejos.

#### EL PONCHE DE DESPEDIDA.

No es preciso decir si el General estaría avergonzado al regresar á Tarascón. Pero sobrevino entonces otra historia. Y fué que, en ausencia del jefe, los tarasconenses habían discurrido organizar por suscripción un *Ponche* de despedida á los conejos que habían de partirse para la guerra. El bizarro general Bravida se esforzó inútilmente en decir que no merecía la pena ; que nadie marchara al cabo ; el ponche estaba ya suscrito y encargado ; ya sólo faltaba beberle, y así se hizo.... Un domingo por la noche se verificó, pues, en los salones de la alcaldía, esa conmovedora ceremonia del ponche de despedida, y hasta muy entrado el día siguiente los brindis, los vivas, los discursos, las canciones patrióticas hicieron retemblar las vidrieras municipales. Por supuesto,



que todos y cada uno sabían ya á qué atenerse respecto á su ponche de despedida; los guardias nacionales sedentarios, que le pagaban, tenían la convicción firmísima de que sus camaradas no partirían; los movilizados, que le bebían, estaban en la misma persuasión, y el venerable adjunto que vino con voz conmovida y trémula á jurar á todos aquellos valientes que estaba dispuesto á marchar á su cabeza, sabía mejor que nadie, cómo y por qué no llegaría nunca el caso de marchar....., ¡pero era lo mismo! Esas gentes meridionales son tan extraordinarias, que al terminar el ponche de despedida lloraba allí todo el mundo; todo el mundo se abrazaba, y, lo que es aún más estupendo, todos eran sinceros.....; hasta el General.

En Tarascón, lo mismo que en todo el Mediodía de Francia, he observado á menudo estos efectos de espejismo.

ALPHONSE DAUDET.



## EL PRIMER AMOR



**S**EÑORA, dijo el poeta; me pregunta ¿V. á qué edad principia el amor; no principia nunca, porque el amar es un modo de ser del hombre, como el tener color negro, ó la nariz aguileña; los que nacen para ser enamorados, lo son (y lo han sido siempre), y Shakespeare ha manifestado en este asunto, como en todos, su maravilloso genio, presentándonos á Romeo, casi *in articulo mortis* por los desdenes de Rosalina, en el momento mismo en que va al encuentro de Julieta. En apoyo de esta afirmación viene justamente una anécdota contemporánea; hela aquí:

Había sido yo educado en el colegio de Coriolis, sito en la calle Richer, y cuyo triste y mezquino jardín, flanqueado por dos gradas y plantado de árboles raquíticos, se hallaba circuido por los jardines magníficos de algunos palacios suntuosos, que han sido derribados para abrir las calles de Trévise y de Geffroy-Marie. En el colegio había muchachos muy ricos; tanto, que la vida era, en aquel establecimiento, ¡muy elegante, si bien en lo rela-



tivo á la alimentación se nos trataba como á presidiarios. Los internos solían tener, entre otras cosas, bastante dinerillo y habíamos podido comprarnos el material completo de un teatro, trajes de percalina encarnada, cascos de cartón recubiertos con papel plateado ó dorado, espadas pequeñas, pero de acero de verdad, con todo lo cual nos divertíamos durante la tarde del domingo, representando melodramas ó tragedias, en parte aprendidos y en parte improvisados; de teatro nos servía la clase mayor del colegio, cuyas mesas arrinconábamos para dejar el hueco necesario.

La cosa no parecía mal á los inspectores, porque para estas tardes de los domingos de invierno, los alumnos más dinerosos hacían traer de casa de Rollet bandejas de pasteles, ¡por las cuales pagaban hasta veinte pesetas!

Era aquél, según he dicho ya, un colegio elegante, en el que cada uno tenía derecho á vestirse con sujeción á la moda; los hijos de las familias amigas, solían asociarse entre sí, por parejas, como los amigos antiguos, y se permitían el lujo de llevar trajes parecidos. Una de las parejas más agradables del colegio, formada por un cariño fraternal, era la constituida por Ched'homme y Pessonaille, ambos hijos de armadores muy ricos del Havre; todavía me parece verlos á la hora del recreo con sus blusas verdes de rayitas blancas y con sus trajecillos oscuros para asistir á las clases del colegio.

Corría el año 1836: mis dos compañeros frisaban, como yo, en los trece años; Ched'homme tenía cara de niña, blanca y transparente, cabellos rubios muy finos y naturalmente rizados; Pessonaille tenía los suyos cortos y alborotados sobre la cabecita varonil y soberbia.

Cierto día, mientras seguíamos, dirigiéndonos al colegio, la calle larguísima de Provence, Ched'homme, con



quien formaba yo fila, me dijo, después de mucho vacilar, que deseaba confiarme algunas cosas, y hablándome con su vocecita melodiosa y suave, acabó por abrirme de todo á todo su alma. Estaba enamorado de la Rosalía, y era correspondido por ella. La Rosalía era una criadilla negruzca como el infierno, flaca, de ojos de fuego y labios de pimienta, y de la cual se decía que había sido y era aún la querida del Sr. Coriolis; esta Rosalía doblaba y arreglaba los manteles y las servilletas, lanzando miradas capaces de incendiar á Kremlin. Ched'homme, que había ido pocos días antes al cuarto de la plancha para buscar corbatas nuevas, notó que se le había caído un alfiler, y se arrodilló para recogerlo; cuando Ched'homme levantó la cabeza, sintió sobre su frente las dos manos de Rosalía, que le había besado con mil transportes los cabellos. Confesiones rápidas, una cita prometida, la conversación interrumpida bruscamente por la seca y amarilla ama de llaves del colegio, señora Begat, todo esto me refirió mi amigo con palabras entrecortadas con el febril y seductor entusiasmo de la adolescencia; estábamos á principios de Abril; el ambiente se hallaba saturado de los templados efluvios de la primavera; aspirábase el aire embalsamado por los perfumes de los jardines próximos; en los anuncios de teatros leíanse títulos de obras románticas. Yo bebía con avidez las palabras de Ched'homme, palabras que caían sobre mi corazón como fuego sobre un reguero de pólvora; porque yo estaba enamorado también, aunque de Cloe, de Pyrrha, de Filis, de Fidilé, de todas las mujeres de Horacio.

El drama se precipitó con una rapidez vertiginosa. Completamente separado de Ched'homme durante algunos días, porque mis horas de recreo las pasé escribiendo lo que se me había impuesto por haber hallado en mi pupi-



tre una oda en versos de tres sílabas, y no habían vuelto á ponernos juntos en las salidas á paseo; diez días después de nuestra primera conversación, volví á tenerle á mi lado. Lo vi agitadoísimo, convulso, pálido, apretando sus labios descoloridos; tal era su cólera, que apenas podía hablarme con voz casi ahogada.—«Sí, dijo Ched'homme: me engañaba, él, mi amigo, mi hermano, Personnaille». Inútilmente quise interrumpirle. «Le mataré», dijo. Entonces me lo confió todo; entre él y Personnaille estaba concertado un duelo para el día siguiente. Durante la hora de estudio, de doce á una de la tarde, bajarían ambos, y á vista de todos se batirían en el jardín, teniendo á los cincuenta alumnos de la clase por testigos que, por los cristales sin cortinas, podrían verlos. Por lo que respecta á Duvier, el inspector de estudios, ocupado siempre en mirar á las musarañas, contaban de antemano con su invencible estupidez, y estaban seguros de que sería el único del colegio que no viera nada. Como V. puede figurarse, agoté todas las razones posibles para apartarle de su proyecto. «¿Y mi honra?», exclamó como un Cid adolescente, sacudiendo su hermosa cabellera. Después, dando rienda suelta á sus sollozos y vertiendo un raudal de lágrimas, continuó diciendo: «No, no es eso; pero una vez que la Rosalía me engaña, es necesario que yo muera; ya ves, la amo». Y tornó á llorar amargamente. Ni un instante me pasó por las mientes la idea de denunciar á mi amigo, porque yo creía entonces, y sigo creyéndolo todavía, que es falso el aforismo de que el fin justifica los medios.

Lo más extraño de todo fué que el plan de aquellos pobres chicos se realizó de cabo á rabo, sin dificultad alguna. Al día siguiente, durante el estudio, ambos á dos, alegando pretextos para solicitar permiso de salir, llegaron



al jardín, en donde los vimos poco después en mangas de camisa, subidos en el caballo de madera de la gimnástica, empuñando sendas espadas desnudas, espaditas de guardarropía de nuestro teatro. Habían querido batirse en esa altura para ser vistos por todos; nuestros cincuenta pechos palpitaban al unísono. Dauvier no comprendía aquella falta general de atención á nuestros deberes; pero, gracias á su extraordinaria estultez, no advirtió la ardiente mirada que todos nosotros dirigíamos á hurtadillas hacia el jardín.

Bravos, furiosos, bañados de sol, nuestros dos camaradas estaban hermosos como ángeles; empezó el combate, violento, exaltado, atroz; ni uno ni otro sabían nada, ó casi nada, de esgrima, y en la ceguedad de su cólera no se percataban de los arañazos dados y recibidos, ni veían en sus camisas las manchas de sangre. Por último, á consecuencia de un sablazo terrible, Ched'homme, herido en la frente por la espada de Personnaille, que abrió un ancho boquete y se rompió en la herida, cayó de espaldas desde el caballo. Personnaille estaba ya al lado del herido, llorando y conteniendo la sangre; un grito espantoso salió simultáneamente de todos nosotros; saltamos por encima de las mesas y nos precipitamos en masa hasta el jardín, al cual llegaban al mismo tiempo el Sr. Coriolis y su esposa, las señoritas de Coriolis, los profesores, la señora Begat, los criados, toda la casa, en fin. Ya se comprende cuál fué el terror y el espanto producidos por este drama, porque, acostado el herido, no en la enfermería, sino en la habitación de una de las señoritas de Coriolis, Ched'homme había caído en un desvanecimiento profundo, y los médicos no respondían de su vida. Transcurrieron dos meses, durante los cuales todo el personal del colegio vivió como en una pesadilla,



llo de angustias y de agitación, hasta que mi amigo pudo ser trasladado á casa de sus padres.

Por lo que respecta á Pessonaille, el mismo día del duelo fué enviado, en compañía de un profesor, al lado de su familia, que debía tenerle, por si era preciso, á disposición de las autoridades judiciales.

Pues bien, señora: hasta el año 1874, treinta y ocho años después de este suceso de nuestra infancia, no he vuelto á ver á Ched'homme. Ched'homme había llegado á ser el viajero célebre cuyos trabajos no desconoce V.; había trabajado mucho, luchado constantemente, padecido contrariedades sin cuento; había conocido la gloria y sobrellevado multitud de desdichas. En África, ensartado en un asador, ó poco menos, por los indígenas, cocido por el sol; después de haber soportado en medio del desierto hambre y calenturas, había logrado escapar mil veces de una muerte segura; su mujer, adorable y hermosa, había perecido en un naufragio, y su hijo, *franco-tirador* en la guerra última, había recibido una muerte espantosa en campaña. Y, no obstante, así que me hubo visto en Niza, en el paseo de los Ingleses, corrió hacia mí, y cogiéndome ambas manos con expresión de alegría infinita, me dijo:

—¿Sabes tú?.... Aquel mechón de pelo de la Rosalía no se lo había dado ella á Pessonaille; éste lo había robado de su mesa. El año pasado le encontré en Río Janeiro, y me lo confesó.

Miré á Ched'homme, y vi estremecerse de alegría su cuello tostado, cuyas arrugas parecían formar un dibujo de aguas, y resplandecer su cráneo desnudo, liso y negro como una calavera esculpida en un pedazo de raíz de boj preparado.

THEODORE DE BANVILLE.



# SONETOS



## I.

### EN LA PLAYA.

El mar sus ondas sin rumor mecía:  
De la pálida luna á los destellos  
Contemplaba *sus* ojos, y vi en ellos  
La inquietud que su pecho conmovía.

Apenas á mi acento respondía  
Tenue suspiro de sus labios bellos,  
Y una flor que adornaba sus cabellos  
Puso con mano trémula en la mía.

¡Hoy ya es polvo la flor! ¡Ya de sus ojos  
Para siempre apagada la luz pura,  
Y el eco dulce de su voz perdido.

¡Tristes sombras ocultan sus despojos!  
¡Y al besar su olvidada sepultura,  
Las ondas de la mar dan un gemido!

## II.

### EN LAS MÁSCARAS.

El negro capuchón pretende en vano  
Ocultar á mis ojos tu hermosura:  
En vano el guante disfrazar procura  
Tu blanca mano al oprimir mi mano.



Mal que le pese al antifaz liviano,  
Relámpagos de amor y de ventura  
Ofrece tu mirada á la ternura  
Que de mi pecho escondo en el arcano.  
Solos, en medio de la turba loca  
Que entre música y luces nos rodea,  
Como tuyo soy yo, ¡di que eres mía!  
¡Dilo, acercando tu encendida boca!  
¡Ya que mañana es fuerza que la vea  
Apenas sonreirme, muda y fría!

ÁNGEL MARÍA DACARRETE.



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS



**El duque de Rivas, Poetas**, con un prólogo de D. MANUEL CAÑETE.

EL actual duque de Rivas, D. Enrique de Saavedra, es hijo de aquel glorioso poeta que restauró en España el romanticismo histórico: el inmortal autor de *Don Álvaro ó la fuerza del sino*. Ya sé que nadie lo ignora; pero creo engañados á los que entienden que el Rivas actual vive de un reflejo de la fama del Rivas difunto. Muy al contrario : el ilustre muerto hace sombra al vivo, sombra gigantesca que á veces le oculta del todo. Si Enrique Saavedra no fuese hijo de Ángel Saavedra, se le regatearía menos el título, que con justicia merece, de dulce, elegante y delicado poeta lírico.

El autor de *Don Álvaro* encarna una época de nuestra historia literaria. Esa época pasó. Ángel Saavedra no puede renacer, ni aun en su propio linaje. Consideren, pues, al duque de Rivas presente, no como á heredero de un trono, obligado á sostener en sus hombros el peso de dos mundos, sino como á un particular dotado de felices disposiciones para el cultivo de las letras, ins-



truido, culto, ático, sencillo, ameno prosista y tierno poeta, y entonces,—sin exigirle que redoble ó eclipse el rastro de luz del autor de sus días,—le estimarán en su propio valor, que es mucho.

Reciente está una prueba de la escogida educación literaria y las dotes de escritor del Duque: su contestación al discurso de Castro y Serrano en la Academia Española. D. Juan Valera, con sumo acierto, siente que es injusticia en la prensa no haberle encomiado lo bastante, mientras se ponía en las nubes el de Castro y Serrano, menos templado y certero en algunos puntos de crítica que el del Duque. Esta fué mi impresión cuando leí ambos discursos, no sabiendo á qué atribuir la especie de penumbra á que relegaban la contestación los mismos que encarecían hiperbólicamente la arenga del nuevo académico, tan donosa y discretamente impugnada por Valera.

Del volumen de poesías á que hoy me refiero, tampoco he visto que hablasen mucho los periódicos: verdad que este es sino común de los tomos pertenecientes á la *Colección de escritores castellanos*, en la cual (vaya de paréntesis) se incluye á Byron y á Adolfo Federico Schack, que sin duda serán del mismo riñón de Castilla. Exceptuando los libros de Menéndez y Pelayo y Cánovas (los de Valera son en su mayor parte segundas ediciones de obras publicadas ya), esa biblioteca cunde poco, no digo que en la venta, pues esto no lo sé, pero al menos ante la crítica. He aquí tal vez la causa de que no menudeasen artículos referentes á las poesías de Enrique Saavedra. Por otro lado, la poesía, acerca de cuyo porvenir serían muy aventurados los vaticinios, es indudable que tiene un presente nada lisonjero, al menos por acá. La frialdad literaria del público se duplica al tratarse de versos. La



poesía no será un cadáver, ¡no lo permita Dios!; pero es una bella abandonada.

Si yo quisiese representar por medio de un símil culinario el efecto del tomo de Enrique Saavedra, diría que parece tarro de miel cubierto con dos dedos de vinagre. La miel son —claro está— los lindos versos; el vinagre, el prólogo de D. Manuel Cañete. Rara vez he visto á este señor tan avinagrado; y acaso se notará más su mal talante, por lo mismo que para felicitar al Duque quiere esbozar un conato de sonrisa, que resulta el gesto de aquel á quien empiezan á darle trato de cuerda.

Pero, ¿por qué estará de tan mal humor cuando escribe el Sr. Cañete? Sin duda será para acatar la ley de las compensaciones, equilibrando la dulce apacibilidad de su *prologado*, y la feliz expansión y grata *eutrope-lia* de sus compañeros de Academia, los Sres. Valera, Castelar y Campoamor. En opinión del Sr. Cañete, los tiempos están tan rematados y fatales, que se sobrepone «la procacidad de la ambición á la virtud de la prudencia», y «el oropel de mentida ciencia al oro de pródida sabiduría» (aunque esto último se lo hacen decir al revés los cajistas de la imprenta). Al parecer, y según se deduce de otros párrafos, todo esto lo dice el Sr. Cañete por la marcha de los asuntos políticos; y como al mismo tiempo se declara acérrimo partidario de la dinastía reinante, suponemos que se referirá al Sr. Sagasta, cuyo temperamento longánimo, consentidor y flexible debe de irritar al acedo prologuista.

Tan pesimista es el Sr. Cañete, y tan mala idea tiene concebida de la cultura actual, que al reunir, en defensa de la poesía subjetiva, los nombres de Jorge Manrique, Fr. Luis de León, Byron y Lamartine, se apresura á advertir: «Por extraño que parezca el consorcio de tales



nombres». ¡Qué ha de parecer extraño! Cualquiera diría que la novedad de reunir estos nombres emula á la de aquella célebre y disparatada décima:

«Por si es tuyo y por si es mío  
El arco de un violín,  
Pelayo y San Agustín  
Tuvieron un desafío;  
Pero en la orilla del río  
Dieron con Ana Bolena,  
Que peinaba la melena  
Al cantante Salvatori,  
Y entonando el gori, gori,  
Se fueron á la verbena.»

Tampoco estoy muy á bien con eso de elogiar al duque de Rivas por el concepto de que ha dedicado versos á encomiar «las altas virtudes de la reina regente Doña María Cristina», ó «las dotes que ilustran á las infantas Doña Paz, Doña Eulalia y Doña María Isabel». Mi tolerancia, y la de cualquier persona de mediano gusto, podrá llegar á no censurar que este género de poesías se escriba, tomándolas como cumplimiento de un deber de caballero galante; pero no á reconocer en semejante acción «belleza moral» de ninguna especie. Versos de esa índole equivalen á un saludo, á un acto de cortesía, á una respetuosa é hidalga efusión; raro es el poeta que no se ve alguna vez obligado ó compelido á escribirlos, pero ninguno cree subir por ellos al Parnaso, ni la crítica suele tomarlos en cuenta, como no acostumbran tomarse las composiciones de álbum y abanico, las felicitaciones de fiestas onomásticas, y otras poesías en que Pegaso, regido por la buena educación y la amabilidad, trota menudo y cansado.

Por fortuna para el duque de Rivas, su musa no se ha



contentado con áulicos discreteos. Hay en su tomo de versos algunos tan finamente melancólicos, como los dedicados á *Un árbol* (versos que mucha gente sabe de memoria, que se recitan al piano, que son populares ya); otros tan aflagranados en su forma y tan cultamente picarescos como *El zapato*; descripciones como la de la cacería en Córdoba, y, en fin, hartos primores. Del *Zapato* entresaco una quintilla :

«La rica media de seda  
Velaba empeine y tobillo,  
Y el resto del pie se hospeda  
En un escarpín sencillo  
Que al bronce en color remeda.»

Por lo que toca á la «belleza moral» de los versos del Duque, no la niego: para mí, consiste en lo bien que transpira por ellos el aroma del alma del poeta, el carácter modesto que le hace tan digno de simpatía, el espíritu sosegado, el corazón tierno y la mente enamorada de toda idealidad y hermosura. La enhorabuena al magnate distinguido entre los varios individuos de la clase social á que pertenece, y que desmienten la leyenda, algo exagerada, de una aristocracia española exclusivamente consagrada á toros, caballos y *Peris*.

EMILIA PARDO BAZÁN.

~~~~~

**Viagens na Galiza**, por I. F. SILVEIRA DA MOTA: Lisboa, 1889.

Los portugueses nos quieren bien; conocen mejor nuestra historia y nuestra literatura que nosotros las de ellos, y suelen escribir con tino y benevolencia sobre



España. El libro que aquí anunciamos da nuevo testimonio de esta verdad. Es una breve, bonita y discreta descripción de Galicia, de sus campos, de los usos y costumbres de sus habitantes, y de sus más importantes ciudades y villas : Vigo, Pontevedra, Villagarcía, Santiago, Coruña, Lugo, Orense, Rivadavia y Tuy.

Ya se entiende que estos libros de viajes suelen llamarse *impresiones*, y, aunque así no se llamen, lo son, y como tales se estiman. Lo que de esta suerte se indica es que por ellos se aprende el concepto que en el ánimo del viajero forma un país, ya que, en nuestro tiempo, con tanto dato estadístico como se publica y tanta *Guía* como circula, sería desatino la pretensión en el lector de enterarse, y en el escritor de enterarle de lo que es un país, por donde el escritor ha pasado rápidamente en vía férrea, deteniéndose horas en algunos puntos.

La verdad es que los viajeros, á no ser estilistas, tienen perdido el pleito, y sus libros son poco interesantes, como no se vayan al centro de África, al Polo Norte ó á alguna otra región inhospitable, de las pocas que quedan inexploradas en nuestro planeta.

Á los diplomáticos les sucede lo mismo ; muy al contrario de lo que les sucedía en los siglos pasados. Entonces, en sus despachos y memorias, los diplomáticos enteraban á sus gobiernos respectivos de los recursos del país en que estaban, de sus fuerzas de mar y tierra, de sus hombres y de sus cosas, en suma. Hoy todo esto se sabe por periódicos, revistas y publicaciones oficiales, de modo que el diplomático, si aspira á lucirse, extracta ó copia lo sabido, ó bien se lanza á filosofar sobre ello. Nada le queda ya por averiguar ó poner en claro. El gobierno de todo país culto no se deja ya ápice en el tintero. Imprime y publica hasta boletines de epizootia, donde cons-



tan cuántos animales han tenido muermo, cuántos trichina, cuántos moquillo, pepita, esparavanes y otros alifafes.

Si con tamaña dificultad tropieza el diplomático que anhela dar novedad á sus despachos, ¿qué dificultades no tendrá el viajero que no se detiene en un país, sino que le recorre á escape?

En vista de lo expuesto, se comprenderá que no es censura el afirmar que el libro del Sr. Silveira da Mota nada ó poco nuevo enseña sobre Galicia. El interés del libro está en la impresión que Galicia ha hecho en el autor y en la opinión que éste ha formado de Galicia y trata de comunicar á sus compatriotas.

Esta opinión es, y no podía menos de ser, favorable. Galicia parece á nuestro viajero hermosísimo país: tal vez más hermoso y naturalmente fértil que la parte de Portugal que entre el Duero y Miño se dilata, aunque no tan risueño, tan bien cultivado y tan rico.

Es de sentir que Galicia sea tan poco visitada por viajeros. Si lo fuera, no prevalecería la opinión de que España es un páramo estéril, sin árboles y sin verdura. Quien esto escribe ha tenido ocasión de notar lo arraigada que está fuera de España la opinión de la desolada esterilidad de nuestro suelo. Recuerda, por ejemplo, que una vez, hablando con cierta señora belga, aplaudía, en parte por lisonja, en parte porque lo sentía así realmente, la envidiable afición al *campo* que hay en Bélgica. La aristocracia y toda persona de cuenta pasan allí tres ó cuatro meses á lo más en las ciudades, y el resto del año en sus quintas, granjas ó castillos. «¿Por qué los españoles, dijo quien esto escribe, no han de vivir siquiera la mitad del año en el *campo*?» Y la señora contestó sin titubear: «Porque no hay campo en España». Si esta se-



ñora hubiera viajado por Galicia ó hubiera leído algún viaje á Galicia, el de Silveira da Mota pongamos por caso, no hubiera negado tan resueltamente la existencia en España de campo habitable y como ella lo entendía. La ribera del Miño, la espléndida y hermosa bahía de Vigo, las márgenes floridas del Arosa, ó los valles profundos de Lugo, alfombrados de verde hierba y cubiertos de secular arboleda, circundados de montes, cuyas crestas parece que tocan las nubes, nada tienen que envidiar á Spa ni á los verjeles por donde corre el Mosa; ni la antigua casa y parque del señor de Rubianes, ni el bosque y castillo de Mos son menos hermosos que los nemorosos retiros que poseen en Bélgica los aristócratas y ricos de allí, y aun algunos españoles.

El Sr. Silveira da Mota describe todo esto con primor y entusiasmo, así como el aspecto de las poblaciones y sus monumentos y antiguallas. Acaso lamente en demasía la pobreza de los gallegos, á quienes compara en este punto con los irlandeses. Asegurando que en Galicia no es el suelo estéril, ni está inculto, y no son los habitantes perezosos, todavía supone que los productos no son allí bastantes para las más apremiantes necesidades de la vida. Atribuye tan miserable estado á la *enfiteusis*, *multimoda y compleja*; á lo exorbitante de los tributos que convierte en *siervo del Estado* al labrador humilde; á la escasez de crédito agrícola; al atraso y á la rutina.

Sea de esto lo que sea, nos parece que el Sr. Silveira deplora también más de lo justo la emigración. Sin duda que si los gallegos fuesen todos ricos, no emigrarían, y por este lado, es de deplorar que emigren, ó, más bien, que tengan motivo para emigrar: pero la emigración, como efecto, tal vez no sea tan deplorable. El afán de ver mundo, de correr aventuras, de medrar y enrique-



cerse, excita á veces más que la indigencia á abandonar la patria, á la cual vuelven muchos con bienes de fortuna, y, cuando no vuelven, envían socorro para sus parientes necesitados. Acaso uno que estudiase el asunto con detención y gran copia de datos, probaría que la multitud de gallegos que se van á Portugal, á América y á otras partes, traen á su país más ventajas que inconvenientes. De seguro que no deplora el Sr. Silveira, ni aun lo pone como signo, y menos como causa de indigencia, la gran cantidad de portugueses que van al Brasil, de donde vuelven ricos ó desde donde envían no escasa parte de la riqueza granjeada, y en donde mantienen la afición á las producciones de la metrópoli y un mercado ventajoso siempre abierto, por lo cual el Brasil independiente enriquece más á Portugal que cuando fué su colonia.

De la lengua y de la literatura gallegas habla, por último, el Sr. Silveira en el mismo sentido en que hubiéramos hablado nosotros. Bien puede afirmarse que dicha lengua y dicha literatura son las mismas que en Portugal hasta fines del siglo xv. Los Sres. Besada y marqués de Figueroa, en lo que sobre lengua y poesía de Galicia han escrito, convienen en esto sustancialmente. Los fragmentos del poema de la Cava y los versos de los Cancioneros, las Cantigas del rey D. Alonso el Sabio, y las coplas del otro rey D. Alonso, el del Salado, de Macías, del infante D. Pedro y de otros mil trovadores, empezando por Güesto Ansués, lo mismo puede sostenerse que son gallegos que portugueses. La lengua gallega no se aparta y distingue de la portuguesa sino en la prosa culta y escrita, ó más tarde, cuando los escritores de Galicia dejaron su habla al escribir y escribieron en castellano.



Esto no obsta para que en Galicia haya persistido siempre poesía popular gallega: romances y canciones. El Sr. Silveira trae un precioso romance gallego, sobre el mismo asunto que el del conde Yanno en portugués y el del conde Alarcos en castellano. El Sr. Novo y García ha publicado un *Romancero de Galicia*, y aun es de esperar que este Romancero llegue á hacerse más copioso.

Al mismo tiempo, el espíritu regional se ha dejado sentir en Galicia, aunque no tanto como en Cataluña, y algunos poetas de mérito se han dedicado á poetizar en gallego. Si bien Losada, Pental, Barcia Caballero, García Ferrero y otros, son muy celebrados, el Sr. Silveira sólo cita y encomia á una poetisa: á doña Rosalía Castro. Tal vez esta preferencia se deba á galantería; tal vez á los elogios que á esta poetisa ha tributado Castelar; tal vez al valer superior de sus *Follas novas*. Las dos composiciones que copia Silveira son, en verdad, muy lindas. Sólo es de lamentar, para nuestro gusto, que sean demasiado fúnebres, y en el gusto y corte de las de Becquer.

Es singular que el Sr. Silveira, que habla de antiguos escritores gallegos que escribieron en castellano, como Feijóo, á quien compara con el P. Almeida, nada hable de los ingenios del día: se calle ó no sepa de doña Emilia Pardo Bazán. Se conoce que el ilustre viajero fijó principalmente su atención en lo escrito en gallego; en aquel canoro dialecto, como le llama, con que se formó y robusteció la señoril, enérgica, harmoniosa lengua de Barros, de Luceña, de Camoens, de Vieira, de Luis de Souza, de Manuel Bernardes, de Herculano, de Garrett y de Castilho.

De todos modos, aunque ligero, el trabajo del Sr. Silveira es muy agradable de leer y da buena idea de Galicia.

J. VALERA.



## ÍNDICE

---

|                                                                                      | Páginas. |
|--------------------------------------------------------------------------------------|----------|
| <i>Travesura pontificia</i> (cuento), por Emilia Pardo Bazán.....                    | 5        |
| <i>La democracia en Europa y América</i> , por A. Cánovas del Castillo...            | 15       |
| <i>Cosas de antaño</i> , por Juan E. Delmas.....                                     | 37       |
| <i>La literatura catalana en 1889</i> , por Juan Sardá.....                          | 67       |
| <i>Conversaciones militares</i> , por Juan Lapoulide.....                            | 89       |
| <i>Sección Hispano-ultramarina</i> , por V. Barrantes.....                           | 111      |
| <i>La literatura de la sociología</i> , por Adolfo Posada.....                       | 129      |
| <i>Revista literaria</i> , por Clarín.....                                           | 143      |
| <i>El arte en España</i> , por Federico Leighton.....                                | 157      |
| <i>La defensa de Tarascón</i> , por Alphonse Daudet.....                             | 195      |
| <i>El primer amor</i> , por Theodore de Banville.....                                | 205      |
| <i>Sonetos</i> : I, En la playa; II, En las máscaras, por Ángel María Dacarrete..... | 211      |

### NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

|                                                                       |     |
|-----------------------------------------------------------------------|-----|
| El duque de Rivas, <i>Poesías</i> , por Emilia Pardo Bazán.....       | 213 |
| I. F. Silveira da Mota, <i>Viagens na Galiza</i> , por J. Valera..... | 217 |

---



